

395
Beltrán

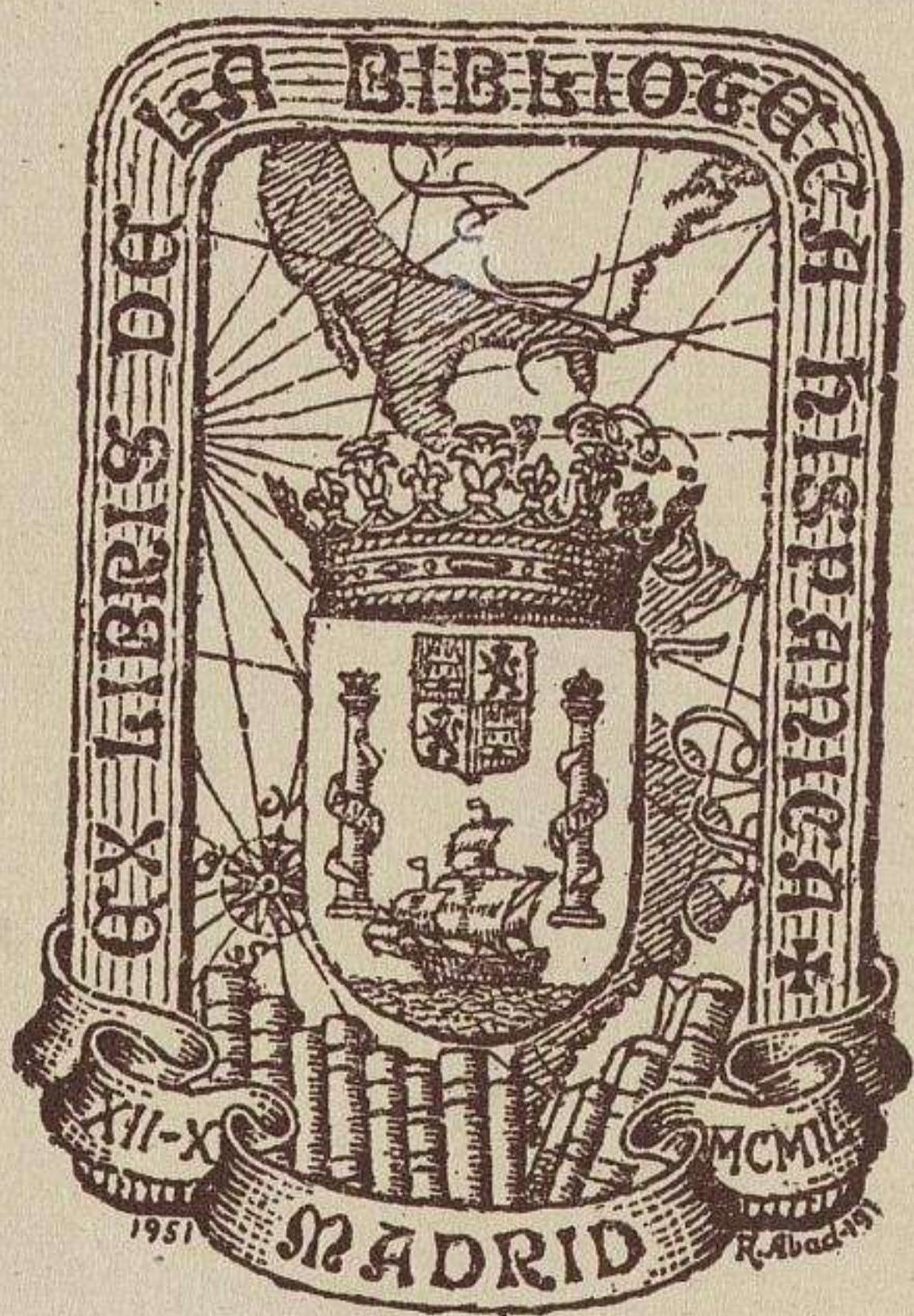
E. DE NAVASCUÉS

EL MARQUÉS
DE SANTA CRUZ

AECID-BH

BH000000154790

3BR 81





UNIVERSIDAD NACIONAL DE
DE
ANTONIO MARIANO
FUNDADA EN 1822
MARIANO

INSTITUTO DE ESTADÍSTICA Y CENSOS
DE
ESTADO DE YUCATAN
ESTADÍSTICA DE LOS
* MADRID *

295

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

POEMAS ÉPICOS.

*Ignacio
de Barón*

200

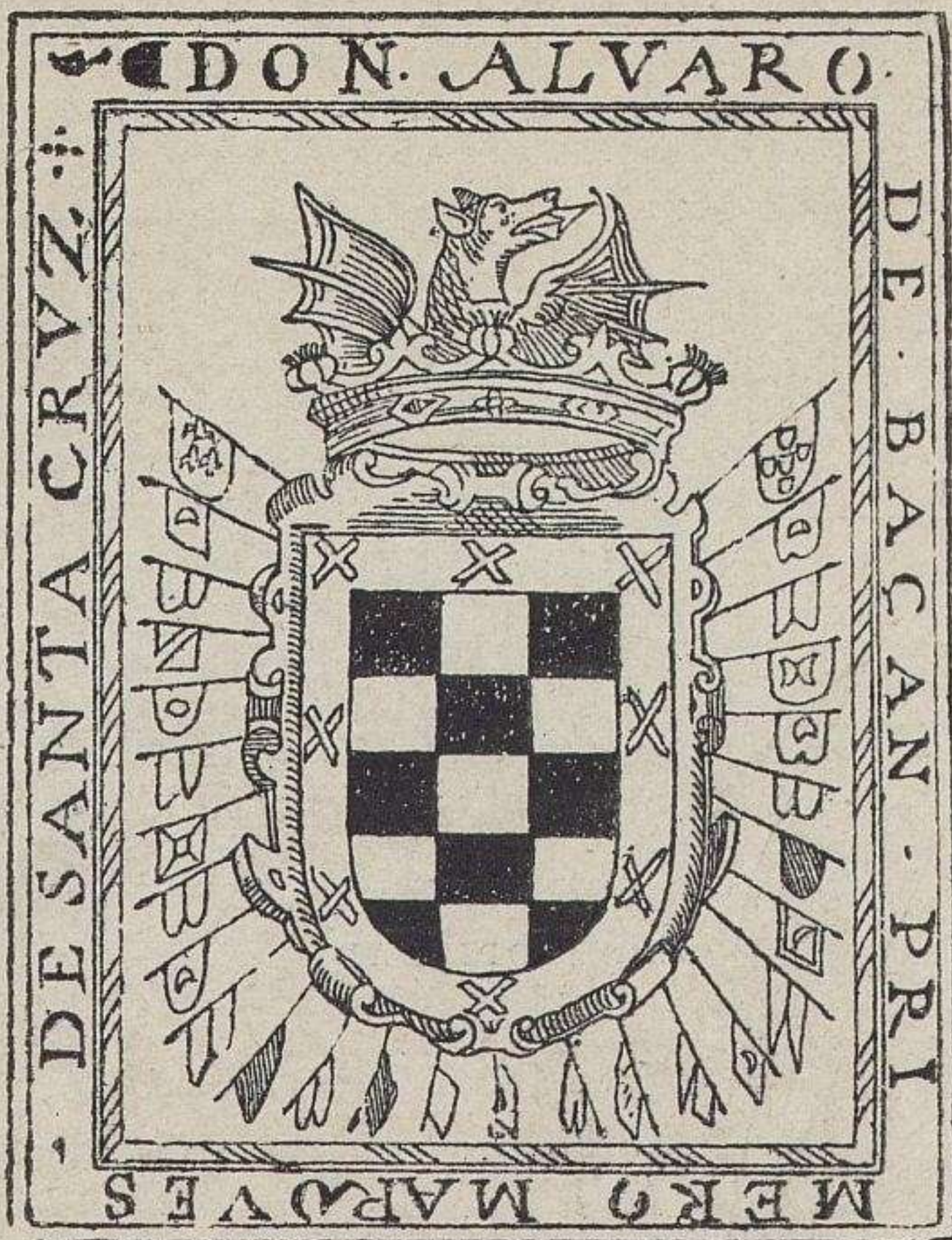
5

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY



El Marqués de Santa Cruz,

D. ÁLVARO DE BAZÁN.



RICARDO BELTRAN
518
RÓZPIDE
MADRID

CORONAS ÉPICAS

EN LOOR DE

D. ÁLVARO DE BAZÁN,

Marqués de Santa Cruz.

LOS POEMAS DE GASPAR GARCÍA DE ALARCÓN
Y BALTASAR DEL HIERRO,

REIMPRESOS Y ANOTADOS POR

D. EDUARDO DE NAVASCUÉS.

MADRID.—1888

IMP. DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

ES PROPIEDAD.

INTRODUCCIÓN.



*l éxito para mí tan inesperado como satisfactorio que ha obtenido el libro de las CORONAS HERÁLDICAS, LÍRICAS Y ÉPICAS en loor de **D. Álvaro de Bazán**, MARQUÉS DE SANTA CRUZ, que he publicado con motivo de la celebración del tercer centenario de su muerte, me sirve de poderoso estímulo para darle una segunda parte con los elementos de la poesía épica que en el volumen anterior no fueron citados sino someramente.*

Aunque el favor del público no se hubiera apresurado á responder de la manera franca y entusiasta que lo ha hecho á la aparición de mi libro, fuera para mi modestia premio suficiente la cariñosa carta que he debido á la bondad del digno presidente de la Comisión iniciadora del Centenario, el Excelentísimo señor D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, á quien he merecido una atención que he de agradecer tanto más cuanto más espontánea por su parte.

La carta del Sr. de Gabriel que tanto me honra, dice así:

«SR. D. EDUARDO DE NAVASCUÉS:

Muy señor mío: Entre los cuidados que el restablecimiento de mi salud, aún no cabal, exige todavía, y las tareas ver-

daderamente afanosas del próximo centenario de D. Álvaro de Bazán, he leído el hermoso libro que sobre éste acaba V. de publicar.

Aunque la idea de celebrar dicho centenario no produjera otro fruto que el trabajo á que V. ha dado cima, bastaría para que cuantos en él nos ocupamos nos consideráramos recompensados del sinnúmero de laboriosas ocupaciones que su realización trae consigo, y juzgásemos conseguido nuestro patriótico intento de revivir la memoria del más grande de los marinos de guerra españoles, y de hacer que España toda se fije en lo mucho que le importa reconstituir su poder naval.

Doy á V., pues, la más sincera enhorabuena, y le deseo igual acierto en cuantos trabajos históricos emprenda, aprovechando gustoso esta ocasión de ofrecerme de V. atento afectísimo amigo q. s. m. b.,

FERNANDO DE GABRIEL.

6 de Enero de 1888.

Hasta ahora me cabe el honor de no tener que contestar á las objeciones que á mi libro se opongan, pues todavía la crítica no se ha cebado en sus páginas. No tengo la presunción de haber desempeñado un trabajo perfecto, ni me causa empacho hacer público que cada día noto yo mismo omisiones importantes, en que no hubiera incurrido ciertamente á haber dispuesto de más espacio de tiempo para ampliar mis investigaciones. Verdad es que en cambio abrigo la convicción de que ningún otro de los autores que hasta la fecha se hayan ocupado del tema ofrecido por la Comisión del Centenario al estímulo del concurso científico, me habrá adelantado mucho en el trabajo que mi libro representa. Sin embargo, tema es este de oportunidad, y no creo que abunden los que se arrojen después de la celebración de las fiestas á emprender nuevas y costosas investigaciones diplomáticas en nuestros archivos, cualquiera que sea el premio con que se excite su codicia.

El campo de los descubrimientos diplomáticos, á pesar de los documentos aducidos hasta ahora, confieso que se halla casi completamente virgen. En el ELOGIO HISTÓRICO que el señor D. Ramiro Blanco leyó al Centro del Ejército y de la Armada la noche del 19 de Noviembre último, citó este distinguido escritor tres nuevas cartas del archivo particular del actual Marqués de Santa Cruz con los plácemes que el rey Felipe II envió á D. Juan de Austria y á D. Álvaro de Bazán sobre las campañas ilustres de 1571 y 1572 en el mar de Chipre. Estas cartas son por todo extremo preciosas; y tengo segura fe en que el referido archivo ha de conservar otras aún de mayor importancia.

En el archivo de la Real Academia de la Historia falta, por desgracia, una catalogación regular y metódica que ponga al investigador en camino de hacer fructífero su trabajo. El archivo de Simancas ofrece dificultades que á todos los literatos les son conocidas, y que los Gobiernos, á pesar de lo mucho que sobre ello se declama, hasta ahora han hecho muy poco por ayudar á superarlas. Solo queda accesible la colección formada por el Sr. D. Martín Fernández de Navarrete y que consta en el Archivo Central de Marina, por cuyo Ministerio debiera haberse publicado para esta solemnidad bajo la dirección de alguno de los marinos académicos, que como el Sr. D. Cesáreo Fernández Duro y el Sr. D. Francisco Javier de Salas, tanto honor dan al cuerpo de la Armada á que pertenecen en grados de alta consideración.

Respecto á la bibliografía española el trabajo es infinito, y así no pasa día sin que nuevos hallazgos vengán á enriquecer el copioso tesoro de las noticias adquiridas. Un libro de los primeros años del siglo XVI, La vida y la muerte, del

P. Francisco de Ávila, dedicado al cardenal Fray Francisco Ximenez de Cisneros (1), cita, por complemento de las coronas heráldicas, el linaje de los Bazanes entre los más ilustres de Castilla; pues la Muerte refiriendo que no hay cosa por alta que sea que no caiga bajo el filo de su segur inexorable, después de citar los Papas, Emperadores, Reyes, grandes prelados y grandes capitanes, cuya vida había segado en los últimos tiempos, entrando en la enumeración de las casas ilustres y de los linajes generosos que del mismo modo echaba por el suelo, dice:

*Silvas, Avalos, Pachecos,
BAZAN, Ayalas, Valencias
Y Sarmientos, quedan secos
De mis extrañas dolencias.
Ni todas las diferencias
Contaré de nobles tales;
Mas algunos naturales
A quien dí mis preferencias.*

He citado diversas veces á Lope de Vega Carpio en mis Coronas líricas, y no obstante, estoy lejos de haber hecho un compendio completo de las ocasiones y obras en que el

(1) «*La vida y la muerte* (Estampa de San Francisco etc.) y al pié: Con privilegio.—*Al fin*. Esta obra fué impresa en la muy leal y ínclita ciudad de Salamanca por maestro Hans Gysser, aleman, en presencia del mesmo Padre fray FRANCISCO DÁVILA que la compuso; y fué personal corrector della. Acabóse víspera del glorioso Evangelista Sant Lucas en el año de la Encarnacion de mil y quinientos y ocho años: Governando la silla apostólica el Papa felicissimo Julio segundo y á Castilla el ínclito Rey D. Fernando con la Ilma. Sra. Doña Jvana, su hija, natural Reina de Castilla.»

Fénix de los Ingenios elogió la memoria del ínclito Marqués de Santa Cruz, en su persona ó en la de su hijo y sucesor en el título nobiliario por él adquirido. A este indudablemente debe referirse la comedia aún inédita titulada *La toma de Longo* por el marqués de Santa Cruz, registrada en la lista de las que escribió aquel mónstruo de la poesía lírica y cómica de España en la edición de *El Peregrino* en su patria de 1618 (1). Al mismo segundo Marqués de Santa Cruz dedicó la Décima parte de | las comedias de | LOPE DE VEGA CARPIO, *Familiar* | del Santo Oficio | sacadas de sus originales. | Dirigidas por el mismo | al Excellentísimo señor Marques de Santacruz | Capitan General de la Esquadra | de España | Año (empresa del impresor) 1621. | Con privilegio. | En Madrid: por Diego Flamenco. | —A costa de Miguel de Silis mercader de libros | Véndese en su casa en la calle Real de las Descalzas.—Col. —En Madrid por Fernando Correa de Monte-Negro | Año MDXX. (2).

(1) Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español desde sus orígenes hasta mediados del siglo xviii por D. CAYETANO ALBERTO DE LA BARRERA Y LEIRADO.—Obra premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso público de Enero de 1860 é impresa á expensas del Gobierno.—Madrid: imp. y estereotipia de M. Rivadeneyra: 1860.—(Pág. 432.—Col. ij).

(2) La dedicatoria de Lope de Vega dice así:—«Al Excmo. Sr. Marqués de Santa Cruz, Capitan general de la esquadra de España.»—Algunos podrán culparme de que ofrezco á V. E. fábulas, deviendo á su valor historias; y quejándose tantas á los ingenios desta edad, de las hazañas que V. Ex. y su invictísimo padre obraron felicissimamente en todo el mar Oceano, cuyas vitorias representan oy á España las banderas de tantas vencidas naciones:

Otra de las obras dramáticas de Lope de Vega, en que la alusión á nuestro primer Marqués de Santa Cruz es más directa, es la tragi-comedia famosa de La Santa Liga. Es la quinta entre las doce que constituyen la décima quinta parte de sus comedias (1) y está dedicada á Aparicio de Orive, secretario mayor del Excmo. Sr. Duque de Osuna, visorey y capitán general en el reino de Nápoles. Representóla, como el mismo Lope dice, Pinedo «y á Selin famosamente.» Las figuras del drama eran en su mayor número históricas, y entre ellas se halla necesariamente el Marqués de Santa Cruz. En el acto tercero hay una escena, en la que son interlocutores el ilustre capitán general de la escuadra de reserva y el secreta-

pero si adierte que la antigua filosofía cubrió deste deleite la reprehension de las costumbres no me tendrán por Bárbaro pues es materia que á todos los estados toca igualmente, y lo que me disculpa más es que yo no preciso que doy á V. Exc. sino que recibo: pues los libros quanto más humildes, más necesidad tienen de mayor proteccion, y assi con la de su nombre quedará defendido lo que huviere errado y lo que acertare fauorecido. Dios guarde á V. Exc. muchos años que sin lisonja se puede decir generalmente de los capitanes que defienden la Fé honran la reputacion de España.—Capellan de V. Excellencia.—LOPE DE VEGA CARPIO.

Los títulos de las comedias que comprende la décima parte de las de Lope, son: *El galan de la Membrilla; La venganza venturosa; Don Lope de Cardona; La humildad y la soberbia; El amante agradecido; Los guanches de Tenerife y Conquista de Canaria; La octava maravilla; El sembrar en buena tierra; Los Charves de Villalva; Juan de Dios y Anton Martin; La Burgalesa de Lerma y El poder vencido y amor premiado.*

(1) *Décima quinta | parte de | las comedias DE LOPE DE VEGA | CARPIO, procu | rador fiscal de la Cámara apostólica y | Familiar del Santo Oficio de | la Inquisicion | Dirigidas á diver | sas personas.—Año (escudo del empresario) 1621.—Con privilegio. En Madrid por Fernando Corres | de Montenegro. | Acosta de Alonso Perez, mercader de libros.*

rio de D. Juan de Austria, Juan de Soto, á quien el Marqués da noticia de la pérdida de Famagusta. Hé aquí cómo lo expresa Lope:

- CRUZ. *Perdióse Famagusta.*
- SOTO. *¿De qué suerte
Marqués de Santa Cruz?*
- CRUZ. *De modo
Que siendo la vencida, fué más fuerte;
Ciertos esclavos lo refieren todo,
Y cierto que lastima.*
- SOTO. *Los oídos
A la tragedia atento os acomodo.*
- CRUZ. *Los turcos al combate conducidos
Por el soberbio Alí, la acometieron
Siendo del Bragadino resistidos.
Es este un veneciano que temieron
Otras veces, por ser tan valeroso.
Finalmente ni entraron, ni pudieron.
Faltóles la comida, y fué forzoso
Comer cosas jamás imaginadas.*
- SOTO. *Caso, señor Marqués, triste y lloroso.*
- CRUZ. *Hizo el turco de tierra levantadas
Torres fuertes iguales á la cerca
Y minas por lo bajo solapadas,
Estuvo la canalla vil tan cerca
Que la batió sesenta y cinco días.*
- SOTO. *¿Con tanta sangre las victorias marca?*
- CRUZ. *Los asaltos que dió, las baterías
Dicen que apenas número tuvieron.*
- SOTO. *¡Tesón cruel y bárbaras porfías!*
- CRUZ. *Ciento y cincuenta mil dicen que fueron
Los cañonazos que sufrió su muro,
Y siempre los de adentro resistieron.
Traían agua por lo más seguro*

*Viejos, niños, mujeres, y refresco
 Del puro vino y del biscocho duro.
 La hambre, que ha tenido parentesco
 Tan grande con la muerte, al fin forzóles
 Debajo del seguro barbaresco,
 Que se rindiesen al tirano, y dióles
 Mustafá su palabra, si dexasen
 A Famagusta dentro de dos soles.
 ¡Qué mucho que los tristes aceptasen,
 Honrosas condiciones sin consejo!
 Matólos, sin que cuatro se escapasen.
 Al Bragadino, de la guerra espejo,
 Como un Bartolomé desolló vivo,
 Y colgó de una antena su pellejo.*

SOTO. *¡Oh bárbaro, cruel, ejecutivo!
 ¿Mas cómo tardó en castigarle tanto
 Del español el brazo vengativo?*

CRUZ. *Ya viene el gran Don Juan, terror y espanto,
 Del África y del Asia deseoso
 De irle á buscar á Chipre ó á Lepanto,
 A resolverse en caso tan dudoso.*

La escena séptima es el consejo del Marqués á D. Juan para emprender el combate:

*Esto, señor, un Bazán
 Con el alma os aconseja
 Y por la Cruz de esta espada
 Que como cristiano os pesa,
 Que sin pasión, ni respeto
 De otra razón que le mueva
 Lo que siente solo os dice
 En cargo de su conciencia.*

Finalmente, en la escena octava, las figuras alegóricas de Venecia, España y Roma refieren la batalla de Lepanto y España dice:

Junto al estandarte existe
 El divino Don Juan de Austria
 Y Don Luis de Requesens
 Peleando en la otra banda.
 El noble Conde de Priego
 Muestra el valor de su casa,
 Y el Marqués de Santa Cruz
 Su mismo apellido ensalza:
 De través á la Real
 Socorre á boga arrancada,
 Despues el mar discurriendo
 Hace famosas hazañas.

Más preciosas que todas estas obras, aunque de autor tan insigne como Lope de Vega, considero, bajo el concepto histórico, los dos poemas épicos que cito en las Coronas Heráldicas, Liricas y Epicas de Baltasar del Hierro el primero y de Gaspar García de Alarcón el segundo. Los títulos de estas dos obras son los siguientes:

Libro y pri | mera parte de los victoriosos he | chos del muy valeroso ca | uallero
 D. Alvaro de | Baça: señor de las villas d'l Viso y Sãcta | Cruz Capita | general
 del mar Oce | ano. Dirigido al muy ilustre señor | D. Luys Çapata. Se | ñor de
 las villas de Al | buñol y de Torbiscon | con sus partidos. | Copuesto por Balthasar d'l
 | Hierro | Año de MDLXI—Col.—Aqui haze fin el presente tractado. El | qual
 fue impreso cõ licencia en la muy | noble ciudad de Granada: en ca | sa de Rene Ra-
 but junto a | los hospitales del cor | pus Christi.

La vitoriosa conqui | sta q̄ dõ Alvaro Bacan Marques de Sancta Cruz general
 del Armada y Exercito de su Mag.^d hizo en las | Islas de las Açores el año de
 1583. | Dirigida al Ilustriss. Señor dõ Diego Hurtado de Medoça Marques | de
 Cañete, señor de las ocho Villas guarda de la ciudad de Cvença Al | caide mayor de
 sacas y cosas usadas por Su Mag.^d Compuesta por Gas | par Garcia de Alarcon, na-
 tural de la ciudad de Cuenca (Escudo de armas). Impresa en Valencia cõ priuilegio
 juto al molino de Rouella 1585.

La importancia que como elementos de la historia tienen estas dos obras, es tan grande, que no titubeo en reproducirlas, entera la de García de Alarcón, en extenso extracto la de Hierro, creyendo prestar con ello un gran servicio á todos los estudiosos.

Como obras poéticas, uno y otro poema dejan mucho que desear, aunque el de Baltasar del Hierro aventaja grandemente al del épico cantor de la conquista de las Terceras. No adelanto aquí algunas ideas que creo necesarias á la ilustración de los poemas referidos, para no prevenir prematuramente el ánimo del lector como es de frecuente uso; mas me reservo terminar la obra con algunas notas en que emitiré conceptos que servirán de explicación á algunos puntos históricos, dejando la labor de la crítica puramente literaria para los que se ocupan más del artificio de la forma que de las fuentes de la historia.

Del poema de Baltasar del Hierro no conozco más ejemplar que el que posee el Excmo. Sr. Conde de Benahavis, procedente de la antigua biblioteca de Salvá. Forma un pequeño volumen en 8.º, letra gótica, de 78 hojas. Después del poema de los victoriosos hechos de D. Alvaro de Bazán, el poeta publica varios sonetos y otros versos de Gregorio Silvestre y otros poetas granadinos. Como libro hasta ahora único, consideramos grande el obsequio que se nos hace en facilitarnos su publicación, aunque en extracto, por lo que enviamos desde aquí los testimonios de nuestra gratitud á su munífico poseedor.

Del poema de Gaspar García de Alarcón, no menos raro que el anterior, conozco otros dos ejemplares: el del Sr. Don Pascual Gayangos, á que alude el Sr. Fernández Duro, y el

que posee la Biblioteca Nacional, procedente de la que perteneció al tan sabio como heróico Marqués de la Romana. Este poema es más extenso y consta de 136 hojas en 8.º, con algunos versos encomiásticos al principio y al fin. De uno y otro transcribo, valiéndome de los últimos medios gráfico-mecánicos, las portadas de las ediciones prixtina, á fin de que esta segunda parte de mi obra goce también del carácter que procuré imprimir á la primera con la reproducción del retrato xilográfico más antiguo que se conoce del Marqués de Santa Cruz y el más clásico escudo de los blasones de su casa. Así he deseado unir lo curioso á lo útil.

EDUARDO DE NAVASCUÉS.

Madrid 15 de Enero de 1888.

RICARDO BELTRAN
RÓZPIDE.
MADRID

La victoriosa conquista

de don Alvaro Bazan Marques de Santa Cruz.

General de la armada, y exercito de su Mag. hizo en las

Islas de los Açores, el año de 1583.

Dirigida al Illustriss. señor don Diego Hurtado de Mendoza Marques de Cañete, señor de las ocho Villas, guarda de la ciudad de Cuenca, Alcalde mayor de sacas, y cosas vedadas por su Mag. Compuesta por Gaspar Garcia de Alarcon, natural de la ciudad de Cuenca.



RICARDO BELTRAN
BOZVIDE
MADRID

Impressa en Valencia cō Privilegio, junto al molino de la Rouella 1585.

AL ILLUSTRISS. SEÑOR
DŌ DIEGO HURTADO DE MENDOÇA,
MARQUES DE CAÑETE,

SEÑOR DE LAS OCHO VILLAS, GUARDA DE LA CIUDAD DE CUENCA,
ALCALDE MAYOR DE SACAS Y COSAS UEDADAS
POR SU MAG.

Illustrissimo Señor:

*Entendido tengo que no es tanto atreuimiento sacar mi obra a vn juyzio de vn mundo como el que oy alcançamos, q̄anto es dirigirla á V. S. Illustris. mas como considere que á tan gran valor de Principes, y Capitanes, mi poder no se estiende á poder cōtar la menor parte de sus hechos, por ser quan estrecha es mi posada, y cuan corto mi caudal, y lo que se precian hauer aprendido lo que los ha hecho tan famoso del exemplo que les quedó de los excellen-
tissimos predecesores de V. S. Illustriss. que tambien á ellos precedieron en el gouierno de paz y de guerra cō el claro processo de padre, y abuelos, á quiē tanto deue nuestra nacion Española. Acorde (para librar la patria y ami de affrēta) buscar vna persona do pudiesse ampararme y como mi desseo sea en todo seruir á V. S. Illustriss. de V. S. guarde y en estados acreciente como por este su seruidor es desseado.==
B. á V. S. Illustriss. las manos.*

GASPAR GARCIA DE ALARCON.

LICENCIA.

Nos don Joan de Rivera, por la gracia de Dios, y de la sancta Iglesia de Roma, Patriarca de Antiochia Arçobispo de Valencia, y del Consejo de su Magestad, &c. Por tenor de la presente damos licencia y facultad, puedan imprimir en esta ciudad de Valencia un libro intitulado la Conquista de las Açores compuesta por Gaspar Garcia de Alarcon, natural de la ciudad de Cuenca, el qual por mandado nuestro ha visto, y examinado por el Doctor Jayme Testuz, y no hallo en él cosa que repugne a nuestra sancta fe Catholica. Fecha en Valencia a xxiiij dias del mes de Noviembre, año de M. D. Lxxxiiij.=El Patriarcha.=V. Franxa.=Por mandado del Illustriss. y Reuendiss. Patriarcha y Arçobispo mi señor.=Miguel Joan Iuarra.=Nota pro Sec.

APROBACION.

Yo Maestro Jayme Ferruz por comission y mandado a el Illustriss. y Reuendiss. señor don Joan de Ribera Patriarcha de Antiochia y Arçobispo de Valencia he uisto el presente libro de la Conquista de las Azores, compuesta por Gaspar Garcia de Alarcon, y no he hallado en él cosa que repugne á nuestra sancta fe Catholica, ni á las buenas costunbres. Y assi lo firmo de mi mano, a xxij. de Nouiembre M. D. Lxxxiiij.=Maestro Jayme Ferruz.

PRÓLOGO.

Inuentor es el tiempo de nouedades, y es la memoria del registro cierto de cosas antiguas, y al fin sola la verdad está priuilegiada, que quando pareciere tener quebradas las alas, entonces ella, como inmortal tome mayores fuerças para representarnos qualquier successo passado, pues no hay cosa tan entera q̄ no se disminuya, ni cosa tan sana que no se estrague, ni cosa tan rezia que no se quebrante, ni cosa tan guardada que no se corrompa. A todas estas cosas el tiempo las acaba y sepulta; sino á sola la verdadera memoria, la cual del tiempo, y de todo lo que es en él triunfa: assi como en las cosas naturales, segun la variedad de los tiempos, hazen sus operaciones los elementos, por semejantes en las cosas morales, segun hã sucedido las edades, assi se han descubierto las sciencias. Esta nuestra edad de hierro, ninguno piense que se llama ferrea porque le faltan sabios, mas porque le sobran maliciosos: la poca estima en que son estimados agora los sabios se puede ver por la mucha veneracion en que fuerō tenidos los

Philosophos antiguos. Que cosa fue de ver a Licurgo entre los Lacedemonios, a Forenes, y a Homero entre los Griegos, a Salomon, entre los Hebreos, a Liuiio entre los Romanos, a Ciceron entre Latinos, a Polonio entre barbaras naciones: cupoles en suerte venir en tales edades, que estaua el mundo tan rico de simples, y tan pobre de sabios, que concurrian de estrañas naciones, de remotas tierras de diuersos reynos: no solo a oyr sus doctrinas, pero aun a ver sus personas. Dize Salustio, que se debe mucha gloria a los que las hazañas obraron, y que no se deue menos fama á los que cō buen estilo las escribieron. En este caso yo confieso no merecer por mi ninguna fama, antes pido perdon a todos los sabios, por la falta que hallarán en ella aunque por marauilla ay cosa rezien escrita, que no tenga necesidad de lima. Páseme esto por verdad, porque Socrates fue reprehendido de Platon, y Platon de Aristóteles, Aristóteles de Abensiyz, Sicilio de Suplicio, Lelio de Varron, Marino de Thomen, Enio de Oracio, Seneca de Aulo Gélio, Estontodes de Estrabō, Thesato de Galeno, Hermagoras de Cicerō, Origenes de Hieroniymo, Hieronymo de Rufino, Rufino de Donato. Pues en estos cupo correction, y en sus otras que supieron tanto, no es mucho conmigo se disimule no sabiendo ninguna cosa. Al parecer de sabios (de mi voluntad) sugeto la presente obra: y a los demas requiero se contenten ser lectores, y no juezes della: no hay paciencia que lo çufra, ni ley que permita, que lo que un hombre está arto de hazer con mucha madurez, un simple de solo leerlo una vez, lo menosprecie. Muchas veces son reprehendidos los es-

critores y auctores, no de los que saben componer, y traducir obras, sino de los que no saben entenderlas, ni aun leerlas. A los quales digo me tomen en descuento el no poder salir de la verdad a q̄ va arrimada, y escrita en vn golfo, y parte de ella en la guerra. Y cuan diferente es el arte de milicia que professo, al componer en metro, poco estudio, menos experiēcia, no muy ayudado de tiempo, todas causas justas a tenerse alguna consideracion, que mi deseo es bueno, y si en esto acertasse, seria para cobrar animo á emprender otras cosas adelante.

DEL AUCTOR Á LA C. M.

DEL REY DON PHILIPPE NUESTRO SEÑOR.

SONETO.

Cesse ya la potencia Alexandrina,
 La noble fortaleza del Persiano,
 Los fuertes ardimentos del Troyano,
 Los hechos de la estirpe Sarracina.
 Suena la fama, suene la Hyberina
 Del inuencible Rey Philippe Hispano;
 Resuene su poder tan soberano,
 De Poniente a Leuāte y tierra Austrina,
 Pues siempre su valor, y fama crece,
 Ya quedara en el mundo por luzero,
 De poderosos Reyes su grandeza,
 Que el gran Philippe solo resplandece,
 Segundo deste nombre, y el primero
 Que fue en el vniuerso fortaleza.

DEL AUCTOR AL ILLUSTRISSIMO MARQUES
DE CAÑETE.

SONETO.

De la felice casa hauia salido
De Mendoça vn lucero refulgente,
El cual del Norte al Sur, de Este á Poniente,
Sus clarificos rayos ha esparcido:

Este en todo el terrestre es conocido
Por su claro valor tan exellente,
Que de real tronco es descendiente:
Al cual han muchas vezes socorrido.

Y si por produzir tanto esta casa
Hasta agora ha ganado eterno nombre
Con Don Diego: de limite y de tassa
Salió dandole Hurtado por renombre,
Quedando ya do oy mas fortuna escassa
Pues todo su poder puso en este hombre.

DE DON BERNARDINO DE MENDOÇA

CAUALLERO DEL HABITO DE S. JOAN EN ALABANÇA
DE LA VERDAD DEL AUCTOR.

SONETO.

La verdad con razon siempre es loada,
La verdad solamente es quien sustenta
El viuir con quietud, y representa
El successo de edad cualquier passada.

Pues siendo la verdad tan esmerada,
Segura correra de hauer tormenta.
Sea verdadera historia, que la emprenta
La hará salir con lauro coronada.

No es fiction, ni es enredo, ni maraña
 Lo que se trata aqui de la conquista,
 Que con Galia se tuuo, y la victoria
 Que adquirió nra Illustré, y fuerte España.
 Don Garcia de Alarcon la vió de vista,
 Y escriuió con verdad la dulce historia.

DE DIEGO FERNANDEZ DE OSORIO
 AL AUCTOR.

SONETO.

Al gran Julio Cesar renombre le dieron
 De fuerte guerrero y de Emperador:
 Y de Pater patriæ al gran Orador
 Tulio, que ambos bien lo merecieron:
 Y aquel Justiniano de quien descendieron
 Leyes tan justas por Legislador.
 Tambien por Poeta á Montemayor,
 Sin otros muy muchos que lo pretendieron.
 De todos aquestos aunque yo tuuiera
 Las gracias, y partes aqui relatadas,
 Y para loaros las deste postrero,
 Creedme, Garcia, que no me atreuiera,
 Por ser nuestras cosas tan bien acabadas,
 Que no las alcança mi juyzio grossero.

DE PABLO DE GUMIEL
 EN LOOR DE LA OBRA Y DE SU AUCTOR.

SONETO.

Cvenca ciudad famosa de la estrella
 Tal planta, tal rayz, tal biē produce,
 Que mas que Febo y que Diana luze,
 Dando de si vna armigera centella.

Rompe, destroça, mata y atropella,
 Y al enemigo a su poder conduze,
 Y en summa clara, y breue nos reduze
 A conocerse el bien que sale della.

Porque Gaspar Garcia peleando,
 Cuya estirpe y rayz de Cuenca sale
 La fama de los dos solo acrecienta,
 Y con la pluma en verso va mostrando
 (Sin que Poeta alguno se le yguale)
 La historia verdadera que nos cuenta.

DE JOAN FERNANDEZ DE LA CHICA

AL AUCTOR.

SONETO.

Si Roma a su Virgilio dió tal gloria,
 Que una estatua de bronce le pusiesse
 En publico, lugar a do le viesse
 Del Fenice Poeta la memoria

Y porque solo la Troyana historia
 Cantó el Homero (Griego) se le diesse
 Estatua por su Athenas, que estuuiesse
 Con corona de Rey por tal victoria;

¿Porque no se dará á Gaspar Garcia
 Estatua de oro, y por corona en ella
 Sus clarificas obras? pues á él solo

Se rinde toda antigua poesia:
 Y en la presente es tan clara estrella,
 Que resplandece de vno al otro Polo.

DE D. DIEGO DE ZÚÑIGA

AL AUCTOR.

SONETO.

Quando el vezino cielo alguna parte
Se inclina y de proposito es agente
Obra á su semejante, y le da gente
De guerra, el belicoso y fiero Marte.

Tambien le da riquezas y reparte
Apollo su saber alto eminente,
Febo su resplandor mas refulgente,
Saturno y los demas con cualquier arte.

Esto se vee tan claro en la era nuestra,
Como en la de Alexandre, pues q̄ vemos
De tales bienes adornada España:

Y que Gaspar Garcia con la diestra,
Al enemigo vence, y dél leemos
Escrita en verso illustre la hazaña.

DEL AUCTOR EN LOOR DE SU PATRIA.

SONETO.

No mires, chara patria, el atreuerme,
En nombrarme ser tuyo, pues la gloria
Que en esgrimir adquiere este victoria
La ganó solo en ti fauorecerme.

¿Qué mas bien pudo dar, ni encarecerme
Fortuna en esta vida transitoria,
Que es que goze en futuro de memoria,
Como fuyste ocacion a enriquecerme?

Por ti oluido a Colindres y a Torrama,
De donde deriuó mi descendencia;
Oluidome de mi por contemplarte:

Y si en tiempo de Athenas lauro y palma
Mereció se la diesse en cualquier sciencia;
De rubíes, Cuenca, es poco coronarte.

LA CONQUISTA DE LAS AZORES.

POEMA ÉPICO.

CANTO PRIMERO.

EN QUE DECLARA LA JUNTA QUE SU MAJESTAD HIZO
EN LA CIUDAD DE LISBOA DE ARMADA Y GENTE.

Los hechos canto, fama y las hazañas
Que son dignas de nombre y de memoria
Con que se ilustran más nuestras Españas,
Aumentando á Felipe larga historia.
Traviesan, abren sierras y montañas,
Por do fingen los nuestros la victoria,
Ingleses, Francia, Flandes destrozando,
Y á Africa y Turquía amenazando.

Mi intento es declarar en breve suma
Del tiempo que Felipe, Rey segundo:
Su fama vuela y crece como espuma,
Trayendo á sus dominios casi el mundo.
Los reinos que aquirió; mas no habrá pluma
Que lo baste á escribir, y así yo fundo,
Que no habrá cronista insigne ni alto
Que escriba de este Rey sin quedar falto.

Y querer tratar dél mi ruda lengua
Es querer yo sin alas ir volando,
Y haberlo de dejar con mayor mengua
No sirviendo el estarme desvelando.

Y así este tosco estilo que me amengua
Tendrá lustre en por vos irle ayudando,
Marqués insigne y claro de Cañete
Debajo cuyo amparo se sujete.

Siendo mi obra á vos ya dirigida
No permitáis, señor, que aquí perezca,
Antes con vuestra casa esclarecida
Cantando vuestros hechos que florezca.
¿Cual ira de Anibal fué tan temida,
Ni Julio César hubo que os parezca,
Si ponen vuestros triunfos de delante
Con que tiembla el Poniente y el Levante?

Suplícoos que de vos sea amparada
Esta leve letrilla, estos renglones,
Que es mi poesía poca y mal limada
Y la murmurarán muchas naciones.
Y si de vuestra mano es cobijada,
A luz podrán salir bien mis borrones:
Concededme señor, merced tan alta,
Porque vuestro valor supla mi falta.

Muerto que fué el gran Marte lusitano
En aquella campal y cruel batalla,
Nieta de Carlos V, Sebastiano,
Por destruir al Muley y su canalla,
Do de sangre enemiga el africano
Campo roció y de fina malla,
Dejando con su muerte tal memoria
Que le será perpetuo eterna gloria;

Por cuya muerte y fin heredó Enrique.
La tierra y el gobierno á él obediente,
Goa y las Molucas, Mozambique,
Con toda la más parte de Occidente.
Este por su vejez, viéndose á pique
Del tránsito mortal, cristianamente
Ordenó un testamento con prudencia,
Por el cual descargó bien su conciencia.

Y fué que penetrando el falso pecho
De algunos que discordias procuraban,
Les dice:—Un testamento queda hecho
Con cláusulas que claro os declaraban.

A quien vienen los reinos de derecho,
Y la razón porque así se heredaban;
Servid y obedeced al rey que os dejó:
Tomad de vuestro rey este consejo.

No apenas bien Enrique hubo espirado,
Cuando fué el turbulento codicioso,
Por ver el nuevo rey que había dejado,
Do vieron ser Felipe el poderoso.

Quién de ello muestra estar acongojado,
Quién muestra de otra parte estar gozoso,
Y quién dice este hecho es de malicia,
Y quien le contradice es de justicia.

El reino se alborota y dice: ¡engaño!
El rey Felipe manda que se vea:
Con tal que á Portugal no venga daño,
Consiente, antes que el reino lo posea,
Por letrados se haga el desengaño,
Y lo que declaren hecho sea,
Dando su maldición al que quitare
El derecho á cualquier que le tocare.

Visto por los jueces, le confirman
La manda al rey hispano, y tal aprueban
Venirle rectamente en que se afirman
Y otra cualquier herencia la reprueban.
Y por ser razón justa así lo firman,
Diciendo no ser bien cizañas muevan,
Pues le fué favorable y grato el cielo
En quererle dar rey tal en el suelo.

Con bandos en la tierra y dimisiones,
Dicen al Prior de Ocrato esto le toca;
Sujeto no ha ser á otras naciones
El lusitano y si es, se apoca.
Publíquese la guerra y rebeliones
Hasta que no haya enhiesto muro ó roca,
En que tener defensa sustentando,
Se muera resistiendo cualquier bando.

El cristiano Felipe conmovido
De santo celo y fe, luego procura
De atajar este cáncer encendido
Con su benignidad y gran cordura.

Y á toda Lusitania ha requerido
Con paz, que es defensivo en esta cura,
Da partidos, concede y los ofrece,
Con que más da á entender lo que merece.

¡Oh ansia de mandar, ciega codicia!
¡Oh torre sobre viento fabricada!
Pues nunca tuvo esfuerzo la malicia,
Para poder cumplir maldad pensada.
¿Qué sirve ser contrarios de justicia,
Ni querer resistir con mano armada,
Ninguna pretensión injusta hecha,
Por ser cierto que al fin nada aprovecha?

Ejemplos ya pasados les bastaran
A los que gustan ser promovedores,
Y que en cabeza ajena escarmentaran
Viendo al fin qué hacer suelen inventores
De cizañas, y bandos, y en qué paran,
Según dan á entender grandes autores:
¿Qué maldad ningún hombre ha promovido
Que en ella al fin no quede confundido?

Miradlo en estas, ya que á apercibirse
Para la injusta guerra procuraron,
Y cómo tienen brío á resistirse
Y al cabo de todo ello en qué pararon:
No bastó ruego alguno á convenirse,
Ni las promesas gratas no acabaron
Del gran hijo de Carlos que cesasen
Y que esta civil guerra dilatasen.

Antes á D. Antonio, que era hijo
De D. Luis, Infante, injustamente,
Con menos ocasión que regocijo,
Fué jurado por Rey de alguna gente;
El cual nombre este en sí tuvo tan fijo,
Que á su contrario bravo que de frente
Le va, con tal poder piensa esperarle,
Y hasta morir, los reinos disputarle.

Nuevas teniendo de esto el Rey de España
Magina que rehusar no hay ya la guerra;
Revuelve, en sí, y contempla cuánto daña
El por armas querer cobrar su tierra;

También por otra parte engendra saña,
Prometiendo en el mar, y en valle, y tierra
No dejar piedra enhiesta que no allane,
Hasta que el reino cobre, ó que lo gane.

De Italia hizo bajar gente lucida,
De Nápoles, Sicilia y Lombardía,
De la nación de España esclarecida
Con gente de Florencia, y Romanía.
Y Alemania, y Borgoña apercibida
Tiene con el País Bajo en compañía,
Húngaros, mallorquines, escoceses,
Genoveses, toscanos, piamonteses.

Mandar hizo juntar los castellanos
De Castilla la Vieja, y de Leon,
Y á toda Cataluña, y valencianos,
Con cántabros, y reinos de Aragón.
Estremeños, manchegos, beticanos,
Y en Galicia, y Vizcaya el rebelión
Escribe, y á la Asturia y la montaña,
Con que les da á entender en qué anda España.

Continos y hombres de armas que se alleguen
Con mucha brevedad manda á la posta
Y vista la presente se despeguen
Los caballos ligeros de la costa,
Hidalgos libertados que se entreguen
A su servicio todos á su costa,
Les manda y no rehusa caballeros
Y á su amparo recibe aventureros.

Contadas las galeras y aparato
Que en Gibraltar hiciera recogerse,
En tan extraña suma, en poco rato
No podrá por mi verso encarecerse.
Y si proligidad toda dilato,
Es por mi tosco estilo no atreverse
A enfadar los oyentes con largueza,
Pues con la brevedad tengo torpeza.

Digo que el de Castilla al Duque de Alba
Encomienda y encarga esta conquista,
El cual, con gran tropel sale, y con salva
Que como ella jamás otra fué vista:

A Guadiana llega, y Tajo salva
Su gente le apercibe allí y alista,
Viniendo con cuidado y gran recato,
De su Rey esperando está el mandato.

Don Alvaro Bazán también navega;
Con las galeras todas hace punto;
Con orden poco á poco va y allega,
Por con el Duque de Alba hallarle junto,
Y al lusitano reino más se apegas,
Cual nunca los Cartagos á Sagunto,
Con tan grueso poder sitio pusieron,
Como este campo y flota se movieron.

No el lusitano reino descuidado
En tal ocasión se halla negligente,
Antes andaba todo alborotado,
Que parecía se ardía en fuego ardiente;
De con gran diligencia han procurado
De juntar tan lucida y tanta gente,
Que puedan sustentar largo la guerra
Por mar, y si se ofreciere, por la tierra.

Adelante vinieron á las manos
Después de haber pasado muchos cuentos,
Donde con gran valor los lusitanos
Mostraron su valor en mil recuentos:
Mas á la postre y fin los castellanos,
Viendo sus enemigos violentos,
Procuran la victoria y vencimiento
Haciendo en su ciudad alojamiento.

Como amigos quedaron no disformes,
Antes les pesa ya del daño hecho,
Y con tanta quietud y tan conformes,
Que ya ningún rencor reina en su pecho:
Por eso no hagas guerra sin que informes
Tu conciencia, si es justo y de derecho
Lo que quieres pretender: mira que es vano
Querer coger el viento con la mano.

¿Qué sirve la pujanza y poderío
Del arroyo corriente y muy furioso,
Si cuando va en más fuerza un ancho río,
Que por su curso corre de reposo,

Le coge, hace perder su fuerza y brío,
No quedando señal, mas que espumoso,
Se ve por la corriente donde ha entrado
Dando á entender que espuma se ha tornado?

Otras cosas pasaron de por medio
En las Indias é islas que yo excuso,
Por no ser tan prolijo, que es remedio
Del continuo reparo que siempre uso.
Espere á que esté hecho en este medio,
Aunque el lector se halle aquí confuso;
Pues tratar de este caso no es mi intento:
Que en la Tercera tengo el pensamiento.

Estaba, ya sujeta y sosegada
La gente en Lusitania, y ya jurado
Habían al gran Felipe, y les agrada
A su corona haberse sujetado.
Mas la Tercera isla rebelada
Se está, que de partido no ha curado;
Aunque por nuestro Rey le han requerido
Con general perdón, no le ha querido.

Con cuanto, levantándose ofendieron
Al pío hijo de Carlos, los perdona,
Mas tras un yerro un mal acometieron,
Y un feo aleve, dando la corona
De estas rebeldes islas, como dieron
Al gran Prior de Ocrato, que es persona
Que ni en ley ni en derecho le tocaba,
Ni menos por herencia lo heredaba.

Esto cansa al Hispano y dió sospecha,
En ver cómo la isla está en el paso
De Indias, y su armada muy derecha
Por allí ha de pasar, y le hace al caso
El tomarla á partido, y no aprovecha
Con ella y así el Rey no deja raso
En la costa de España, que no aplace
O por mandato suyo no embarace.

Que se provean muchas municiones
Mandó también, y se levante gente,
Y publicar con bandos y pregones,
Por traidora la isla, inobediente

A su Rey y señor, y otras razones,
Que la breve escritura no consiente
Contarlo por extenso y tiempo largo,
Ni menos de escribirlas tomé el cargo.

Mas al fin, como digo, publicada
Tiene el hijo de Carlos la contienda
Que con las islas tiene, y levantada
Mucha gente en España, porque entienda
El hombre que él nombrare á la jornada,
Que, mostrando su ánimo, pretenda
Hacer lo que españoles hacer suelen,
Y que en tomar la isla se desvelen.

Antes y ahora el Rey ha señalado
Al Marqués, por cabeza en mar y tierra,
De Santa Cruz, y mucho le ha encargado
Que muestre su valor en esta guerra,
Diciéndole que queda descuidado,
Pues sabe la bondad que en él se encierra,
Y que ordene á su gusto y que visite,
Y en la armada y la gente ponga y quite.

Señala, capitanes que, tal hecho,
Pongan ejecución al enemigo;
Al interés no mira ni al provecho
Que le rentan las islas, sí al castigo
De todos los que con aleve pecho
Procuran y prometen ser amigo
De D. Antonio, haciéndole hacer cosa
Que entre la cristiandad fué tan dañosa.

Los isleños pensaron que era daño
Que fuese su gobierno nuestra España,
Y urden una cautela, y nuevo engaño
En contra de Felipe con gran saña:
No miran el castigo que, hará un año,
Fué por el Marqués hecho antes: con maña
A Flamencos incitan nos enojen,
Y á la Francia se amparan y recogen.

A Inglaterra y todo también pide
La isla que le ayude y favorezca
En contra del Hispano que le impide
Que á D. Antonio y Francia no obedezca,

Y que de ningún arte no le olvide,
Porque la isla fuerte no perezca
A manos de españoles bulliciosos
De sojuzgar naciones deseosos.

De otras personas muchas, de secreto
Se ayudaba, amparaba y recogía,
Poniendo lo que cumple por efeto
Como á semejante hecho convenía,
No guardando decoro ni respeto
Al que la gran Monárquia sostenía
De nuestra fe católica y destruye
Al mahometano pueblo y disminuye.

De todas partes gente le enviaban,
Y una feroz y audaz liga fabrican;
Con bastimentos muchos le ayudaban,
Y mucho más la isla fortifican.
Por un bravo francés se gobernaban,
Y de gente la isla multiplican:
Sin tener miedo alguno de perderla,
Piensan de todo el mundo defenderla.

Es la Tercera fuerte y fértil tierra
De aguas y altas rocas rodeada,
Al bélico ejercicio de la guerra
La gente que produce ejercitada:
En torno el Oceano ciñe y cierra
En treinta y nueve grados asentada;
Tiene al Sur una playa que no ataca
Por azotar los riscos la resaca.

La isla San Miguel tiene hácia el Este
Cosa de ochenta millas y á la diestra
Está Santa María, y al Oeste
La gran isla San Jorge estaba puesta;
Y el áspero Fayal, que en lo terrestre
No se halla tal agrura de tal cuesta,
Con el umbroso Pico y la Graciosa,
Islas que le hacen ser más poderosa.

Pues viéndose ella así estar guarnecida
De Francia, que por suya la defiende,
Con gente y municiones bastecida,
Que era el gozo y designio que pretende,

Y que de ingleses es favorecida,
Cada cual en su pecho claro entiende
Que no hay flota terrestre que la boje
Sus marinas, ni campo que le acoge.

Mirad que son muy vanos pensamientos
Cegaros la codicia, porque el suelo
Predestina soberbios sus intentos,
Dándoles con cautela gran consuelo:
Promete muchos triunfos vencimientos,
Mas ¡ay! que es vanidad, que el alto cielo
Es solo el que da y sube, aumenta y hace
La humildad, y al soberbio lo deshace.

Por esto nadie esté tan confiado
En tener gran pujanza y poderío,
Ni injusta guerra haga, que excusado
Será prevalecer su señorío.
Y el hombre pertinaz y porfiado
Que levanta cizaña es desvarío,
Porque aunque más porfie de subirse
Vendrá en su mismo error á consumirse.

Ciegas estando así, de ingratitude
Muy llenas estas gentes congregadas;
Dejando su sosiego y su quietud,
No mirando á las paces confirmadas,
Ni del gran Rey Felipe la virtud,
Dando favor contra él todas armadas,
Siguiendo su destino y su decoro,
Por robarle sus islas y tesoro.

No estaba el Rey Hispano un solo punto
Por ninguna manera descuidado,
Que en el verano ordena en uno junto
Gran número de gente, do ha mostrado
De su propio valor claro trasunto,
Que no puede ser de otro comparado,
Nombrando capitanes que levanten
Gentes con que al francés rompan y espanten.

Don Lope Figueroa es bien se diga
Cómo salió el primero á rehacer,
Con veinte compañías de la Liga,
De quien sus hechos no hay que encarecer.

Porque la brevedad que aquí me obliga
Me hace de razones fallecer,
Dejando á su alvedrío al que es discreto,
Para poder juzgarlo en lo secreto.

El fuerte Don Francisco, cuya casa
Es Arias su apellido y Bobadilla,
A rehacer su tercio al reino pasa
Muy fértil y felice de Castilla.
Cuya virtud de un Polo á otro traspasa,
Causándonos sus hechos maravilla,
Pues su singular fama no se esconde,
Antes á sus pasados corresponde.

El cual traía en su tercio belicoso
Doce capitanes, de quien canto
La flor de nuestra España, honra y reposo
En las cosas de paz, y en guerra espanto.
Loarlos con mi pluma yo no oso,
Pues nunca pudo Homero escribir tanto
De fama de grecianos, que en el mundo
Creyeron ser nacidos sin segundo.

De Lombardía y Sicilia les requiere
A cuatro compañías, que alojado
Había entre Duero y Miño, y también quiere
Que con ellas un tercio sea forjado,
Nombrando aquel que más lo mereciere
Por cabo: y así nombró al sublimado
Don Juan de Sandoval que resplandecen,
Y á su casa sus hechos le parecen.

Do con siete de Nápoles que estaban
Metidas en el fuerte y gran castillo
De la insigne Lisboa, y las sacaban
Adonde su valor harán sentillo;
Y envueltas de otras cuatro las mezclaban
De soldados modernos, que á servillo
Venían al Rey Felipe en cualquier hecho
Con aprestado brazo y fuerte pecho.

Así el de Denia próspero á embarcarse
Bajó una fresca tarde y sosegada
De la expugnable fuerza, que contarse
Su embarcación, á mí es cosa excusada;

Pues ciudad ni marina divisarse
No pudo en grande rato, que ocupada
Se vió de humo y fuego estruendo, cuando
Bajaban la alta cuesta disparando.

A la marina llegan, y embarcados
Fueron con mucha salva y alegría,
Cuando un grueso escuadrón por los collados
De Almada y sus contornos parecía,
A cualquiera ocasión aparejados,
Que claro en su valor se conocía;
Pues dando vuelta al foso, fuerza y tierra
El escuadrón lo ciñe todo y cierra.

Donde estuvo esperando entorno el alto,
A la trina Diana que viniese
Apercibido á dar cualquier asalto
De cualquier calidad y orden que fuese;
Y al tiempo que por Febo el mundo falto
Quedó sin claridad, ¿quien escribiese
De la suerte y manera que arremeten
Al muro, tierra, foso y le acometen?

Tras una carga otra y otra, dando
El tercio de Don Lope presuroso
Andaba acá y allá escaramuzando,
No menos diligente que animoso.
De la armada y ciudad están mirando
El esquadrón que ha hecho el valeroso
Don Lope, que es señal que apercibida
Toda su gente tiene á la partida.

De continuo el Marqués nunca cesaba
Por ocasión ninguna de hacer
Lo que era necesario, visitaba
La flota y la hacía en todo proveer.
Pertrechos y aparatos embarcaba
De guerra, y con cuidado hacía traer
Máquinas y paveses, y reparos
Tantas que es imposible yo contaros.

Y con esto comienza apercibir
Marineros y naves, bastimentos,
Y dar con gran prudencia y recibir
De modo que estén todos muy contentos.

Dice:—Al hijo de Cárlos vo á servir;
Él os dará ventajas y alimentos;
Pues, nobleza de España, no rehusé
Ninguno esta jornada, ni se excuse.

Y aquel que fuere noble caballero
O buen soldado y está entrenido,
Aquel le toca ser aquí el primero,
Y de personas tales ser servido
Nuestro rey y señor; porque yo espero
Que nos será muy bien agradecido
Por él, y nos dará mi Dios victoria,
Y ganaremos fama y mucha gloria.

Mas no puedo creer que compañía
Que para ir conmigo esté avisada,
Que deje de venir con alegría
A ver el cabo y fin desta jornada.
Y en esto un mensajero le decía:
—Excelente señor, ya era llegada
La gente, y Don Francisco aquí con ella;
Mándanos dar recaudo y proveella.—

Remédialo el Marqués muy sabiamente,
Proveyendo los tercios con juicio,
Y que haya falta en cosa no consiente,
Y en esto se desvela, y en su oficio.
Hace que se aperciba bien la gente
De alemanes que han de ir en el servicio
Del Rey esta jornada, y señalarse
Las naves donde tienen de embarcarse.

Era cosa de ver la embarcación,
La buena orden que había y diligencia,
Y como no tenían contradicción
Ni había saltar en tierra sin licencia,
Y ver traer á otros provisión,
Y ver el buen gobierno, y la prudencia
Con que el Marqués les habla y les incita
Y al servicio del Rey los solicita.

¿Quién ve tanta belleza de soldados
Españoles, de Italia y alemanes
Y tanta cautividad de aventajados,
Y entretenidos tantos, tan galanes,

Y tantos caballeros lusitanos,
Y maestros de campo, y capitanes
Y otros de generales, que en servicio
Del Rey han muchos años hecho oficio?

¿Y tantas diferencias de naciones,
Y tanta real galera y tanta gente,
Y tantas galeazas y galeones
Y tanto de navío diferente?

¿Ver flámulas, banderas, divisisiones,
Y tanto gallardete al excelente
Estandarte real iban cercando,
Que al espacioso mar van ocupando?

No fué por Marco Antonio congregada,
Ni por el fuerte César juntamente
Tan bastecida ni tan grande armada,
Cuando aquella naval tan excelente;
Si cuando la Otomana derribada
Fué del hijo de Carlos, y su gente,
Don Juan de Austria, que puso al mundo espanto,
Según nos lo declara bien Lepanto.

Ninguna otra escritura hace memoria
Que armada se haya visto tan crecida,
Como la que este César con gran gloria
A esta jornada tiene apercebida.

Que si yo convidara á larga historia
Tuviera bien que hacer, porque mi vida
Se consumiera sin que la acabase,
Ni su bravura y cosas os contase.

Venía tanto cuatralbo y generales
De diferentes reinos que obedecen
A la corona hispana muy leales,
Siendo sus nobles hechos que florecen.
Siguiendo vienen siempre sus reales
Estandartes é insignias, y se ofrecen
De vivir y morir en mar y tierra,
Apellidando ¡España! en cualquier guerra.

Otros navíos muchos han bajado
De Levante en servicio de Felipe,
De amigos y vasallos que han dejado
Sus patrias, porque el hecho participe.

Cada uno de él bien que aparejado
Le está, y por temor no se anticipe
El triunfo, y se efectúe en su ausencia,
Aguijan con gran prisa y diligencia.

También dice el Marqués:—No se detengan
Los que pensaren ir aventureros.—

Mandando que se embarquen como vengan,
Señalándole puesto á caballeros:

Y á muchos les requiere se entretengan
En San Martín, y escoge marineros
Para el bajel, y mucho lo procura,
Que sean de experiencia y de cordura.

Por veedor general de nuestra armada
Venía el fuerte Don Jorge, intitulado

Manrique, cuya espada señalada
Es por su valor claro y sublimado,
De Príncipes su casa está ilustrada,
Y él de trofeos muchos le ha aumentado,
Haciendo el resplandor más aclararse
Y de Manrique el nombre reforzarse.

Y por no poder dar á tan gran hecho
En este canto fin será forzoso
Que aclare el valor y fuerte pecho
Del audaz español, bravo, animoso,
En el Canto siguiente, que el derecho
Piensa dar á su Rey, y victorioso
Hacerle de las islas rebeladas
Contra su Real corona levantadas.

CANTO SEGUNDO.

DE CÓMO SE ACABÓ DE HACER LA JUNTA Y SALIDA DE LISBOA,
Y DEL PELIGRO EN QUE LA NAVE MARÍA Y SAN VICENTE
SE VIÓ.

La gente con gran ímpetu venía
Porque la embarcación apresuraba,
Don Álvaro Bazán, do cada día
Generalmente á todos avisaba,

Que era servicio al Rey, y convenía
La brevedad y así se la encargaba,
Porque sin prolongar más un momento
Piensan miércoles dar velas al viento.

Y viendo ya la armada de partirse
Muy á pique, D. Pedro ha procurado
A gran prisa fletar, y apercibirse
En un galeón fuerte que ha tomado
Del fundador el nombre por subirse,
Que es Felipe, y así fué intitulado,
Y en él se embarcó el bravo caballero,
Siendo el que navegó en él primero.

Demostrándose más ser del servicio
Del gran César segundo de este nombre
A todos los soldados que de oficio
Están vacos, y á todo gentil hombre
Entretenido embarca, y con gran vicio
En su mesa regala: que renombre
Quiere, como su padre, lo ha adquirido
Ganar con su valor esclarecido.

Don Félix de Aragón á la jornada
Con doscientos hidalgos lusitanos
Venía por cabeza y camarada
En favor de los reinos castellanos;
Gente de gran valor y aventajada,
Mozos valientes, diestros y galanos,
Al ejercicio siempre de la guerra
Cursados de continuo en mar y tierra.

Todos aventureros estos eran,
Que Don Félix siguen sin sueldo alguno,
Y con este designio se movieran,
Queriendo señalarse cada uno.
Del ánimo y valor y hechos que hicieran
Declararé en haber tiempo oportuno,
Sin quitar ni poner nada al suceso
Por la verdad continua que profeso.

Ya al afamado Tajo van llegando;
Ya se junta la armada poderosa,
Sus fértiles riberas ocupando,
Que como ella jamás se vió tal cosa.

Y así como al llegar emparejando
Al real estandarte, ó victoriosa
Insignia van pasando, salva haciendo,
Sus estandartes todos abatiendo.

Eran las naves gruesas justamente
Treinta y tres, y eran doce las galeras
Y dos la galeazas, que al Poniente
Bajaron de Levante muy ligeras;
Y los pataches treinta, y tanta gente
De la felice España y extranjera,
Que es confusión contar punto por punto
El tùmulo que el rey tuvo aquí junto.

Venían galeones cinco de grandeza
Incomparables, y reas en gran suma,
Saetías y zabras con braveza,
Chalupas y pinazas por la espuma
Del terrible Oceano, que en certeza
Contando la verdad aquí mi pluma,
Confusión causaría á los agentes
El ver la variedad de tantas gentes.

Doscientas y cincuenta y dos mil balas
De gruesa artillería se embarcaron,
Y mucha bizarría y muchas galas
De grandes de Castilla se juntaron.
Las playas, los abrigos, puertos, calas
Por gran espacio todas se ocuparon:
Que no cabía de naves y galeras
En todo el ancho río hasta Fabregas.

Ciento y ochenta piezas de batir
Y quinientos cañones reforzados,
Y, para la campaña resistir,
Otros quinientos fueron embarcados.
Y el discreto lector ha de advertir
Pedreros, falconetes bien contados,
Justos eran trescientos y cincuenta,
Y culebrinas ciento había y noventa.

Pasaban de ochocientos esmeriles
Los que se registraron en la armada,
Y de pólvora había tres mil barriles,
Esta para el efecto reservada;

Y cuatro justamente eran los miles
De plomo sin quitar ni añadir nada
Los quintales que lleva el bando amigo,
Lo cual averaré como testigo.

Garfios, montantes, flechas, armas ricas,
Broqueles y rodelas y paveses,
Espadas, partesanas, dardos, picas,
Y de dobladas piezas mil arneses.
Llevan las naves gruesas y las chicas,
Y por la popa y proa y los traveses,
Van llenas de trabucos y bombardas,
Y de chuzos agudos y alabardas.

Alcancías de fuego artificiosas
Y arpones de alquitrán arrojadizos,
Con bombas y granadas presurosas
Y abrojos más agudos que no erizos;
Y balas enramadas muy copiosas,
Con cantos tan menudos, que granizos
No caen en torbellino aventiscados,
Como son de las piezas disparados.

Dardos, pez, resina, azufre, aceite,
Por buena orden todo repartido,
Y en esto el general es su deleite
Que con cuenta y razón esté cumplido;
Según para la empresa sea decente,
Lo cual con gran cuidado ha prevenido,
Como declararé arriba y dí á entenderme,
No teniendo lugar de detenerme.

Mil y quinientos años ya pasados
Y más ochenta y tres por buena cuenta,
Que Dios quiso pagar nuestros pecados,
Había cuando esta guerra más se aumenta.
Los vasos de la armada ya aprestados
Marchan hacia la isla violenta,
Desde Lisboa á Belén van proejando
Las galeras, las naves remolcando.

A do se va juntando con contento,
Toda á fuerza de remos sin cesar
De remolcar navíos un momento
Ni galera se ve un punto aflojar.

Por esperar al pique el Marqués viento
Quiso que no tuviesen más de orzar,
Si el tiempo favorable se mostrase
Y que toda de golpe se levase.

Seis días se tardó allí en recogerse
Cumpliendo algunas faltas que tenía,
Y después de llegados sin moverse,
Otros tantos ó más se entretenían.
Que si por buen estilo encarecerse
Las cosas que á este tiempo precedían,
Pudiera extensamente aquí mi verso
Admiración pusiera en lo universo.

Tres mil hombres lucidos en su tercio,
Y quinientos Don Lope había embarcado,
De aquellos que al Gran Turco en menosprecio
Pusieron y han á Flandes castigado.
No temen á enemigo fuerte y recio,
Que sus heróicos hechos ensalzado
Han su nación en reinos diferentes
Contra moros, franceses y otras gentes.

Dos mil eran y más por buena cuenta
Los que de Bobadilla se embarcaban:
Este tercio á la clara representa
Lo mucho que ocasiones procuraban.
Pues su fama y valor crece y se aumenta,
Que todo hecho cualquier facilitaban,
Haciendo rotas, triunfos, vencimientos
Conforme eran sus altos pensamientos.

La gente que Don Juan de Sandoval
Embarcaba á su cargo, eran soldados
Todos comunmente en general,
Al arte de milicia ejercitados.
Hechos al trabajo y cualquier mal,
Dos mil y setecientos bien contados,
Bravos temerarios bizarrones
Aventajados de otras ocasiones.

Metió el Conde Lodron mil alemanes,
Que era su coronel, cabo y cabeza,
Gente toda de lustre, y muy galanes,
De ánimo, valor y fortaleza;

En los asaltos son unos Roldanes,
Sirviendo á la continua con firmeza,
Mostrando su virtud y gran pujanza
Con fuerte hierro, espada, fuego y lanza.

Quinientos italianos que bajaron
En las dos galeazas que han venido
De Levante á Poniente siempre andaron
Con ellas desde el punto que han partido:
Y así con nuestra flota navegaron
Lo necesario, todo prevenido
De chusma, y municiones reparadas
Y de lo que eran más necesitadas.

Don Pedro de Padilla, que en Levante
De Maestre de Campo el cargo tuvo,
Y al gobierno de Orán pasó triunfante,
Do con honra y ganancia le sostuvo:
Este en servir al Rey viene delante,
Que en la guerra criado fué y anduvo
Haciendo de sí pruebas tan extrañas,
Con que ensalzó su imperio á las Españas.

Don Cristobal de Eraso, que ha servido
De general al Rey, aquí venía:
No merecen sus hechos que en olvido
Le ponga nuestra España; que tenía
Ganado tanto honor, que ha merecido
Que el lauro se le dé, y en compañía
Le pongan del Dios Marte, y la corona
Le entregue el Cid, Bernardo y la Belona.

Don Juan Manrique, cuyo origen callo,
Por ser el Lara á todos manifiesto,
Viene, y aunque trabaje de encumbrarlo,
No le podré subir donde está puesto;
Porque tantas grandezas hechas hallo,
Que mi torpe juicio deshonesto
Le parece con nadie compararle,
Pues fortuna en valor quiso extremarle.

Don Hugo de Moncada, sin que falte
A lo que siempre ha sido, aquí venía,
Para subir sus hechos no hay esmalte
Necesidad, que claro se entendía

Su supremo valor, estilo y arte,
Que más que otro ninguno florecía
En esta armada, y siempre hará memoria
De la antigua milicia con gran gloria.

Don Felipe de Córdoba siguiendo
Viene al de Santa Cruz siempre, y mirando
Quién fueron sus pasados, ofreciendo
A morir sus hazañas contemplando:
Mira á Gonzalo Hernández reluciendo
Y aquel de los Donceles de otro bando,
Y otros que de su casa se parecen,
Que desde largo tiempo hasta hoy florecen.

Don Alonso Idiáquez, que heredero
Es del que en su secreto el Rey encierra,
Su parecer tomando del primero
En negocios de Estado y de la guerra.
A la jornada el joven caballero
Viene, que ociosidad de sí destierra,
Mirando tanto ilustre que ha pasado
De las casas do viene derivado.

Don Francisco Granvela, que sembrada
Está su insigne casa entre cristianos,
Y de su ínclito tío es gobernada
La tierra que en Italia castellanos
Señorean, y en Roma, respetada
Es de todos los nobles cortesanos
Su persona: éste sigue en la milicia
El bando de Felipe y la justicia.

Viene Don Luis de Borja, más que el día
Resplandeciente, al lado del Marqués,
Hijo del claro Duque de Gandía,
Que el gobierno del reino portugués
Tiene, porque su honor resplandecía
En Italia y Turquía, y el Francés
Sabe que le ha domado, y es testigo
Nápoles, confirmando lo que digo.

Un Don Antonio Enriquez de Toledo
Viene, por quien se espera ser subida
Su clarísima casa y poner miedo
En Turquía y hacer más extendida

La religión de Malta, que al denuedo
Mira de bravo padre, que ofrecida
La ventura le tiene en cualquier cosa,
Victoria aunque, más dificultosa.

Don Rodrigo Manrique también vino
Aunque de tiempo, á excitarse:
Este con el Marqués fué de contino,
Sin un momento dél solo apartarse:
Bien lleva á los de Lara su destino,
Como se hará adelante señalarse,
Lo que notoriamente está entendido,
Según que á su principio ha procedido.

De Don Diego Bazán, que al padre
Imitarle continuo y le seguía,
Y por solo mirarle pena y muere,
Que el paternal amor siempre encendía,
Con él se embarca, y tenga el que leyere
Cuenta lo que adelante sucedía:
Al tiempo que mi Musa el bravo asalto
Contare, cantará su valor alto.

Don Juan de Acuña vino al allegarse
En Lisboa la gente presuroso,
Y con Don Bernardino fué á embarcarse,
Que el nombre de Mendoza hace ilustroso:
Primeros fueron siempre en señalarse
En cualquiera recuento peligroso,
Según daré á entender en el asalto,
Aunque no podrá ser sin que ande falto.

Don Francisco de Borja y el osado
Don Juan de Castellblanch acompañaban
Al real estandarte y de su lado
Del furioso Marqués no se apartaban;
Pues Don Luís Sandoval, el esforzado
Don Alonso de Torres, siempre andaban
Con otro Don Francisco esclarecido,
Que llamarle Guzmán ha merecido.

Y á veintidós de Junio, al descubrirse
Con sus rayos claríficos Diana,
Quiso el de Santa Cruz luego partirse
Tomando la frescor de la mañana:

Dispara en San Martín, y hace sentirse
En el umbroso valle y tierra llana,
Con que muy claramente manifiesta
Cómo su Capitana ya se apresta.

Y porque en casa no haya negligencia,
En un pequeño esquife seis forzados
Mandó arrojar al agua con prudencia,
Siendo por su persona visitados
Los vasos de la flota, y advertencia
Les dé de uno y uno, que avisados
Estén á la partida y que levasen,
Cuando de su navío disparasen.

Apenas el Marqués diera la vuelta,
Entrando del esquife al general
Navío, cuando en humo toda envuelta
Vió su armada hacer salva al Cardenal;
Andando muy aprisa y desenvuelta
Por la armada cristiana la real
Galera en que venía, declarando
La música á quien viene acompañando.

Sabed que cuando quiso ya partirse
La armada del gran río caudaloso,
Vino el Cardenal á despedirse
En la real galera presuroso:
Y en viéndole venir, á apercibirse
Empieza la gran flota sin reposo,
Y á disparar aprisa, salva haciendo,
Su deseosa venida agradeciendo.

Y bendiciendo de una en otra nave
Pasa con su galera, torna y vuelve
Con la celestial música suave,
Y con la diestra mano signa, absuelve
Según su potestad: rogando acabe
Todo cristiano en bien, y se resuelve
En que la fe de Cristo más se aumente,
Y el poder de Felipe se acrecente.

Los ministriles cesan sus clamores
De aquella alegre música, y disuenan
Pífanos en gran suma y atambores
Y á la región del Orbe toda atruenan.

Las gruesas y medianas y menores
Piezas de un cabo á otro aprisa suenan;
La grito y rumor y el fuego crece
Y el humo eclipsa al sol y lo oscurece.

Y aquel Príncipe Alberto, sucesor
De aquel heróico César Maximiano,
Nieta de Carlos quinto, Emperador,
Por la invencible flota del cristiano
Felipe le dió vuelta alrededor:

Al fin de todo alzó la diestra mano,
Por un cabo y por otro bendiciendo
Las naves que la barra iban saliendo.

Como van con la torre emparejando
De Belén, cada nave salva le hace,
Y de la fuerza aislada disparando
Muy gruesa artillería, satisface
A nuestra armada, que regocijando
Se sale hasta Cascaes, donde le aplace
Dar fondo: que el Marqués dió á la vanguardia
Orden que espere allí la retaguardia.

Saliendo nuestra armada fué este día
Con mucha diligencia, y no acabamos
De salir de la barra, porque había
Naves en tanta suma, que amainamos;
Y cuando el claro Febo parecía,
El resto de la flota divisamos,
Y en llegar dice:—«¡zarpa, iza la vela!»—
El Marqués, y adelante aprisa vuela.

Las velas con cuidado dan al viento,
Adonde los avisa:—«Si fortuna
Les hiciere que haya apartamiento,
Se vayan recogiendo una á una
Derecho á Villafranca en un momento,
Sin estorbarse un punto en cosa alguna,
Hasta llegar allá y recogerse,
Si Dios les guarda y libra de perderse.»—

De mi nave diré que contrastando
Desde Cascaes salió con desventura,
Víspera de San Juan, siempre arribando
Al espacioso golfo, por la altura

Tomar, con gran trabajo proejando;
Más la mar se alborota y más procura
Con una sorda mareta y borrascosa
El echarnos á tierra presurosa.

La mareta se aumenta del Oeste
Y Lebeche corría que á la marina
Nos llevaba á embestir, sin que el Maestre
Sienta remedio alguno ni lo atina.
No hay marinero ya que no se apreste
A embestir con la tierra tan vecina
De nuestra pobre nave, que cerraba
La noche y más á tierra se acercaba.

Los marineros alzan muy gran llanto,
La mar con horribleza resonaba,
Alzando sierras de agua que era espanto:
Y cada cual la muerte ya esperaba,
Y con gran devoción no dejan Santo
Que aprisa con lamentos no invocaba
Cualquiera fiel cristiano y se encomienda
A Dios y le promete breve enmienda.

Unos gritando dicen que orceasen,
Otros que dé de lo al timonero,
Otros todas las velas amainasen,
Otros dicen:—«Mejor será primero,
Antes que las galeras se alargasen,
Bote á tres piezas fuego el lombardero,
Porque lo oiga el Marqués y envíe socorro,
De suerte que nos saque de aquí á jorro.»—

Iba la armada aparte, no entendieron
Nuestra necesidad, y suerte aflita,
Y así darnos socorro no pudieron;
Por donde en nuestra nave con gran grito
Piloto y marineros se pusieron
En tan grande pavor, que la bendita
Noche se aperciben con tormentos,
Siendo en contra la mar, la tierra y vientos.

Ya gritan á menudo:— «¡Iza el trinquete!
¡Amaina la mesana! ¡alarga escota!»—
Quién á dar á las bombas arremete;
Quién llama al calafate que está rota

La costura, y quién iza el chafaldete;
Y quién ve como toda se alborota
La gente, y por cazar á la bolina,
A los ajanques se ase y desatina.

Quién hace testamento y se despide
Del padre y madre ausentes sollozando;
Y á quien la mucha pena estorba, impide
Que no responda aquel que le está hablando.
Y quién llama á San Juan que no le olvide;
Y quien con salvamento está mandando
Misas, limosnas, largas oraciones,
Y en romería cumplir sus devociones.

Quién al amigo encarga y encomienda,
Si Dios le libra y pone en salvamento,
Que en su patria su muerte y fin se entienda,
Haciéndole saber su perdimiento.
Y quién al femenil soltar la rienda
Con lágrimas alzando un turbulento,
Pidiendo á Dios á voces sea servido
Remediar su hajel que va perdido.

Quien va á los puntales con gran rabia
Y se pasa de largo al cabrestante;
Y quién va á las escotas de la gavia
Y á los bordines se ase en un instante.
Y cual persona, que por diestra y sabia
Se tiene, y va á la triza y adelante
Pasa, y á los mantillos da por ella
Sin poder acabar de conocella.

Quién por escotillón toma la banda
Y quién dar en la jarcia nunca atina,
Y quién las guardas busca aprisa, y anda
Sin poderlas hallar y más camina.
Y ver cómo sin chiflo á voces manda
El contramaestre, cosa que abomina,
Y quién va á dar al puño y da la mura,
Señal de mayor mal y desventura.

La nave tanto más va rechinando,
Remolcando se va el artillería,
La aracameta cruje al punto, cuando
Empieza de gritar la infantería.

Que por las portilleras iba entrando
Mucha agua, y al remedio socorría
El capitán, que en todo era cursado
Y con gran brevedad lo ha remediado.

Él y el maestre solos juntamente
Fueron de parecer que al mar se echase
El ferro, de lo cual muy diferente
Los marineros son: de que se hallase
Suelo lo dudaban; más presente
De todos luego al punto se mirase
Mandaron, y á la mar sin dilación
Le echaron sin tener contradicción.

La nave era pequeña y redoblada,
María San Vicente es su apellido,
Vino á servir al Rey esta jornada
Con las que de Vizcaya habían salido.
Donde mi compañía fué embarcada,
Y en ella eran las voces y el ruido,
Pidiendo á Jesucristo salvamento
Los que vían al ojo el perdimiento.

Era Luís de Guevara el capitán,
De infantería, hombre experimentado,
El cual, viendo las cosas como van,
En todo estaba alerta y recatado.
Y en sucediendo acaso algún desmán
Al punto hacía que fuese reparado,
Dando muestras de ser tan industrioso
Como ha dado á entender que es animoso.

Fué este el que porfió que al agua el ferro,
Los marineros echen que rehusaban,
Más él sintiendo estar tan cerca el cerro,
No quiso las razones que le daban
Diciendo:—«Si lo acierto ó si lo yerro
Son cosas que á mí solo me tocaban,
Y gente que al Marqués un punto deja
No puedo persuadir bien me aconseja!»

La amarra al hondo mar van escurriendo,
Y milagrosamente que llegase
Quiso señor San Juan, muy claro haciendo,
Que en el mismo momento se aferrase.

Allí mareta y viento combatiendo
Anduvo sin que un punto se amainase
La noche toda oscura, hasta que el día
Con un viento de tierra parecía.

El corvo ferro sacan, do se vido,
Que milagrosamente Dios ha obrado,
Habiendo los dos cables ya rompido
El agua, y tiene el otro muy rozado.
Mas San Juan glorioso fué servido,
Que de las cercas ansias ha librado
A la nave y á la gente que afligida
Estaba viendo cerca su perdida.

En Nordeste se muestra la mañana,
A do todas las velas desplegamos,
La proa al vendaval, y otra á mesana,
Por mejor orcear luego la echamos.
Buscando iba al Marqués y la cristiana
Armada nuestra nave, y tanto andamos,
Que antes de medio dia descubrimos
La flota, y siempre á vista la seguimos.

El cuidadoso Marqués que iba mirando
De continuo la flota, y vió apartada
Nuestra nave, algún daño recelando
Mandó con un patache sea avisada.
De como poco á poco va esperando,
Y le será, si quiere, ayuda dada,
Avisándole, si algo ha sucedido,
Para que al punto sea socorrido.

Por el Marqués llegó la oferta hecha
De su parte á la nave, y con cuidado
Seguimos el patache vía derecha,
Hasta que con la armada fué juntado.
Y siendo del Marqués ya satisfecha
Su voluntad en ver como ha llegado,
El derecho camino toma y vía
Muy lleno de contento y alegría.

CANTO TERCERO.

DEL VIAJE QUE HIZO NUESTRA ARMADA Á SAN MIGUEL,
Y DE LA GENTE QUE SE SACÓ DE GUERRA PARA FILIAR
LA TERCERA.

Cuando al redondo mundo vuelta ha dado,
Y con su carro Febo se encerraba,
Que de darnos su luz ya está cansado;
Ya sus crines de oro demostraba,
En las cavernas cóncavas do ha entrado
Y las sombras oscuras declinaba,
Y á la trina Diana, y del profundo
Salía á darnos sombra á nuestro mundo.

El día de San Juan era, á la tarde,
Cuando en el otro canto que llegamos,
Os dejé á nuestra flota y sin que aguarde
Más el Marqués un punto, caminamos:
Porque hizo de la armada toda alarde,
Y siendo recogida navegamos
Para nuestro viaje muy derecho,
Estando de sus naves satisfecho.

Con recelo continuo y gran cuidado
Venía navegando, y no se para
En ordenar sus gentes desvelado,
A do ocasión ninguna le estorbara
De que mención se haga, ni ha encontrado
Impedimento alguno, ni topara
Cosa que le perturbe su destino
Por do va prosiguiendo su camino.

Anduvo navegando de esta suerte,
Y Bóreas con cuidado le ayudaba,
Y él á todos incita y les advierte
Lo mucho que en llegar les importaba,
Antes que el enemigo se haga fuerte;
Otras veces la prisa dilatava
Por esperar las naves, que atrasadas
De nuestra flota quedan apartadas.

A una espera y á otra envía socorro,
Y á otra oye le llama á mucha prisa,
Y á otras hace á pataches traer á jorro,
Y á otras se entretengan les avisa,
Diciendo:—«Así es mejor, y tiempo ahorro,
Usar en tal sazón de modo y guisa
Que juntos en conserva así nos vamos
Y no sin ocasión nos dividamos.»—

No cuando el agrio y hondo monte cubre
Al cuidadoso pastor más su ganado,
Que corriendo del valle va á la cumbre,
Do á todas partes mira con cuidado,
Por ver si el fiero lobo se descubre,
Los ojos vuelve al uno y otro lado,
Estorbando no se ande dividiendo,
Llevándolo y contino recogiendo;

Por este modo el golfo el Marqués pasa,
Que otro designio alguno pretendía,
Dejándonos la mar tan limpia y rasa
Que corsario se vió ni parecía;
Prometiéndole ilustrar su antigua casa,
O morir por hacer lo que debía
En servicio de aquel que le enviaba,
Hacerle recobrar lo que á él tocaba.

Si por la oscura noche alguna parte,
Algún relevo raso á dicha alarga,
Al punto hácelos dar al fuerte Marte,
Y su bajel sobre él aprisa carga,
Rogándole por Dios nadie se aparte,
Pues saben que otra cosa allí no encarga,
Sino que todo el mundo viva alerta,
Viendo su mal y bien puesto á la puerta.

Vino tanto el viento refrescando
De un Lebeche furioso y muy desecho,
Que el experto Marqués va imaginando
El daño que se sigue ó el provecho.
Y como hombre curioso contemplando
El menor conveniente de este hecho,
Orden da á las galeras se alargasen,
Y que hasta Villafranca no parasen.

Y él con su galeón va recogiendo
La flota en medio el golfo, y la contorna
A la necesitada socorriendo,
Que pide su favor; al punto torna,
Da bordes otras veces revolviendo,
Y con su discreción todo lo adorna:
Dando orden á pataches á gran prisa
Con brevedad la flota toda avisa.

Diciendo:—«Esté el servicio provechoso
A su real Majestad, y á nuestra flota,
Que deis velas al viento presuroso,
Tomando para tierra la derrota,
Porque estoy de la oscura sospechoso,
Y más si el viento crece y se alborota,
No se desmande algún navío y llegue
A embestir con la tierra do se anegue.

Iréis y miraréis la isla y la tierra,
Trayéndome de todo largo aviso,
Y si está San Miguel de paz ó guerra,
Con mucha brevedad luego al proviso:
Y al ir, en descubriendo la alta sierra,
Volved aquí un patache, que arrepiso
Estoy, porque dos días antes de esto
No he hecho lo que ahora aquí he propuesto.»—

Y á seis de Julio, luego el día siguiente,
Con un griego Levante y gran mollina,
Teniendo por zozobra é inconveniente
El turbulento tiempo y la neblina,
Nuestra armada navega, aunque no siente
Ni divisa la tierra harto vecina
Con tanta oscuridad y tan cerrado
Como está el temporal, ñublo y cargádo.

Por lo cual, nuestra armada, en conclusión,
Va puesta que lo tiene por tardanza,
Cuando quiso mi Dios por su pasión
Que se viese la tierra con bonanza,
Y el sol se pareció sin dilación,
Causando en nuestra gente gran mudanza
En ver el morro y tierras aisladas,
Tanto por nuestras naves deseadas.

Cerca la isla llegamos, y entendiendo
Que era mejor allí tomar la altura,
Zarpa la Capitana, revolviendo
Con un borde que dió, con que asegura
La armada, y así cada cual siguiendo
Va tras el estandarte y lo procura
Llevar siempre á la vista, sin dejarle
Nave alguna un momento de mirarle.

De la suerte y manera como digo
Anduvo hasta que el alba descubierta,
Que por reparo guarda y por abrigo
Tomó el Marqués la isla, y le dió vuelta
Contornada, por ver si el enemigo
Está ó armada alguna hay encubierta;
Porque la discreción más eminente
Es recelar cualquier inconveniente.

Un rato calma y otro refrescando
Anduvo de esta suerte dando vueltas,
Cuando á la isla van enderezando
Las naves de dar fondo presupuestas.
Torna la Capitana, bordes dando;
Revolviendo las proas, todas prestas
Vienen tras el fanal, tornan y vuelven,
Siguiendo tras el borde se revuelven.

Navega de este modo nuestra armada,
Dando bordes aprisa sin cesar;
Ya está de San Miguel muy apartada;
Ya revuelve tornándose á llegar.
Y hacia Santa María enderezada
Va y llega, y luego tórnase á apartar,
Ya dejaba el camino proejando,
Y va á Punta Delgada enderezando.

Bien seis ó siete días anduvimos
Sin poder tomar tierra, dando vueltas,
Porque el tiempo contrario lo tuvimos,
Andando nuestras naves muy revueltas,
Tanto, que del Marqués nos dividimos,
Y así, por reparar las obras muertas
Rompidas de mi nave, no esperamos,
Que á la vuelta de tierra navegamos.

A la par de un peñón, donde había dado
Fondo la mayor parte de la armada
El corvo ferro en tierra se ha aferrado,
Adonde nuestra nave fué adobada.
Desde allí, el mar de velas rodeado,
Miraba la ciudad muy ocupada:
Otros quieren llegar y no aprovecha,
Porque el viento de tierra los desecha.

Mas al fin, poco á poco recogiendo
Nuestra gente se fué, sin que perdiese
Un punto de ocasión, á lo que entiendo,
Para quedarse nao que no viniese.
Otras á la ciudad se van metiendo,
Y otras por el temor no les cogiese
El viento, amainan velas, y bogando
Va el esquife á la nave remolcando.

En tres partes estaba dividida
Nuestra armada á este tiempo en poco trecho,
Tan poco, que en muy breve recogida
Fuera si se ofreciera cualquier hecho:
Que cada escuadra alerta apercebida
Éstaba, cuando vimos en derecho
De mi nave venir apresuradas
Seis velas hacia tierra enderezadas.

Dudosos estuvimos de quién fuesen,
Aunque no era esta duda de enemigos,
Mas fué por no saber de á do viniesen
Ni entender que en la mar había ya amigos:
Y como nuestras naves conociesen
Quién eran los que buscan los abrigos,
Con extremado gozo y alegría
Los reciben con fuerte artillería.

Venía allí el Marqués, que muy cuidadoso
En contorno la flota había andado,
De todo inconveniente receloso,
Por verla recogida desudado;
Y viendo que ya estaba de reposo
Y el espacioso golfo asegurado,
Da fondo á do una parte de la armada,
A mucha prisa estaba haciendo aguada.

Mas como luego fueron conocidas
Las velas que á dar fondo iban llegando
Pusímoslas á punto apercibidas,
Las piezas cada cual bien aprestando,
Y como todas fueron recogidas,
Tal salva se les hizo allí en entrando,
Que del sobrado humo que salía
La isla, mar y armada se cubría.

Comienza San Martín á disparar
Seis piezas, las más gruesas y mejores,
Y en los demás bajeles á tocar
Los pífanos, trompetas y atambores;
Y todas las banderas desplegar,
Y disparar los buenos tiradores,
Con tal orden, que claro parecía
Que era por el Marqués lo que se hacía.

De la salva se paga que le hicieron
Aquellas pocas naves que allí estaban,
Y en ver que en Villafranca conocieron
Su venida y que aprisa disparaban,
Y como en arma todos se pusieron,
Señal que al estandarte saludaban,
Gran contento el Marqués en fin recibe
Y con su artillería se apercibe.

Saludamos á todos, dando muestra
De placer por hallar toda la armada
Fuera de peligro en orden puesta:
Desde allí á la ciudad bien armada
De una galera y otra que se apresta
A venir donde está boga arrancada,
Con música el pesar de sí destierra,
Allegando su nave más á tierra.

A catorce de Julio justamente
Era cuando el Marqués tierra ha tomado,
Adonde con presteza sabiamente
Todos los capitanes ha avisado:
Que den munición luego allí á la gente
Y de velas y pólvora recado,
Teniéndolos alerta y aprestados
Para cualquiera efecto aparejados.

Otro día saltó en una galera
Con brevedad, y fué á Punta Delgada,
Donde avisar la gente toda hiciera,
Para que al mismo punto sea allegada.
Y en la tierra un mandato y orden diera,
De modo que la Isla separada
De todos bastimentos, se quedase
Y no por cosa alguna se gastase.

Mandó también al tercio que alojado
De Íñiguez estaba por la tierra,
Que se aperciba y ponga con cuidado,
Muy á pique y á punto de la guerra;
Diciendo: «Todo el mundo esté avisado,
Pues sabe como el ocio se destierra
De nuestra España, y mucho se aborrece
Siendo sola virtud la que florece.» —

No tarde nadie más en recogerse,
También dice el Marqués, porque al momento
Que torne el temporal á revolverse,
Piensa en el punto dar velas al viento.
Mandando de aquel tercio alarde hacerse
Y después de esto hacer repartimiento,
De manera que vayan los soldados
Que estaban en la Isla acomodados.

Después que Agustín Íñiguez su tercio
Tuvo muy sabiamente recogido,
De destreza en las armas le dió el precio
El Marqués, que muy bien le ha parecido.
Juzga en cualquier asalto fuerte y recio,
Será de ánimo osado y atrevido,
Porque en la escaramuza le ve diestro,
Muy sagaz, liberal y en todo presto.

De estos dos mil soldados se embarcaron
Por orden del Marqués en las galeras,
Los cuales claramente se contaron
Viniendo á la marina por hileras.
También sé que en el tercio se arbolaron,
Sin quitar ni añadir estas banderas,
Que fueron diez y seis puntualmente,
Y lo demás es vario y diferente.

Faltó aquí un capitán muy valeroso,
Cuya virtud es clara y señalada,
Al cual un fuerte fuego y presuroso
Le estorbó el no venir á la jornada.
Pues como lastimado y doloroso
Quedase, hizo su fama sublimada,
Que el Marqués con su gente le dejase
A gobernar la Isla y se curase.

Este era Castellblanch, que había estado
Un año había en la Isla, y su bandera
Era del mismo tercio, que sacado
Se había para sitiar á la Tercera.
Pues como sabiamente remediado
Le hubo el de Santa Cruz, una galera
Toma de la marina, y escurriendo
Con ella va á la armada apercibiendo.

En tierra los avisa nadie quede,
Y de nuevo les hace se aperciban,
Recogiendo la armada en lo que puede,
Haciendo muy alerta estén y vivan.
Rogando á cada uno se desvele,
Y si tuviesen falta se la escriban,
Remediándolo todo con quietud
Con que más nos declare su virtud.

Hizo por este estilo á los soldados,
En un punto á la flota recogerse,
Cada cual en sus naves embarcados,
Sin ir más á la Isla ni atreverse.
Los vasos ya de aguaje reparados
Estaban deseando ya de verse,
En tiempo que cumplir puedan su intento,
Siéndoles la tardanza gran tormento.

No pudo ser, que el viento era contrario,
Según como quisiera la partida,
Aunque de cuanto allí era necesario
Tiene su flota y gente apercibida.
Aquí mostró el Marqués ser gran corsario,
Pues él propio dilata la partida,
Que tan encarecida deseaba,
Porque del temporal se recelaba.

Otros dos días más nos fué forzoso
Estar, porque la mar alborotada
Andaba, y un mal viento borrascoso
Que le daba por proa nuestra armada.
Y así se estaba queda y de reposo,
Con la vecina isla reparada,
Muy guardada y segura del hostigo
Teniendo la alta sierra por abrigo.

Esperando buen tiempo nos tardamos,
Y en amainando el viento hizo gran calma,
Y asina la salida dilatamos,
Pesándonos á todos en el alma.
Porque aunque lo posible procuramos,
Remedio no lo había, que, hecha una palma
La mar, estaba en leche sin mudarse,
Ni fué vista á este tiempo menearse.

Mas cuando á diez y ocho se vió el día,
El Marqués luego á leva disparaba,
Y como nuestra armada lo entendía
Cada cual de seguirle procuraba.
Adonde con contento y alegría,
Las velas cada uno al viento daba,
Para hacerse á la mar muy presurosos,
Estando de partirse deseosos.

De aquí levó con gozo en orden puesta,
A cualquier ocasión aparejada,
Donde iba tanta gente y tan dispuesta,
Que ponía confusión mirar la armada.
Pues ir doce mil hombres manifiesta
De bondad y valor aventajada,
Con ochocientos más sin marineros
No contando la chusma ni artilleros.

Con estos el Marqués había zarpado,
Y más con un barcón, que las galeras
De la Isla Tercera habían tomado,
Al tiempo que llegaron delanteras.
La gente dél llevaba á buen recado,
Por saber de ella nuevas verdaderas,
Haciéndoles regalo y tratamiento
De amor, para mejor cumplir su intento.

De estos se supo clara y ciertamente
Cómo fuerte en la isla el enemigo
Estaba con gran número de gente,
Sin temer de su mal tener castigo,
Y como desolencias les consiente
A los franceses todos, y al amigo
Pueblo le persuade que se ofrezca,
Que hasta morir la isla favoreza.

También dieron por nueva cómo ha entrado
Monsieur de Esgarrabaca á socorrellos,
Con seiscientos franceses que ha enviado
De Francia Don Antonio, mozos bellos,
Y que hace quince días que han llegado,
Y que treinta monsieures hay entrellos,
Y que otros cuatro mil han entendido
Que esperaban, no saben si han venido.

Y que monsieur La Chatra es el gobierno
De los franceses todos cuantos vienen,
A do, si se sustenta hasta el invierno,
Conforme la defensa y suerte tienen,
La isla quedará para su eterno,
Según que lo verán los que vivieren,
Sojuzgada de Francia y sometida
Su gente aniquilada y abatida.

No fué de efecto poco la presión
En saber del francés claro su intento,
Y de la isla fuerte su intención,
Y que pensar perderse le era cuento.
Según estaba puesto en disensión
De España debían ser atrevimiento,
Y al hablar con silencio fin le dieron,
Con lo cual del Marqués se despidieron.

Juntar el de Bazán hiciera al punto
Los del consejo todos, y declara
Las gentes que en la isla en uno junto
De Francia Don Antonio allí juntara,
Diciendo:—«Gente ilustre, yo os pregunto,
La respuesta me deis con leda cara
De lo que sentís todos de este caso,
Porque me es gran tormento el que aquí paso.»—

—«Marqués heróico, todos le responden,
Si el gobierno y consejo se perdiera,
Según se ve continuo corresponde,
Los vuestros de vos propio se entendiera,
Que á la restauración fuera la orden
De vuestro proceder y otra no hubiera,
Mandad lo que ha de hacer el bando hispano,
Porque todo lo deja en vuestra mano.»—

Dijo el Marqués:—«El cielo me es testigo
Que solo mi deseo es acertar,
Y que nunca de Francia yo enemigo
He pretendido ser ni la enojar,
Y que si ahora un año aquel castigo
Mandé con gran rigor ejecutar,
Que sentí más su mal y grave duelo
Que suceso á adversario en este suelo.

Mas viendo ser forzoso y justa cosa
La pena ejecutar por Francia dada,
No pudo hacer mi suerte victoriosa
Ser tan recta sentencia revocada.
La ira de Felipe poderosa
Temía y no de Stroz su suerte amada,
Que al auditor mandé se desvelase
Primero que hombre á muerte sentenciase.

Ahora me parece que han propuesto
De restaurar la ofensa á Francia hecha,
Quien del hermano toma el mismo puesto,
Sin de suceso avaro haber sospecha:
También á mí es notorio y manifiesto
Que la gente está en sí tan satisfecha,
Que ni el poder de España teme, y piensa
No ser bastante el mundo á hacerle ofensa.

Seis mil son y quinientos los franceses
Que la isla recoge en sí, y sustenta,
Y hay ocho mil isleños portugueses,
Sin otros allegados que no hay cuenta;
Porque hay gente flamenca y hay ingleses,
Que gustan de perder la vida y renta,
Por ser contrarios aquel á quien el cielo
Crió para reparo en este suelo.

Lo que á mí me parece es que marchemos,
Que el tiempo hará adelante que entendamos
Si de la isla más saber queremos
De lo que ahora aquí nos informamos:
Digo que unos y otros bien podemos
Hacer con brevedad, luego nos vamos,
Y con esto resumo que excusado
Me parece avisar al avisado.»—

De allí tomó unos barcos industriales,
Para lo que pretende fabricados,
Adonde dos pontones ingeniosos
Iban con unos y otros ensartados;
Estos de mucho efecto y provechosos
Eran, y así en la isla allí guardados
Por orden del Marqués siempre estuvieron,
Hasta que á nuestras naves se los dieron.

Saliendo fué la armada, que alegría
Causaba el verla ir señoreando;
El espacioso mar todo impedía.
Y el mirar á los ojos ocupando:
Y ver con cuánto orden se extendía,
Ningún arduo peligro recelando:
No hubiera hombre alguno que la viera
Que contento y placer no recibiera.

No tardó grande rato que salimos,
Cuando tornó la mar á embravecerse,
Por do á nuestro pesar nos detuvimos,
No sintiendo la gente ya que hacerse,
Sino solo era andar, como anduvimos,
En par de Villafranca y revolverse
Hacia Punta Delgada bordeando,
El favorable tiempo allí esperando.

Pasáronse tres días de esta suerte
Sin remedio de hacer ningún viaje,
Que era el viento por proa recio y fuerte
Que nos causaba pena y gran coraje
Por sernos la tardanza cruda muerte;
Y así el Marqués llamar mandó un pataje,
Y mientras que el pataje viene en tanto,
Pararé y haré punto hasta otro Canto.

CANTO CUARTO.

QUE DECLARA CÓMO NUESTRA ARMADA LLEGÓ Á LA TERCERA
Y LA SITIÓ, Y LO QUE HICIERON CON UN PATACHE QUE EL
MARQUÉS ENVIABA, Y CÓMO SE RECONOCIÓ LA ISLA PARA
DARLE EL ASALTO.

Efectos hechos, bravos, victoriosos,
Son los que nuestra España había emprendido
Con nuestros españoles animosos,
Y casi lo terrestre ya rendido.

Tienen también los Galos muy medrosos,
Que nuestro Carlos V había prendido
Su Rey, y el Gran Felipe á media Francia
La conquistó y ganó honra y ganancia.

Pues no mirando esto muchos Galos,
Ni la amistad que España les ha hecho,
Hacen sentar los pérfidos y malos
En contra del Hispano á su despecho.
Y dejando su patria y sus regalos,
Nos vienen á buscar con duro pecho,
Siguiendo á Don Antonio y su dañada
Intención, que vengar piensan la armada.

Cómo en el otro Canto ya informado
Se había el Marqués de todo enteramente,
Que ya, si tenéis cuenta, declarado
Le había de la Tercera aquella gente.
También cómo un patache había llamado
Os dije, el cual venido al obediente
Mandato, luego al punto orden le daba,
Y de lo que han de hacer los avisaba.

Mandó que las galeras avisasen,
Que se adelanten luego á la Tercera,
Y al viento todas velas replegasen
Tomando la vanguardia y delantera,
Sin que un momento ni hora dilatasen:
Lo cual por obra el barco lo pusiera,
Y á las galeras diera el mismo aviso,
Que mandado le fué luego al proviso.

Y luego al mismo punto refrescando
Favorable á la armada un viento vino,
Do con contento y gozo navegando
Prosigue nuestra flota su camino.
A la Tercera siempre enderezando
Con sobrado recato y mucho tino,
Do fué la diligencia que pusimos
Tanta que á veintidos la descubrimos.

Día de la bendita Magdalena,
Por la tarde se vió aquella malvada
Isla, de homicidas toda llena,
Y de gente perversa y renegada,
Que el nombre del Hispano le da pena
Por estar sin dominio rebelada,
No consintiendo en sí yugo ninguno:
Que el ser del español le es importuno.

A do el Marqués en viendo, la recoge
El armada hacia un lado, y le da vuelta
Por temor con lo oscuro no se arroje
Algún navío en tierra á la revuelta.
Les manda que á la Isla nadie boje
Ni nave se divida ni ande suelta,
Sino que todo el mundo se detenga
Hasta que el resplandor del día venga.

Y cuando á la mañana el sol salía,
Cual tiene de costumbre á visitar
Cuanto el Orbe terreno encierra y cría,
Un escuadrón muy fuerte ví marchar
De francesa y lucida infantería
Con ganas de á la costa se allegar,
Porque vieron venir muchas galeras,
Navíos y otras fustas muy ligeras.

Y viéndonos llegar á la marina,
Conocen ser de la española gente,
De quien vuela la fama á la contina
Sin parar de Levante hasta Poniente.
Y la francesa gente determina
De defenderse allí tan bravamente,
Que aquel que menos ánimo tenía
Al gran romano Scévola excedía.

Y llegada que fué la armada bella,
Do la francesa gente está esperando,
La armada, digo, aguardan, y con ella
Su muerte que los viene ya buscando.
Pasóseles el día solo en vella,
Cómo una fusta y otra van llegando,
Algo se entristecieron en mirarla
Y cada cual procura de excusarla.

Trabucos, esmeriles, culebrinas,
Remolcando bajaban la gran cuesta,
Otros apercibían bombas-minas,
Otros hacían la gente estar bien puesta,
Otros probar querían las armas finas,
Cada soldado haciendo allí su apuesta,
Otros la pica asestan, y esperando
La nave esta, que allegue emparejando.

De esta suerte navega y va acercando
A la Isla, llevando de la armada
La vanguardia el Marqués, al punto cuando
La marina se vió fortificada.

De Francia mil banderas levantando,
Toda la gente andaba alborotada,
Y en las fuerzas aprisa se juntaron
Do muchas piezas gruesas dispararon.

Caballos divisamos que corrían
Por la llana marina y por la cuesta,
De á do con mucha prisa socorrían
A defender la entrada en orden puesta,
Y con este designio discurrían
Hacia donde el Marqués la proa apresta,
Siguiéndonos banderas y pendones,
Artilleros, jinetes y peones.

No la banda de grullas va fingiendo
La guía con concierto más en orden,
Cuando van muy derechas no saliendo
Un punto de compás, ni hacen desorden,
Ni es parte el cazador á ellas hiriendo,
A que en cosa ninguna desconcorden,
Antes con gran cuidado la postrera
No irá á la que lleva en delantera.

Asina nuestra armada discurría,
Bojándoles la isla, y la vanguardia:
La llevaba el Marqués, y si corría
También corría tras dél la retaguardia;
Mas con gran diligencia socorría
Manuel de Silva, el conde, haciendo guardia,
Corriendo aprisa á una y á otra parte,
Sin que de irnos siguiendo un punto falte.

Al Sur había ocho fuertes levantados,
Que todos los bojaba la marina,
A tiros de arcabuz fortificados,
De mucho baluarte y contramina:
Llena de infantería los collados,
Cosa que á nuestra España desatina,
Ver por las agras cuestas ir bajando
Tantas piezas franceses remolcando.

Ya en un fuerte dan fuego; ya disparan
En otro; ya el otro están alerta,
Ya en otro un punto ni hora paran
Desde que fué la armada descubierta;
Y á gran prisa en el otro se reparan,
Su pretensión dañada haciendo cierta,
Pues ningún fuerte había que no pensase
Que él solo á nuestra armada defensase.

Viendo el de Santa Cruz fortificada
La isla á cualquier hecho apercebida,
Da fondo, recogiendo allí la armada
Que por el mar andaba dividida:
Adonde poco á poco fué llegada
La mayor parte de ella, y recogida
La otra por ser tarde al mar se alarga,
Do la vuelta y presteza les encarga.

—«Y vos tomad, Menesa, aquí un pataje,
Dice, y enarbolad esta bandera;
Id derecho á aquel fuerte, haced el viaje,
Llevándome esta carta mensajera:
Al conde le diréis nuestro mensaje,
Reconoced, mirad bien la Tercera:
Por si no tuviera efecto algún partido,
El fuerte quede ya reconocido.

Dijo el francés:—«¿Quién vive? Afuera, afuera!—
 Responde el nuestro:—«España, paz queremos.»—
 —«¿En que estais? ¡Disparadle aprisa! ¡muera!
 El Francés replicó, que nos perdemos.»—
 Dijo el nuestro:—De paz es la bandera.»—
 Galia dice:—«Aquí paz no la queremos;
 Esto se ha de aguardar, que el conde manda
 Que no se llegue barco hacia esta banda.»—

Tornó el nuestro á decir:—«Injusto bando,
 Injustamente la isla es sustentada,
 É injusto el que ordenó tal fuero ó mando,
 É injusto que tal ley sea conservada;
 É injusto que vosotros, defensando
 Al que de paz va á hacer justa embajada,
 La estéis injustamente con malicia
 Tocándole á Felipe de justicia.»—

—«Volved á vuestra armada el barco aprisa;
 Mirad, dicen del fuerte que es más daño;
 Pues por ninguna suerte, modo y guisa
 No hay usar de maraña aquí ni engaño.
 Por ser barco de paz, hombre, os avisa:
 Hacedlo, porque os juro, si me ensaño,
 Sin que me escape hombre en el profundo,
 El barco meteré hasta fin del mundo.»—

No miraron la insignia, ó si la vieron
 Que era de paz no quieren, sino guerra,
 Porque en oír las piezas acudieron
 Infantes y caballos por la tierra.
 Y en arma al punto todos se pusieron,
 Hasta el ruin villanaje de la tierra,
 Negando al Rey hispano la obediencia,
 Sin temer la razón, ley y conciencia.

Que el coraje les crece y más les tiran
 A los de nuestro barco los de adentro;
 Mas ellos con prudencia se retiran,
 Saliendo á nuestras naves al encuentro.
 Y adonde está el marqués aprisa miran,
 Y en llegando le dicen todo el cuento
 De lo que les pasó, y cómo vinieron
 Los franceses y cuanto respondieron.

Como el de Santa Cruz supo este aviso,
Informándose bien de la verdad,
Tanta pena le dió, que intentó y quiso
Echarles por el suelo la ciudad,
Y ve que no hay lugar de ello al proviso,
Mas promete castigo á tal maldad,
A estantes, venedizos, moradores,
Y á todos los que fueron traidores.

Hizo que sin tardar reconociesen
La ciudad, fuerza y puesto las galeras,
Y bojando la isla que escurriesen
Del Sur al Oeste aprisa muy ligeras;
Y que en toda la noche no hiciesen
Sino ir y venir á las hogueras:
Que en la marina había de francés bando
Y que les toquen arma en cuando en cuando.

Los de la isla un punto no pararon,
Su artillería y balas nos tiraban
Tan á menudo y tantas, que admiraron
En verlos tan alerta como estaban:
Que á pontones pequeños dispararon
Muchas piezas y esquifes que cruzaban,
No consintiendo á nadie que llegase
A sus fuertes ni á tierra se arrimase.

A las galeras cosa atemoriza
Para dejar de hacer su pretensión,
Antes de nuestra España solemniza
Cada una por sí la discreción,
Haciendo en baluartes mucha riza,
Poniendo al enemigo en confusión,
En verlos tocar arma tantas veces,
Que estaban admirados los franceses.

Por la mañana todas se vinieron
A nuestra armada, naves remolcando,
Que por la mucha calma no pudieron
Sin ayuda venir á nuestro bando,
Que si escribir pudiera lo que hicieron
Las famosas galeras, no sé cuándo
Os contaría el efecto que habían hecho
Y su navegación tan de provecho.

Pues como nuestras naves se juntaron,
El Marqués con ardid, industria y maña,
Y los maeses de campo se embarcaron
En la fuerte galera, guía de España.
Y en contorno la Isla navegaron,
No dejando ribera ni montaña,
Que sus trincheras todas no mirasen,
Porque por la más débil la asaltasen.

¡Oh gran ardid! ¡Oh hecho de memoria!
¡Oh ganancia hazañosa memorable!
¡Oh vista, pues, con ella la victoria
A nuestra España diste perdurable!
¡Oh Marqués! que de hazañas en tu gloria
Ensalzará la patria inexpugnable!
¿Qué Alejandro ó Camilo tal ha hecho,
Como en dar tú á Felipe su derecho?

Cuando el Marqués la Isla hubo mirado
A Don Francisco nombra que asaltase
De vanguardia, á la tierra acompañado
De Iñiguez: el cual, como tornase,
El asalto, á su cargo se ha juntado
Y entre los dos conciertan se mirase
Lo más débil y flaco, y otro puesto,
Y no por do hasta allí estaba propuesto.

Sabed que aquella parte se llamaba
La viña, dó al Marqués reconocido,
Y como á Don Francisco le tocaba
Y á Zárate el asalto, se han metido
Los dos en una barca, y se miraba,
Do ven el puesto ser fortalecido,
Muy expugnable, agrio y peligroso,
Y que el asaltar es dificultoso.

Buscando cerca tierra se pararon,
A do dicen *las Molas* por buen puesto;
Este entre los dos se conformaron,
Que era el mejor y en todo más dispuesto.
Porque anchurosa entrada en él hallaron,
Y que ningún socorro había tan presto,
Y así la mayor parte fué esta vista
Para alcanzar victoria en la conquista.

Y teniéndolo todo bien mirado
A nuestra armada torna á recogerse,
Haciéndole su esfuerzo consolado
Sin de la adversa en cosa ya temerse.
Y como caballero y abogado
De Santiago apóstol, da á entenderse,
En nuestra flota ser con la alegría
La fiesta, por ser víspera del día.

No solo en San Martín, do el Marqués iba,
Con música la fiesta se publica,
Antes con gran clamor de abajo á arriba
El gozo nuestra armada multiplica.
Los tiros crecen siempre, el fuego aviva;
Ya un galeón dispara, otro replica;
Ya hacen oración en la cristiana
Flota al patrón de Iberia y Santa Ana.

Los franceses también regocijaron
La fiesta, porque al tiempo que nos vieron,
A la marina todos se allegaron,
Y en ala muy en orden se pusieron.
Do con gran alarido dispararon
Y buenas ruciadas ví que dieron,
Diciendo: ¡Santiago! ¡Francia! á voces,
Se mostraron soberbios y feroces.

Gran parte de la noche andar los vimos
Con lumbres la marina visitando,
Hasta la hora y punto que rendimos
La modorra y salir de nuestro bando.
Galeras con silencio las sentimos
Ir hácia el enemigo enderezando;
Y así, como las sienten, se aperciben,
Y con su artillería las reciben.

No andaban las galeras negligentes,
Que solo en destruirlos se desvelan:
Haciéndole gran daño en fuerza y gente
De una trinchera á otra aprisa vuelan.
Sin los peligros ser inconvenientes,
Ni la alerta cuidadosa con que velan,
Les dan crudo rebato, haciendo cosas
De ánimo y valor maravillosas.

Así toda la noche estuvo alerta
El cuidadoso francés, que no podía
Al peligro y temor cerrar la puerta,
Que el feroz español se lo impedía.
Y cuando la mañana descubierta
Fué, y por todo el terrestre se extendía
Su resplandor dorado, sosegaron
Viendo que las galeras se apartaron.

No sosegó el Marqués que á mucha prisa
Da orden que en el punto se aprestasen
Las gentes de la armada, con que avisa
Que de las naves luego se embarcasen.
Por tal manera, modo y de tal guisa
Como sus oficiales declarasen,
Sin hacer nadie en contra su mandato
Con mucha diligencia y gran recato.

Diciéndoles:—«Pues ya reconocida
Tenemos la isla toda y contornada,
Tendráme Don Francisco apercebida
Con Íñiguez la gente de la armada.
Y miren que ha de ser toda escogida,
Sagaz y liberal, y exprimentada;
Tres mil me han de tener bien aprestados
Al tiempo que llamase aparejados.

Llevando la vanguardia en los primeros
Por do dicen *las Molas* sabiamente,
Con otros cuatrocientos extranjeros
Que dé Lodrón de su bizarra gente;
Asaltaréis, y más los caballeros,
De manera que no haya inconveniente
Ninguno aquella hora el bando amigo,
Lo cual creo que haréis mejor que os digo.»—

Fué breve por la armada discurriendo
La orden que había dado su excelencia,
A quien, como es razón, obedeciendo
En cumplirlo se pone diligencia.
Los maeses de campo apercibiendo
Las gentes de su tercio con prudencia,
Señalan capitanes y banderas,
Que en el asalto han de ir las delanteras.

La gente de valor y entretenidos
Procuran los primeros de embarcarse;
Aquí se ven de España esclarecidos
Puntos sobre el saltar por señalarse,
Aquí buenos soldados afligidos
Viérades en las naves por quedarse,
Siendo siempre españoles deseosos
De ponerse en los sitios peligrosos.

El Sargento mayor Gaspar Sapena
Con su tercio de Nápoles andaba
Cumpliendo lo que allí Don Juan ordena,
Que era lo que el Marqués quiere y mandaba;
No con poco trabajo y sin gran pena
Juan Ruiz Villoslada procuraba
Solicitar el tercio que á su cargo
Tuviese, porque no hallasen falta en algo.

Hernán Tello iba allí, Puerto Carrero,
Poniendo el tercio en orden de la liga,
Sargento mayor de él, y fué el primero
Que al asalto aprestó la gente amiga:
Digo que puede el vulgo pregonero,
Que mi musa no puede ni se obliga,
Contar de semejantes por extenso,
Porque sería al lector dejar suspenso.

También en las galeras se embarcaban
Con mucha diligencia y gran recato
Chalupas y pataches no paraban,
Que parecía andaban de rebato;
Pues ver tantos esquifes que cruzaban
Y ver en nuestra armada el aparato,
Que hacían hasta saltar en los barcones,
Adonde iba la industria de pontones.

Había unas barcas chatas por tal arte
Fabricadas, que en proa por los lados
Llevaban á la una y á otra parte
Dos muy gruesos tablones levantados,
Y una cuerda muy recia que se ensarte
La polea, y los quicios bien holgados,
Con argollas de hierro en que se encajen
Las puentes, con que suban y se bajen.

En estas barcas chatas, como digo,
Mandó el Marqués meter toda la gente
Que pudiesen llevar, y por abrigo
Les manda á las galeras sabiamente
Que á todas les den cabo, y que consigo
Las lleven, y á ninguna no consiente
Que sola con su esquife navegase,
Sin que otras siete ú ocho remolcase.

Los herrados y agudos espolones
A Medrano mandó hacer aferrarlos,
Y gruesas pavesadas de tablones
Por banda hacer poner por separarlos:
Los soldados provee de municiones
Y á los forzados todos regalarlos;
—«La brevedad, les dice, os encomiendo,
Porque es necesidad á lo que entiendo.

Un cabo le dará cada galera
Al esquife, barcón, pataj, pinaza,
Y lleve cada barco una bandera:
Juntándonos aquí, daremos traza
Como se ha embestir fuerte y trinchera,
En lo primero han de ir á darles caza
Cuatro galeras nuestras y espantarles
Sus barquillos, y en tierra amedrantarles.

A estas cuatro quiero á boga suelta,
Antes que el cielo muestre su luz clara,
Les toquen arma falsa á la revuelta,
Dice en par de la playa y cara á cara:
Entonces con mi gente estaré alerta,
Y al contrario le haré le cueste cara
La rebelión causada injusta hecha,
Y cómo su malicia no aprovecha.»—

Debajo este concierto y orden dada
Anduvimos cruzando todo el día
Por un bando y por otro nuestra armada,
Que en esto solamente se entendía;
Porque como la gente fué embarcada,
Aguardarse la hora pretendía,
Que el Marqués había dicho que esperasen
Y que el fuerte hasta entonces no asaltasen.

Como en tierra el Marqués no había dejado
Su patache llegar, sabed que usara
Una industria y ardid muy delicado
Para que la Tercera no ignorara,
Diciendo que su intento no avisado,
Y con esta razón se disculpara,
Y más fingir como ellos buenamente
De grado recibiera nuestra gente.

Por esto una noche antes con la oscura
Dos hombres de los presos del barcón,
Que parecían de más desenvoltura,
En *San Martín* les dijo esta razón:
«Sabed, que si queréis, que hay coyuntura
Que mostréis tener firme el corazón
En servicio del Rey, y á la Tercera
Me llevéis esta carta mensajera.

Por verlos tan rebeldes, ruego y quiero
Hagáis al Rey Felipe aquí un servicio;
Un barquillo tomad que sea ligero,
Y perdonóos el hecho malicioso,
Al tiempo que salir veáis el lucero,
Será, tomad estos pliegos; vuestro oficio
Entrar en la Tercera y no pararos
Hasta delante el Conde presentaros.

Y si el Conde no quiere responder,
Habiéndolas leído ya y mirado,
Otro mayor placer me habéis de hacer,
El cual prometo á fe os será pagado;
La isla pie por pie reconocer
Tenéis, y luego hacer que sea avisado
Con uno de vosotros por el puesto
Que más para el asalto esté dispuesto.»—

Dicen: «Verlo has Marqués el tiempo andando.»
Y él responde:—«Y vosotros lo que haré;
Dos hábitos de Cristo en nombre os mando
Del segundo Felipe y más daré;
Cada dos mil cruzados en entrando
La isla, y todo así lo cumpliré;
Como cumpláis conmigo el trato hecho,
Del cual sin duda estoy muy satisfecho.»—

Lo cual por obra al punto lo pusieron
Y con la oscura luego navegaron,
Y como en la Tercera se metieron,
Con mucha diligencia procuraron
No recibir sosiego, hasta que vieron
Al gobernador de ella, y le entregaron
Las cartas que el Marqués les dió y la oferta
Del gran hijo de Carlo en ella inserta.

Las cartas las recibe murmurando
Manuel de Silva y las lee entre dientes,
Respondiendo:—«Por Dios, que estoy holgando,
De ver ser castellanos ciegas gentes:
Que conde me harán á mí entregando
La Tercera, me escriben; pues, parientes,
No hay tratar de partido de otra suerte,
Sino de libertad ó honrosa muerte.»—

No dió á entender á nadie haber escrito
El Marqués otra cosa por su carta,
Antes disimulando andaba aflito,
Que nuestro gran poder sabía sin falta;
Pues como este dañado hombre maldito
Tan buen razonamiento en fin lo esmalta,
Entendiendo que nunca se supiera
Lo escrito, que decía de esta manera:

—«El gran César Felipe, cuyo estado
Del Norte al Este ciñe y la contorna
La Galia, y en Sur fortificado
Está su real Imperio, adonde torna
Al Oeste, donde el muro está sitiado,
Que á nuestra España clara más adorna,
Estándole sujeto el Oceano,
Saluda al Conde, á ti y al Galicano.

No sabe si tendréis de esto noticia,
Cómo en otra razón, ley y derecho,
Estas islas rebeldes, con malicia,
Han sido la ocasión del daño hecho.
Y como á su corona de justicia
Le tocan, y el dañado y falso pecho
Con que el año pasado los franceses
Dieron favor á isleños portugueses.

Y como es amistad su pretensión,
Tener siempre con Francia, y le procura
Sin entender la causa ó la ocasión;
Porque la enemiciencia tanto dura,
Y así el cristiano Rey la obligación
Del parentesco mira, y la cordura
Os encomienda, pues será ganancia
Tener conformidad España y Francia.

Esto conmueve, al Rey el ser cristiano,
Y de vuestro vivir está dudoso:
Por no saber si alguno es luterano
Os quiere hacer partido tan honroso;
Y es que para la patria, libre y sano,
Cada nación se vaya á do reposo
Tendréis, si lo queréis, y si no guerra
A Luteranos haréis en vuestra tierra.

Ofréceos por el gasto que habéis hecho
Seis pagas en dinero de contado,
Y por concordia, paz y gran provecho
De la cristiandad, ha perdonado
Al Conde, y de la isla satisfecho
De cualquiera rencor y odio pasado
Se da, y hará mercedes, y encomienda
Que de vuestro error toméis enmienda.»—

Luego el Marqués abajo la rubrica,
Porque por ella más crédito diesen,
Y así esperaba ver si se publica,
Que los de la Tercera respondiesen:
Y de los mensajeros esto aplica,
Que el temor les haría no se atreviesen
A venir, ó podría ser que prendidos
Los hayan, si al salir fueron sentidos.

De cualquiera manera, gran tardanza
Le parecía al Marqués, y así propuso
Que lo ha de remediar espada y lanza,
Y que es tiempo perdido estar confuso:
Teniendo de algún medio la esperanza,
Y por esta ocasión la gente puso,
Como si se os acuerda quedó presta
Para dar el asalto en orden puesta.

Él en la Capitana iba de España,
De esperar la respuesta ya cansado:
La cólera le ciega vuelto en saña,
A cualquier ocasión soberbio, airado:
Los suyos al asalto desengaña,
Haciéndole su esfuerzo consolado,
Como en el otro Canto claramente,
Diré lo que el Marqués dijo á la gente.

CANTO QUINTO.

DE LA ORACIÓN QUE EL MARQUÉS HIZO AL ASALTAR
LA TIERRA, Y CÓMO SE RETIRARON LOS ENEMIGOS Á UNAS
TRINCHERAS MEDIA LEGUA DE LA MARINA.

Dame, ¡oh santa musa! aliento santo:
Mi débil voz se encumbre ende la tierra:
Penetrando los vientos, cause espanto,
Y publique la gran discordia y guerra.
Marte y Belona, oid mi noble canto;
Oid del Rey Felipe, en quien se encierra,
Las armas, fortaleza, empresas, brío
Del terrestre y el mar el poderío.

Ya el rocío cristal vuelto en el verde
Y ameno prado aprisa se tornaba,
Y al pastor soñoliento hace recuerde
El pájaro cuidadoso y se avisaba;
Y el inclinado carro se alza y vuelve
Del tenebroso globo, y declinaba
Su dorada cabeza en el Oriente
Con que al Océano hacía resplandeciente.

Ya dije que el Marqués con gran presteza,
Viendo ser hora ya, apresuraba
El temerario asalto, y la braveza
Con que el próspero fin aseguraba.
No teme baluarte ó fortaleza,
Porque en su gente mucho confiaba,
Y así con gran valor, fuerza y contento
Esta oración nos hizo y parlamento

Diciendo:—«Ya sabéis que os he avisado,
Esclarecida gente y valerosa,
Del principal intento que ha causado
A la persona real muy poderosa
Del Rey Felipe haberme aquí enviado,
Sin teneros oculto alguna cosa,
Y ansina de mi parte os ruego y pido
Que miréis nuestra España lo que ha sido.

Mirad cuantos asaltos y recuentos
Han tenido los nobles ya pasados;
Mirad sus gloriosos vencimientos
De nuestros españoles esforzados.
Y no son menos vuestros pensamientos,
Que bien tengo entendido que excusados
Me fueran los ejemplos que delante
Os puse, y que no hay cosa que os espante.»—

Con un esfuerzo horrible y muy osado
Animo nos dice:—«Es gran ventura
La que hoy el alto cielo nos ha dado,
Si sabemos gozar la coyuntura.
Mirad del grande triunfo que guardado
Nos tiene la victoria, ó muerte dura,
Si no somos quien somos, que está cierta
La libertad y pérdida á la puerta.

Sabed que si este tiempo entretenemos,
Es porque espero aquí la luz del día:
Lo que os ruego y suplico es que velemos,
Pues la seña y concierto no podía
Tardar, y así conviene alerta estemos,
Porque en sonando allá la batería,
Daremos ¡Santiago! allí en derecho,
Mostrando cada cual su fuerte pecho.»—

Prosiguiendo el Marqués con leda cara
Nos dice:—«Vuestros fuertes corazones
Me hacen que conozca yo á la clara
La victoria, y ser corto de razones.
No temáis que fortuna será avara,
¡Cierra, Santiago! ¡ea, leones!
Que fío en el valor de vuestros brazos,
Que isla, fuerza y gente haréis pedazos.»—

Apenas el Marqués hubo acabado
La oración que hizo, cuando á una
Las galeras á boga han arrancado,
Que ya la dilación le es importuna.
Y de frente la fuerza se han parado
Sin temor á enemigo ni á fortuna:
Por un nivel muy justo hicieron alto
Esperando de dar el crudo asalto.

En este tiempo el alba ya rompía,
Y en otra fuerza andaba nuestra gente,
Tocándole rebato á gran porfía,
Aunque con pretensión muy diferente.
Y como de Santa Ana el claro día,
Vieron cómo venía frente á frente,
Las proas hacia tierra van bogando,
Más de cuarenta barcos remolcando.

De esta manera marcha en orden puesta
Nuestra gente á la fuerza, y se acercaba
Dejando la ciudad á la siniestra
De Angría por la parte que asaltaba.
Y el ruido y rebato hácia la diestra,
Y así con sobra de ánimo cerraba,
Diciendo: ¡Santiago, cierra España!
Con esfuerzo, valor, industria y maña.

Los franceses, que están atrincherados,
Viendo de nuestra parte el pensamiento,
No menos que animosos esforzados,
Con balas nos declaran bien su intento.
No les espanta el verse así asaltados,
Antes les satisface el vencimiento,
Que tienen por muy cierto y no dudoso,
Según es su valor tan animoso.

Tirándonos muy mucho arcabuzazo
Desde allí con muy justa puntería,
A quién rompe la pierna, cuerpo ó brazo,
Retumbando la fuerte artillería.
Ya suena el esmeril, ya el mosquetazo,
Haciendo en nuestra gente batería,
Ya nos sueltan los cabos las galeras,
Ya zaboran las barcas muy ligeras.

No bien aún las galeras alargaron
Los cabos á las barcas que llevaban,
Cuando el saltar en tierra apresuraron
Los nuestros, y del agua disparaban.
Otros ví por mis ojos se arrojaron
En el profundo mar, y procuraban
Tan breves ser en tierra ellos nadando,
Como los que en los barcos van bogando.

¡Oh! qué honroso asalto! ¡oh! qué hazañosa
Arremetida fué! pues que á la vista
En aquella resaca presurosa
Se vido un español que sólo embista
A la trinchera con mano animosa,
Sin que el fuerte contrario le resista,
O pugnando subir contino al fuerte
Teniendo más la honra que la muerte.

Quién mira á las galeras su presteza
Con que una en pos de otra disparaban;
Y quién ve del francés la fortaleza,
Y que con el gran valor que peleaban;
Y quién ve á nuestra España que no cesa,
Y que por todas partes se arrojaban
Españoles al agua, con intento
Que les será á franceses escarmiento.

Un momento el Marqués nunca paraba:
Que su propia persona iba y venía,
A proa banda, ó popa, ó donde andaba
El combate francés: va do tenía
Necesidad; su gente remediaba
Como siente mejor que convenía,
Y sin perder sazón ni coyuntura
Lo solicita todo, y lo procura.

De nuestra parte es justo que se diga
La gente que al Marqués acompañaba,
Y adelante mi historia que prosiga
Declarando quién bien se señalaba:
Porque la gran razón á que me obliga
A mi torpe juicio le ayudaba
Para que tome esfuerzo, aliento y brío,
Haciendo yo más que es mi poderío.

Ya os acordaréis que dije que embarcado
Se había el hijo del fuerte Don García,
Don Pedro de Toledo, y cómo ha dado
Muestras claras de dónde procedía;
Y aquí ninguno más se ha señalado
Que él, y pocos tanto, porque hacía
Cosas de admiración tan memorables
Cuanto serán sin fin muy perdurables.

Siguiendo va al Marqués que no le deja,
Y á su excelente padre allí lo imita,
Y al francés le persigue, hiere, aqueja,
Y el pensamiento un punto no le quita
De su antigua casa, y más la espeja;
Porque el valor y honra solicita
De la suerte que en Flandes, y á do quiera
Que estuvo, fué su espada la primera.

Don Félix de Aragón arremetiendo
Adonde el enemigo atrincherado
Estaba, con gran furia resistiendo,
Al punto que su alférez derribado,
Y su sargento herido, fué él corriendo
Y al muerto la bandera le ha tomado,
Y en medio la trinchera la arbolaba
Do por España el triunfo publicaba.

Mas como de pasar su pretensión
Delante era de todos sin temerse,
Que á su valor habrá contradicción,
Ni es parte su contrario á defenderse;
Así corriendo va sin dilación,
Y tanto en el francés fuese á meterse,
Que sin número balas le tiraron,
Hasta que por dos partes le pasaron.

Con su cuerpo dió en tierra el valeroso
Caído con un hombro ya pasado,
Y el otro fué más malo y peligroso
Que le há pierna y canilla destrozado.
Don Cristobal de Merlo, que animoso
Andaba, y vió á Don Félix derribado,
Muy más favor le dió su fuerte brazo,
Al cual le rompió presto un mosquetazo.

Don Pedro de Padilla no ha parado
En todo este tiempo ni anda en balde,
Antes anda soberbio, acelerado
Haciendo al enemigo se acobarde:
Este de los primeros ha saltado:
Mas ¿qué francés será que solo aguarde?
Porque lo que Don Pedro hizo este día
Encarecerle el diezmo no podía.

Don Cristobal de Eraso que miraba
Lo que delante de él hacía el Marqués,
Como furioso rayo se arrojaba
Por medio el gran reparo del francés.
Y á la diestra y siniestra destrozaba:
Ya de estocada, tajo; ya revés;
Ya redoble; ya embebe; ya se alarga;
Ya sobre el enemigo apriesa carga.

Y sobre los sargentos señalados
Por sargento mayor de los mayores,
Iba Juan de Tejeda, y este estado
Es á su merecer de los menores:
Que en el orbe espacioso contornado
Bien se puede llamar de los mejores,
Que cargo poseyeran de soldados
En futuros, presentes y pasados.

En todo hacía éste haber mucha presteza,
Sin hacer suspensión de barco alguno,
Que en la marina un punto ni hora cesa
De saltar el que á Francia es importuno:
Y el monsieur animoso, aunque le pesa,
Su mal no da á entender á hombre ninguno:
Antes con mucho esfuerzo peleaba
Con que su gran pesar disimulaba.

Los fuertes galos bien se defendían,
Que monsieur de la Jatra les esfuerza:
El y el de Elgarrabaca les decían:
—«Morir fuertes soldados, nadie tuerza;
Mas acordaos de aquellos que tenían
Del Senado romano mando y fuerza,
Y del Rey Don Antonio que aquí os tiene,
Y que es suya tierra, y á él conviene.»

Las galeras un punto no paraban:
Que tienen al francés tan admirado
De ver que las trincheras destrozaban,
Que cada cual se asoma recatado
Por los muchos balazos que tiraban;
Que en larga media hora no han parado
El disparar, y balas más granizan,
Con que otro tanto más se atemorizan.

Pues Don Lope, no menos diligente,
Andaba entre los nuestros sin reposo,
Dando una orden y otra sabiamente,
Sin mostrarse á la adversa temeroso:
Llama, acude, vuelve y no consiente
Que hombre ninguno esté un punto ocioso;
Antes, por animarlos, va el primero,
Haciendo lo que debe un caballero.

Aquí se traba el fuerte Bobadilla;
Aquí muestran franceses sus destrezas;
Aquí es do causa espanto y maravilla
Ver volar piernas, brazos y cabezas;
Aquí la crueldad tiene mancilla
En ver de un cabo á otro cruzar piezas,
Que aquel que en la trinchera está guardado,
Pensaba, es el primero arrebatado.

Mirad aquí al Marqués en qué postura
Quedó, y buen Don Lope cómo andaba;
Y Don Francisco ahora que procura
Victoria, y con gran brío peleaba,
Mostrando esfuerzo ser desenvoltura:
Y del de Denia es justo, que quedaba
Haciendo en este tiempo más que puede,
Se haga relación y no se quede.

Y dió tan buena traza y diligencia
Don Juan de Sandoval y sus soldados,
Que al ímpetu francés y su potencia
Les hizo estar aparte retirados:
Y con su espada mucha resistencia
El caballero hacía por todos lados,
Porque en su noble pecho no hay sospecha
Que le cause temor que no desecha.

De Iñiguez no sé qué lengua humana
Encarezca sus cosas y destrezas,
Haciendo aquella gente loca y vana
Que á conocer nos diesen sus flaquezas.
Mostrando al Rey Ibero el celo y gana
Que de servirlo tiene, haciendo piezas
El escuadrón que allí se resistía,
A do ser otro Horacio parecía.

Cuál llega á dar al otro con la espada;
Cuál tira desde aparte á puntería
Al reluciente peto ó la celada;
Cuál asestando está su artillería:
Cuál queriendo saltar le es estorbada
Su intención, y á quién la batería
Le hace el pecho arriba mil pedazos,
Rompiéndole cabeza, hombros y brazos.

Quién en sangre los mira andar revueltos;
Quién va á su camarada á dar favor;
Quién ve de un lado y otro caer muertos
Sus amigos, y llenos de dolor
Les prometen venganza, haciendo ciertos
Sus pensamientos, y quién del furor,
Del fuego se desvía y salta al mar,
Do herido en fuego y agua va á acabar.

Los tiros, balas, piezas travesaban;
Las picas, chuzos, dardos se aperciben;
Culebrinas, mosquetes disparaban;
Dando una rociada, otra reciben;
A quien las muchas piedras destrozaban;
Aquí los fuertes ánimos conciben
Valor, esfuerzo, brío, ira y saña,
Entre la fuerte Francia y brava España.

Quién, de ánimo ayudado, á la ventura
Quiere allí probar, y se abalanza;
Y á quién no sirve peto ni armadura,
Que el fuerte esmerilazo rompe y lanza.
Y el que se halla detrás no muy segura
Tiene á veces la vida, que le alcanza
La parte que al primero, dicha y suerte,
Dándole á entrambos juntos cruda muerte.

Con todo esto al Marqués más se señala
El asalto á su parte, aunque el contrario
Andaba con su suerte buena ó mala,
Como astuto, sagaz y gran cosario,
Cercada del esfuerzo y de la gala
De la noble Francia, que el Rey Dario
No iba de mejor gente acompañado
Cuando del Magno fué desbaratado.

La más ilustre gente á esta jornada
Que en toda Francia había se ha juntado,
Y debajo de fe juramentada
Se habían todos en uno concertado
De morir peleando muy aunada;
Y el que lo quebrantare, condenado
Fuese á que le llamasen fementido,
Quedando por aleve conocido.

También juró lo propio y lo ha cumplido
Manuel de Silva, Conde, do hizo cosas
Por su propia persona, que han podido
Contarse en las hazañas poderosas:
Mas como lo que hizo fué perdido
Y para su honor muy más dañosas,
Mejor es con olvido sepultarle
Que no yo injustamente aquí loarle.

Quién vió Alonso de Ayala, allí sargento
De Don Francisco ir siempre animando
Nuestra patria su fuerte pensamiento
Con su invencible brazo declarando:
No mira si son veinte, treinta ó ciento
Los que son de la parte ó francés bando,
Para que algo rehuse el ofendellos,
Antes con más furor se mete entre ellos.

Nunca deja galera el combatir,
Ni del francés la cólera se aplaca,
Que antes á nuestra gente hacía sentir,
Que es provecho y no pérdida el que saca;
Y los nuestros de nuevo á resistir
Se aperciben con ira no más flaca
A cualquiera ocasión, con tal semblante,
Que no hay fuerte enemigo que no espante.

Permítaseme aquí que á tan gran hecho
Siente un poco la mano en él mi Musa,
Dando algunos soldados su derecho,
Pues á su gran razón no tengo excusa,
Porque los ha destrozado y ha deshecho
La artillería, y así no se rehusa
Ni se halla tan cansada ya mi pluma
Para que no los ponga aquí por suma.

Los nuestros hacia lo alto arremetieron
Los que diré en vanguardia, y le ganaron
La artillería al contrario, donde hicieron
Cosas que los franceses se admiraron;
A do en tanta estrechez los pusieron
En el mismo momento que cerraron,
Que no solo merecen que en memoria
Se pongan, sino hacerles larga historia.

La vanguardia Don Pedro el valeroso
De Toledo llevaba de esta gente,
Siguiéndolo á su lado presuroso
Don Felipe con brío heróicamente;
De Córdoba, y corriendo sin reposo,
Va Don Alonso Idiáquez tan valiente
Como el furioso Marte, sin que deje
Un momento al francés que no le aqueje.

Aquí Don Juan Manrique florecía
Con el fuerte Don Hugo de Moncada,
Y el hijo iba del Duque de Gandía
Adonde Don Juan iba de Granada:
También Don Bernardino, en compañía
De Mendoza y un Don Fernando Andrada,
Fueron con un Don Diego en los primeros
De Zúñiga con otros caballeros.

Pues viendo el de la Jatra la conquista
Tan trabada y que lleva lo peor
Su parte, por no haber quien lo resista
Al fuerte campo iberio y su furor;
A voces manda al capitán Bautista
Que deseche de sí todo temor,
Y con los más isleños que pudiere
Lo que pueda á los nuestros detuviere.

Contra este salió Don Luís Vanegas
Y Don Pedro Henríquez juntamente,
Do dieron fin á muy dudosas bregas
Mostrando cada cual su pecho ardiente.
Llevando lo mejor en las refriegas,
Destruyendo y volcando tanta gente,
Que el contrario suplica á muerte libre,
Porque él con su poder es imposible.

Don Gonzalo Ronquillo acompañaba
De contino al Marqués que pretendía,
Según que en lo de Stroz se señalaba,
Morir ó señalarse en este día:

Y con este honroso intento andaba,
Y por salir con ellos combatía
Con un valor tan fuerte y tan osado,
Que compararlo aquí me es excusado.

Un Don Bartolomé que de Leupiana
De muy claro linaje andaba entre estos,
Mostrando ser su espada tan ufana,
Cuanto sus duros golpes son molestos
A aquellos que con su soberbia vana,
Querían ser enemigos manifiestos,
De la razón justicia y lo sustentan
Con maldades y bandos que le aumentan.

Don Alonso Contreras y Fernando
De Valera, alférez, embistieron,
Adonde de tropel el francés bando,
Más trabado y feroz andar le vieron;
Y el capitán Heredia derribando
Franceses, una insignia le abatieron
Estos tres al isleño, y le arrastraban,
Con lo cual de sus hechos más triunfaban.

Los españoles por algunas partes
Procuraban subir, mas no podían,
Que los isleños de los baluartes
Con muy pesadas balas les herían:
Llevaban los pintados estandartes,
Donde más defenderse pretendían;
Mas como ven que toman sus trincheras,
Entonces peleaban más de veras.

Onofre Vernegal, en esta hora
 Cosas iba haciendo inauditas,
 Diciendo:—«Ilustre España vencedora,
 ¿Cómo este asalto aquí no facilitas?
 Mas no podrás triunfar, tú, isla, ahora
 De aquel que la obediencia justa quitas:»—
 Cuando un fuerte balazo furibundo
 Le privó la vital vida en el mundo.

Don Hugo de Moncada allí demuestra,
 Que los hechos al hombre corresponden:
 Éste sigue al Marqués siempre la diestra
 Adonde va rompiendo, y no se esconde;
 Sus temerarios golpes, que á la presta
 Muerte va ofreciendo, al que desorden
 Hacía y de su reparo al nuestro salta,
 Le embiste, aguija, corre, hiera, asalta.

Don Luís de Borja me es á mí imposible
 Poderle aquí subir, según lo que hizo,
 La virtud y aquel ánimo invencible
 Con que de su valor se satisfizo;
 Ver con el furor, y esfuerzo horrible,
 Con que sólo al contrario le deshizo
 Tanto su pujanza en sumo grado,
 Que de muchos por Marte fué juzgado.

Don Felipe de Córdoba sosiego
 No tiene un solo punto ni reposa,
 Antes corre y socorre á do ve el fuego
 Y la mayor contienda peligrosa;
 Y en dando fin aquella, acude luego
 A la parte más flaca y más dudosa,
 Que hasta en el escuadrón quiso el primero
 Tomar un cabo el fuerte caballero:

Un Don Alonso Idiaque en delantera
 De todos al francés está siguiendo
 Con virtud tan sobrada, que en la era
 Que estamos de su edad de nadie entiendo
 Se puede tal decir, y así quisiera
 Contar su gran valor; mas prosiguiendo
 Con el tiempo adelante hará señales
 El mundo de sus cosas principales.

Anduvo tan honrosa la bandera
Del maestro de campo Bobadilla,
Que como alargó el cabo la galera,
Su alférez se arrojó de la barquilla
En medio el hondo mar, de á do saliera:
Que no poco al contrario maravilla,
De verle con el brío que saliendo
Sin parar por el alto iba corriendo.

Así fué la primera que á la diestra
Del fuerte se enarbola, do ha mostrado
Su gran banda bien rica, pues que puesta
La tiene en tal lugar, acompañado
De cuatro camaradas, gente presta,
Cada uno en la milicia ejercitado,
De adonde se hizo un hecho de importancia
Matando un capitán bravo de Francia.

Y Juan de Montenegro, alférez que iba
Entre estos cuatro, y vió aquel francés fuerte,
Y le ve la pujanza tan esquiva
Con que le amenazaba á cruda muerte,
Cara á cara le tira y le derriba
Que fué hecho supremo y brava suerte,
Pues en dar muerte aquel dió la victoria,
Dejando en nuestra España eterna gloria.

Hazaña de español maravillosa
Fué la que aqueste alférez aquí ha hecho,
Pues que le hizo su mano poderosa
Quedar de su deseo satisfecho.

¿Y quien á Julián vió de Pedroso
Pasar á otro francés el duro pecho,
Y después entre todos arrojarse
Sin de peligro alguno recelarse?

La bandera de Pacho claramente
Se sabe en el asalto fué primera,
No habiendo peligroso inconveniente
Para no enarbolarla en la trinchera.
Y Don Juan de Medrano frente á frente
Del contrario se puso, adonde hiciera
Por su persona cosas tan honrosas,
Que son solo en contarse temerosas.

Entonces el ruido y disparar,
En los cielos al sol parar hacía;
Aquí el fuerte balazo arrebató
De diez y veinte en veinte parecía;
Otros corren aprisa allí á matar
La machina, barril y la alcancía,
Y otros de esmerilazo mueren luego,
Y á otros dentro el agua abrasa el fuego.

El ánimo á ninguno desfallece,
Que en poco cada cual tiene la vida,
Ni de nadie se juzga ni parece
La deseada victoria ó la perdida.
Los tiros, el rumor, el fuego crece
En aquella contienda endurecida,
Do muestra su valor la fuerte Francia
Deseando en el fin honra y ganancia.

Y con este designio porfiado
Resiste, y defendiendo está la entrada
A nuestro esclarecido español bando,
Que le tiene rompida y destrozada
Su fuerza; y sin cesar de cuando en cuando
Por los nuestros aprisa era asaltada,
Y tanto en mar y tierra peleamos
Que su fuerte y trincheras les ganamos.

Vueltas van las espaldas, y arremete
El osado Marqués, y va corriendo
Do con tan gran furor los acomete,
Que unos entre otros caen por ir huyendo.
Más, más cólera toma y más se mete
Yéndoles dando caza: iba fingiendo,
O pugnando continuo en el alcance
Temiendo no se pierda tan buen lance.

Diciendo ¡España! ¡España! multiplican
La grita con que afligen al rendido,
Y al gran patrón Santiago se lo aplican,
Pues junto él y Santa Ana han concedido
El triunfo y la victoria que publican,
Y por su intercesión ha merecido
Tener al Rey Felipe el vencimiento
Poniendo su contrario en rompimiento.

En el alto el Marqués junta la gente
Y al enemigo sigue en escuadrón,
Que como el fiel perro cuando siente
Que su casa le asalta algún ladrón,
Latiendo aguija, corre y no consiente
La entrada, y nunca hace el baladrón,
Sino ir redoblando su alarido,
Porque le cause espanto y sea temido.

Así las centinelas y espiones
Procuran el gran campo ir deteniendo,
Haciéndonos reparos é invenciones,
Y á dar aviso aprisa van corriendo,
Diciéndole al de Silva:—«Mil pendones,
Y banderas el aire sacudiendo
De la fuerte Castilla, nuestra tierra
Nos la vienen ganando á cruda guerra.»—

No hizo el bravo Conde allí mudanza
Ni de temor les dió ninguna muestra,
Antes dijo:—«Muy cierta confianza
Tengo que la victoria ha de ser nuestra,
Y mientras sustentar pueda la lanza
No tendrá remisión mi mano diestra
De rociar con sangre castellana
La mar y el hondo valle y la montaña.»—

En esto vió los nuestros que llevaban
Los suyos con gran furia retirando,
Y dos ó tres trincheras les ganaban,
Sin poder resistirlo el francés bando.
Y en ver que en el alcance les mataban
Tanta copia de gente, está temblando;
Mas al fin se apercibe á recogerlos
Y con su gente sale á defenderlos.

Muy pocos de los nuestros á la cuesta
Seguían en aquel tiempo al enemigo,
Porque el Marqués mandó que fuese puesta
En orden en un valle muy abrigo.
Y así no fué bastante á ser tan presta
La ida á socorrer el bando amigo,
Que ya á los que huyen estorbasen
Que á los de su socorro no allegasen.

Apenas fueron juntos cuando vuelven,
El rostro hacia el Marqués, en orden puestos,
Armas y corazones desenvuelven
De darnos la batalla presupuestos,
Y condenando á muerte se resuelven,
A los que en su defensa fueren prestos,
Y en esto el fuerte Ibero y su compañía
Al encuentro le sale y desengaña.

Haciendo cara estuvo como toro,
Que dentro está del coso ya encerrado,
Deseando dar fin al gran tesoro,
Que está con la victoria acompañado:
Mas el francés, como el que guarda el oro,
Tenía siempre el alto reparado:
Con intento gallardo y continente
Las trincheras defiende con su gente.

Muestran de entrambas partes ser gozosos
Y cada uno quiere acometer;
A darse la batalla deseosos
El un campo y el otro da á entender;
Y más los españoles animosos,
Que primero son siempre arremeter,
Quieren que nuestro bando no tardase,
Sí que su ira al punto ejecutase.

El Marqués en el ánimo lo siente
En ver que tiene el cerro recobrado
El contrario, y llegar no le consiente,
Que de continuo el paso le ha estorbado:
Mas como hombre discreto y tan prudente,
Se sufre, y su intención ha prolongado,
Hasta que haya razón y coyuntura,
Para que dé á entender lo que procura.

Andaban los jinetes por su parte
Mostrando á nuestra gente el gran deseo
Que tienen de vencer, sin que les falte
El ánimo, presteza y buen meneo:
Cada uno quiere allí ser otro Marte,
Llamando á Francia á voces por trofeo,
Y tanto de su esfuerzo se fiaban,
Que muy cerca los nuestros se allegaban.

Ya torna nuestra gente andar mezclada;
 Disparan sin cesar la artillería;
 Cuál hiere á su enemigo con la espada,
 Aumentándose más la vocería:
 Allí no hay fuerte peto ni celada
 Que no le pase el arcabucería;
 Cuál queda herido en peña, valla, arena,
 Viendo cuán triste muerte se le ordena.

Empieza con gran ímpetu á jugar
 En un campo, y el otro sin sosiego,
 Haciendo á mucha prisa disparar
 Alcancías, bombardas y echar fuego:
 Quién ve con Francia España ya cerrar,
 Cuya verdad y suceso hablaré luego,
 Si me dais auditorio en otro Canto,
 Do diré del francés su amargo llanto.

CANTO SEXTO.

QUE PROSIGUE LA BATALLA, ASALTOS QUE EL MARQUÉS LES DIÓ
 EN EL ALTO, Y LA ORACIÓN QUE MONSIEUR LA JATRA HIZO Á SUS
 FRANCESES, Y HACE MEMORIA DE ALGUNOS CAPITANES Y SOLDADOS,
 Y AVENTUREROS QUE SE SEÑALARON EN LAS TRINCHERAS, Y LA
 DISCORDIA QUE ENTRE ELLOS Y LOS ISLEÑOS TUVIERON.

Primero el bien se mire y tenga cuenta
 El fin que puede hacer cualquiera cosa,
 Y si es lícito y justo lo que intenta,
 O si es sueño ó patraña sabidosa:
 O si la variedad le representa,
 Que victoria no habrá dificultosa,
 En cuanto pretendiere el mayor daño,
 Y así nunca conoce el desengaño.

¿De qué sirvieron fuerza de franceses
 Que puso Don Antonio en la Tercera,
 Ni fabricar en altos ni traveses
 Castillos, fuerte haciendo la ribera,

Ni pintar los isleños sus arneses
De castellana sangre, y cuanto hiciera
La inobediente isla largamente
Del tiempo que en Valdés rompió y su gente?

No tuvo efecto bueno en cosa alguna,
Pues se ve su poder todo deshecho,
Y á la invicta Castilla cómo opugna
De dar más á entender su fuerte pecho.
Siéndole grata en todo la fortuna,
Promete de vengar el daño hecho,
Con que escarmienten mil, y al enemigo
Con cruda muerte hacer largo castigo.

La verdad prometí de declararos
En el pasado Canto del suceso
De la francesa gente, y de contaros
Todo lo sucedido en mi proceso.
Y aunque parezca incrédulo, espantaros
No tiene, pues sabéis ya que profeso
Verdades, y que os muestra mi escritura
Al vivo ciertamente la pintura.

Viendo Don Bernardino el francés fuerte
De Mendoza, que quiere resistirse,
Reclama á Marte y pide honrosa muerte,
O que su honroso brazo haga sentirse:
Y así con gran valor probar su suerte
Con golpes duros quiso, y fué á subirse
Adonde el enemigo no entendiera
Que todo nuestro ejército subiera.

Con esto los isleños esparcidos
Van cual gamos que al monte van corriendo,
Y los franceses, que se ven perdidos,
Sus pasos desdichados van siguiendo:
No se mostraban ya muy atrevidos,
Que el que es más esforzado va huyendo;
Que como ven venir el bando Iberio,
Temen la dura muerte ó cautiverio.

¡Ay, gran Marqués, y cuánta muerte y lucro
Diste en la Francia, y cuánto caballero
Perdió de vivir famoso fruto,
Haciéndole tú ser perecedero!

¿Qué rastro habrá de lágrimas enjuto,
Y qué cabello de matrona entero
De aquellas á quien tanto dolor toca,
Si no es de seso y discreción muy poca?

De las espadas suena la herrería,
Los acerados yelmos van por tierra,
Que ninguno sin armas no valía
Para sufrir la fuerte y dura guerra:
El valor de Galia se veía
En defender la pedregosa sierra,
Que con ánimos más que de leones
Gastaban sus humosas municiones.

Habíanse ya á este tiempo separado,
Porque monsieur La Jatra había acudido
Y con mucha presteza concertado
La gente lo mejor que había podido,
Matando ende do estaba atrincherado
Al español que ser quiere atrevido,
Con designio de allí quedar deshecho,
O hacer restauración del daño hecho.

Mas el fuerte Marqués, cual león fiero,
Andaba á los hispanos gobernando,
Como la onza acá y allá ligero,
A los que ve maltrechos esforzando;
Y aquel de Denia hecho un carnicero,
Le vimos mil contrarios derribando;
A quién derriba pierna, á quién el brazo,
Con la espada sangrienta hasta el recazo.

Don Rodrigo Manrique en esta era
No poco en el asalto se señala,
La vanguardia llevando, y delantera,
Sin temer la espantosa y fiera bala:
Bien ser de los de Lara muestra diera,
Y Francia conoció su suerte mala
En ver con la pujanza que un solo hombre
Se arrisca por ganar fama y renombre.

No sé con quién al justo comparase
Lo que hizo Don Diego en el asalto
De Noguera, de suerte que no errase,
Pues no se halla valor sublime, ni alto

Escrito en ningún tiempo le igualase,
De que mi musa tiembla en dar tal salto,
Mandándome sus hechos calle y deje,
Que es por demás buscar quién le empareje.

Don Francisco Granvela allí se arroja
Al tiempo del asalto disparando;
No por estar mojado un punto afloje,
Que antes en las trincheras va llegando.
¿Quién vido á Juan de Urbina como aloje
A vuelta del contrario y francés bando,
Y contra su pesar ganar el fuerte
Propone, dando á muchos cruda muerte?

Balas echan de sí los iberianos,
Que granizos menudos parecían,
Empero los isleños lusitanos
Con gran ferocidad le respondían:
Ayúdanle los galos como hermanos,
Que en las trincheras fuertes se hacían,
Y de un arcabuzazo derribaron
A Don Pedro Fajardo y le mataron.

El capitán Rosado, que al Marqués
Iba siguiendo en trance tan acerbo,
Con esfuerzo mostrar quiso quién es,
Haciendo un hecho heróico y superbo;
Y fuese caminando hacia un través,
Diciendo:—«De morir me reservo;
Cuando una fuerte bala, una herida
Le dió, con que hizo fin su heróica vida.

La fuerza del francés un punto aplaca,
Haciendo resistencia, y defendiendo
El caído cestón, y parte flaca,
Arneses y lorigas deshaciendo,
Cuando á Manuel de Vega, que de Vaca
Es su antigua cabeza, combatiendo
Por la parte de España haciendo iba
Belleza, un balazo le derriba.

Sotomayor de Cárdenas aguija
Y á Mos de Lo, que viene caminando,
Se allega con feroz semblante, y fija
En él su aguda espada redoblando:

El valeroso Galo en la letija,
Su persona da muestras defensando,
El puesto de su patria satisface
Y á golpes con el nuestro se deshace.

El Marqués hizo al alto ir una manga
Do tenía una campana el enemigo,
Para señal de aviso que se tenga
Si algún vaso en la isla toma abrigo
Y á la siniestra sierra gente carga,
Que en el francés osado haya castigo,
Si por aquella parte pretendiese
Pasar, si una trinchera nos rompiese.

Retirando venía la alta cuesta
El francés y el isleño maltratando
A la gente sin orden, y mal puesta,
Que sin gobierno andaba peleando:
Ya el feroz español poco le apresta
Llamar á España á gritos voceando,
Pues por espalda, cara y por los lados,
De infantería y caballos son cercados.

Entonces el francés cierra con ellos,
Que en ser pocos los juzga por perdidos,
Procurando continuo de ofendellos,
Derribando sin cuento más heridos:
Y visto que á los nuestros socorrellos
No quieren, dando grita y alaridos,
La larga cuesta baja sin pararse,
Que dentro el escuadrón piensan entrarse.

Como el pastor, que astuto cuando lleva
Al río ó fuente amena su ganado
Para que con más gusto y sabor beba,
Delante mucha sal le tiene echado:
Y como el delantero llega y prueba
En viendo venir otro desbalado,
De allí pasa á otra piedra, con que avisa
Lo que hay, adonde acuden á gran prisa;

Así viene la Francia sin recelo,
Que parte sería hacerle resistencia
Aquella gente puesta por el suelo,
Con quien no pretendía usar clemencia

Cuando se les volviera en llanto y duelo,
Sin que ejecutar puedan la sentencia,
Porque los españoles esperaron
En un pequeño globo que allí hallaron.

Allí están á pie quedo y se defienden,
Viendo la muerte al ojo con gran brío,
Que morir ó vencer solo pretenden,
Haciendo su deber y poderío.
Si uno les mata Francia, ellos dos tienden,
Por poder más cumplir su desvarío,
Que procede en el fin como acertado
Lo que contra razón han inventado.

Era cosa de ver tan poca gente
Que baste á resistir tanto, y tan buena,
Conociendo en poder que es eminente
Y que su perdición es justa pena:
Cuando vieron venir cuál fuego ardiente
Al que la amada Iberia allí lo ordena,
En derecho el amigo presuroso
Por librarle del trance peligroso.

Cuál ve su brazo en tierra derribado
Y que los españoles lo herían;
Cuál se ve del caballo en prado echado,
Y que al momento muere ó le prendían;
Cuál de entrambos los piés desjarretado
Se ve y que dejar no le querían;
Otros dando los gritos hasta el cielo
Rinden el alma en presuroso vuelo.

Mas con todo, ninguno se retira,
Que pelean con ánimo muy fuerte;
Los españoles van ardiendo en ira
Sin tener miedo de ninguna suerte;
El peligro que hay, nadie lo mira;
Mas los isleños, como ven su muerte,
Recogiéndose al alda de la sierra,
Hurtan la cara á la funesta guerra.

La escaramuza andando así trabada,
Y el enemigo siempre atrincherado,
Con diligencia el Conde no pensada
Dos culebrinas largas ha plantado;

Y luego cada cual fué disparada
Al escuadrón que estaba ya formado;
Gran daño nos hicieron al presente
Matando y derribando mucha gente.

Y viendo el daño que se conseguía
De las pesadas balas que tiraban,
Con gran presteza el general hacía,
A moros y forzados que allí andaban,
Que de las piezas que en galera había
Trujesen aquel puerto donde estaban,
Para hacer de suerte que estorbasen
Que tanto los contrarios no tirasen.

De las piezas sacaron de campaña,
Diez ó doce que fueron menester,
Para de allí tirar á la compañía,
Que siempre procuraban defender;
Luego el Marqués con brevedad extraña
Sin punto de tardar ni detener,
Al momento mandó fuesen cargadas
Para ser por su orden disparadas.

Mas como vido ser de poco efecto,
Mandó que á las galeras las tornasen,
Porque piensa sin verse en mucho aprieto
Hacer que á los franceses las ganasen:
No se vió nuestro campo hora quieto,
Ni que los enemigos dilatasen
El disparar las fuertes culebrinas,
Que fueron en tirarnos muy continas.

Oímosles dar voces á Santiago
Muchas veces, y á Francia apellidando,
A donde hace el de Iberia tal estrago,
Que en breve la trinchera van dejando;
De sangre todo el mundo está hecho un lago,
Que van los unos y otros derramando,
Y otros hay que derraman sangre y vidas
Por el hueco que dejan las heridas.

Vimos cualquiera fino arnés cortado,
Los caballos corriendo por la tierra,
Cualquiera fuerte yelmo horadado,
Cualquiera espada fina hecha una sierra:

Allí cualquiera gálico esforzado
Dejaba el puesto en medio de la guerra,
Y aquel que espera, muere como fuerte,
Sin tener miedo de ninguna suerte.

Por las fuertes trincheras se dejaban
Las piezas que llevar no las podían,
Que con la mucha prisa que les daban,
Todo desamparándolo, se huían:
Harta locura hacían los que esperaban
Tales golpes, pues no los resistían
Petos fuertes, rodelas, ni la malla,
Que á posta han hecho hacer á su canalla.

No puede bien contarse cuál andaba
Juan Martínez Recalde en este día,
Que entre los enemigos se lanzaba
Cual lobo que al ganado arremetía:
Desdichado de aquél que él encontraba,
Pues caer á sus piés luego le hacía,
Que eran sus fuertes golpes tan doblados,
Como si del gran Marte fuesen dados.

Por medio el escuadrón de los contrarios
Don Juan Manrique va con ligereza,
Dando á una parte y otra golpes varios,
Con que mostraba bien su gran braveza:
Temen la muchedumbre de los galos
Golpes dados con tanta fortaleza,
Y así, por donde andaba de continuo,
Le desocupan todos el camino.

De Don Diego Bazán, al arrojarse,
Se puede hacer de él solo larga historia,
Pues entre todos quiso señalarse
Poniendo en la presente la memoria;
Que más que otro ninguno adelantarse
Pretende por gozar futura gloria,
Su terrible adversario persiguiendo
A todo el escuadrón acometiendo.

Don Sancho de Escobar iba y Don Juan
De Mendoza adelante á socorrer
Los nuestros, y hacían cosas por do van,
Cuanto no podré yo aquí encarecer;

Porque aunque padecieron mucho afán,
Nos dieron su bondad á conocer,
No sólo en embestir de los primeros,
Más en traer al Marqués dos prisioneros.

Alonso Barrionuevo y Don Esteban
Del Aguila al de Jatra le acometen;
Allí los duros golpes se renuevan,
Y los unos con otros más se meten:
Los petos y acerados yelmos prueban;
Con ánimos osados arremeten,
Que no hay rodela fuerte, ó fina cota,
Que deje en este trance de andar rota.

Los más eran franceses que esperaron,
Y solo con valor hicieron guerra
Tan buena, que sus hechos admiraron
En verlos defender tan bien la tierra.
Que cuando los isleños comenzaron
Huyendo de subirse hacia la sierra,
Ningún temor reciben ni se alteran,
Antes muy fuertemente nos esperan.

No á monsieur de la Jatra da tristeza
De ver huir su gente así temblando,
Más dábale el valor y fortaleza,
De ver á su contrario y fuerte bando.
Y así estuvo confuso una gran pieza,
Y después con gran grito voceando
Les comenzó á decir:—«Ruín canalla,
Volved el rostro presto á la batalla.

Y á los que aquí quedáis, esclarecidos
Varones de la Galia y lusitanos,
Con todos los demás aquí unidos
Contra el gran Rey Felipe y castellanos.
No quiero encarecer por qué venidos
De nuestra patria fuimos, que en las manos
Tenemos la ocasión, y será presta,
Dando de nuestras obras clara muestra.

Mirad la sangre de quien procedemos,
Mirad aquellos triunfos inmortales
De la antigua Francia, y procuremos
A nuestros enemigos capitales

Que delante los ojos los tenemos,
De darles cruda muerte, porque tales
Como nuestros pasados merezcamos
Renombre de que tanto nos preciamos.

No os encareceré lo que la amiga
Y deseada patria da á entender,
Y lo que nuestra Reina es enemiga
De España; do conviene pretender
Que ya que en nuestra Francia hicimos liga,
Tengamos gran cuidado en defender
Estas trincheras y alto fuertemente,
Muriendo cada cual como valiente.»

Los franceses á una le responden:
—«Señor, do tú murieres moriremos;
Tú solo puedes dar la traza y orden
Que otro gobierno aquí no lo queremos.
No quieras que los rotos desconcorden,
Que claro puedes ver que nos perdemos
Si te pones con estos en consulta,
Pues ves de tus consejos qué resulta.

Si quieres que luego al punto acometamos
No hay hombre que no esté aquí apercebido,
En ti nuestro derecho renunciarnos
Pues de la patria aquí nos has traído.
Ahora notoriamente nos perdamos,
Ahora remedio haya algún partido,
Por tu orden será, que de otra suerte
No bastará á rendirnos ni la muerte.»—

Manuel de Silva á todo está callando
Hasta ver en qué paran sus razones;
Oye cosas diversas vacilando
Y tener con la isla divisiones.
Entonces el silencio quebrantando,
Les dice:—«No es de nobles corazones
El negar la amistad por cosa alguna,
Aunque más nos persiga la fortuna.

Hágase algún concierto ó no se haga
Por todos ha de ser que á todos toca,
Y si nuestro designio mal nos paga
Nuestra culpa, por cierto, en esto es poca.

Bien que es justo que el Rey se satisfaga
Publicando cualquier parlera loca;
Que los de la Tercera se perdieron,
Mas no fué por no hacer lo que debieron.

¿Qué culpa los isleños han tenido,
O en qué mal procedieron que hayan puesto
En tal tiempo y sazón este ruido
Para que los neguéis así tan presto?
Suplícoos de mi parte, ruego y pido
Que nos os sea mi consejo aquí molesto,
Sino que la discordia y este enojo
Se os pase, y que miréis la muerte al ojo.

La cuestión entre hermanos es más recia
Que no entre el enemigo fuerte y dura,
Mas cuando uno al otro ve en pendencia
El otro del rencor cosa no cura,
Antes hace por él lo de potencia
Hasta ponerle fuera de estructura,
Y el paternal amor mucho le obliga
A que le libre y saque de fatiga.

Mirad el amistad y pacto hecho,
Y mirad el suceso á qué lugar
Nos tienen ahora puesto en tanto estrecho,
Y en esto nos debemos desvelar.
Y cuando de esto el hombre satisfecho
Esté, podrá de nuevo replicar
Diciendo de la isla la querella
Y hasta entonces morir por defendella.»—

Todos con lo que el Conde ha dicho callan
Y su justa demanda le conceden,
Y esto, por el remedio mejor que hallan,
Lo descogen y así todos proceden.
Por ver el gran peligro en que se hallan
Dicen que es lo mejor que hacer pueden,
Y que si algún rencor y odio han pasado
Sea pluma que el viento la ha llevado.

Monsieur la Jatra, viendo estar conformes
Los franceses é isleños, les encarga
Que no pretendan más andar disformes
Mirando su amicicia ser tan larga,

Y que eran cosas hechas muy enormes,
En que tan mala nueva al mundo salga,
El no haber hecho á España resistencia,
Y tener entre sí tal diferencia.

Al Conde le suplica los caballos
Haga con diligencia escaramucen,
Haciendo su deber por estorballos
A los que de una cuesta á otra crucen.
Y queriendo con esto así esforzallos,
Ve petos, morriones que relucen
Salir del escuadrón enderezados
A subir ó morir determinados.

El discreto Marqués había mandado,
Por evitar el daño que se hacía,
Que Don Lope á la cuesta envíe recado
De algunos coseletes, porque habia
Mucha necesidad, y así ordenado
Como fué por Don Lope se cumplía,
Y esta era la gente que miraban,
Que de nuestro escuadrón entresacaban.

Con cien picas mandó que una ladera
El capitán Ferrer luego tomase
Y que de allí subiese á la trinchera,
Adonde á los caballos estorbase
Que á los nuestros no impida su carrera;
Y á cualquiera soldado perturbase
El pasar á la fuente, y detuviese,
Si para el escuadrón venir quisiese.

El capitán Ferrer luego ponía
Por orden lo que allí se le mandaba,
Y en medio la ladera se subía,
Según que del Marqués se le ordenaba:
Daño muy grande al Galo de allí hacía,
Porque desde aquel puesto le estorbaba
Que no pasen á una ni otra banda,
Que era lo principal que el Marqués manda.

Los unos y los otros se tornaron
Mucho más á encender que de primero,
Bien que un poco los galos se encumbraron
Para más ofender al bando ibero;

Las balas que á este tiempo dispararon
No podré comparar, porque esto es vero,
Que ningún hombre había que divisase
Á quien á puntería disparase.

Bien se resiste Francia á esta llegada,
Que á su bravo enemigo allí le entiende:
Dándole una y otra rociada,
Por un cabo y por otro se defiende;
No vale fuerte peto ni celada
Allí, porque la estroza, pasa y hiende
La bala de esmeril ó de mosquete
Y de la culebrina ó falconete.

No los golpes que dió el fuerte Vulcano
En las conchas del recio y limpio acero,
Para hacer las armas del troyano,
Ni las del paladín bravo Rugero;
Ni el encantado senador romano,
Ni ningún otro claro caballero,
Como los dió Don Pedro de Toledo,
Desechando de sí temor y miedo.

Estando dando asalto á la trinchera,
A do todo valiente demostraba
El valor de que allí dotado era,
Un fuerte capitán se señalaba,
Que Don Juan de la Nuza su nombre era,
De quien el bando iberio contemplaba
Su bravo destrozar tan furibundo,
Cual se dará á entender por todo el mundo.

Don Juan de Castellví acertó acaso
A estar junto al Marqués, cuando el combate
Andaba en más furor; guardando el paso,
Un francés se atrevió á hacer un dislate;
Mas viéndole éste así por campo raso
Venir á él, la pica aguda bate,
Y cuando se abalanza, abaja el cuento,
Y el hierro alza y le mete el pecho adentro.

Hernando de la Puebla, que ayudante
Era de Don Francisco, y su sargento,
Como con el barquillo fué delante,
También pasó delante al fuerte encuentro,

Y Antonio Franco dió con un montante,
En medio aquel combate turbulento,
Una herida horrenda en una mano
A un capitán isleño lusitano.

De adonde se subieron grande estrago
En el escuadrón fuerte se hacía:
Siguiendo el apellido de ¡Santiago!
Los españoles cada cual venía,
Procurando de no dar golpe en vago,
Matando isleños que por allí había
De los que se quedaban escondidos
Y franceses que estaban mal heridos.

No sin ser de los nuestros mucha costa
Que desde la alta cuesta derribaban
Cual suelen labradores la langosta,
Al tiempo que sus vidas le atajaban:
Buscan una cañada verde, angosta,
Adonde con cautela se celaban,
Y al fin que quiere hacer su largo vuelo,
Enredada le abaten para el suelo.

Los franceses asina estaban puestos
Guardando sus paredes defensados,
Volcando los primeros y más prestos
Que subían á los puestos excusados;
Y á uno que hay tendido otro hace gestos;
Los más andan allí descalabrados;
Portugal, Francia, España ya revueltos,
Sin dueños mil caballos corrían sueltos.

Monsieur La Jatra andaba apercibiendo
Que mueran, ó la cuesta se resista,
Y el Conde en lo que cumple va entendiendo,
Animando la gente á la conquista:
Otros andan su puesto defendiendo,
Viendo que un hombre solo á cuatro embista;
Allí es otro Babel en variedad
Y otro campal de Cannas en crueldad.

Quién pie pone con pie cual desafío,
Sin que hombre entre los dos se entremetiese;
Y quién, cual loco, hace un desvarío,
Sin que tenerlo amigo allí pudiese;

Quién al hermano encuentra muerto y frío,
Al más cercano haciendo que se pese,
Y en él quiere vengar lo que no ha hecho,
Por quedar de sí sólo satisfecho.

Quién va con alabarda y quién con pica;
Quién con espada corre y con rodela,
Y á golpes el ruido multiplica,
Que peligro ninguno no recela.

Y quién jura, promete y certifica
De hacer castigo en todo, y se desvela,
Procurando de ser de los primeros,
Sin del otro temer los golpes fieros.

Entremezclada asina nuestra gente
Con la francesa y bando lusitano,
Peleaba tan fuerte y duramente
Cual de costumbre hacer suele el hispano.
No desmaya el francés ni menos siente
Los golpes que le da tan cruda mano,
Que si pesados golpes recibía
Con otros espantables respondía.

No miran la herida ni la sienten,
Que las carnes tenían por muralla,
Mas hacen que en el suelo se acrecienten
Hombres tendidos y pesada malla.
Delante de sus ojos no consienten
Estar los de la Iberia tal gentalla:
Que aquel que con presteza no separa
Le cortan la cabeza, brazo ó cara.

Los unos y los otros peleando
Sin hacer movimiento siempre andaban,
Los franceses é isleños estorbando
Lo que nuestros soldados procuraban.
Ellos están su cerro defensando,
Los nuestros de ir subiendo no paraban,
Socorro entra á la una y otra parte
Con que mas sanguiniento andaba Marte.

Viendo el Marqués el daño que excusarse
Podía, con tener solo sufrimiento,
Mandó á nuestros soldados retirarse
Haciendo entre unas tapias fuerte asiento.

No han de entender aquí que se bajase
Ni la cara volviese á bravo encuentro,
Sino por entender que los soldados
No llegasen á puestos excusados.

Los franceses también se reformaron
Y detrás sus paredes se pusieron,
A do de todas partes se allegaron
Y de más munición se proveyeron.
Refrescos de la isla no faltaron,
Que las mujeres propias les trajeron
De una villeta cerca que allí estaba
Tan abundosa en todo, que sobraba.

Siendo los unos y otros retirados,
No sin que de gran daño se librasen,
Mandó el de Santa Cruz fuesen juntados
Los heridos, y luego se curasen.
Por manos de maestros extremados
Que allí mandó que al punto se llamasen,
Adonde los curaron por su orden
Habiendo ya pagado la desorden.

Con esto estuvo un poco el campo inquieto,
Sosegado que no fué muy durable,
Porque de pelear es su conceto,
Aunque ven el morir allí palpable.
Unos van confesando su secreto,
Otros ir á la vida perdurable,
Y cesando aquí el canto, al lector pido
Al venidero preste grato oído.

CANTO SÉPTIMO.

EN QUE DECLARA CÓMO ESTANDO ESCARAMUZANDO, Á PUESTA DE SOL, TRAJERON LOS ENEMIGOS MUCHAS VACAS Á QUERER METER POR EL ESCUADRÓN, Y LA VOLUNTAD QUE LOS FRANCESES TENÍAN DE HACER ALGÚN CONCIERTO, Y CÓMO MANUEL DE SILVA LOS APARTÓ DE ÉL Y SE EMBARCÓ PARA EL FAYAL, Y LA ROTA DEL CAMPO FRANCÉS Y ENTRADA DE NUESTRA GENTE EN SAN SEBASTIÁN Y EN ANGRA.

Tome brío mi pluma y largo escriba;
Mi memoria y sentido se desvele,
Haciendo que su fama siempre viva
De tan célebre gloria y se consuele.
Nuestra nación cantando la perdida,
El hecho del un Polo al otro vuele,
Do Francia con deshonra lo ha sentido
Dejando al de Bazán enriquecido.

Los heridos curados aún no fueron
Cuando tornó la gente á revolverse,
Porque de entrambas partes acudieron
Procurando llegar sin entenderse.
En arma el escuadrón todo pusieron
Y la discordia empieza á entremeterse,
La paz, concierto alguno ó razón halla
Y asina puesta en medio mira y calla.

¿Cómo armará razón quien usa de ella?
¿Ni cómo hará justicia el que es injusto?
Pues toda esta cuestión y esta querella
Es por seguir la Francia aquí su gusto.
Mejor hecho le fuera, ó cosa bella,
Mostrarse en su país fuerte y robusto,
En contra el malo y pérfido Lutero,
Y dejar sosegado al Rey ibero.

Bien tendréis en noticia que la gente
De la una y otra parte arremetiendo,
Quedaron los dos campos frente á frente,
Y ahora con furor se están hiriendo.
Más el de Santa Cruz, que no consiente
Que ninguno á la muerte esté temiendo,
Con mil arcabuceros arremete
Al escuadrón contrario, y le acomete.

Por todas partes más la vocería
A este tiempo se aumenta, y el cruzar
Gentes de un cabo á otro, y batería,
Sin que un punto cesase el destrozar
De la espantosa horrenda artillería,
Que dos mil hombres va á despedazar,
Los unos con los otros embistiendo,
No viendo sino el humo y el estruendo.

Iban con el Marqués el escogido
Don Pedro de Toledo en compañía,
Y el bravo Bobadilla esclarecido,
Que su espada en la sangre bien teñía:
De la nación francesa conocido,
Y hacia la mano diestra ví venía
Don Cristobal de Eraso y Juan de Urbina,
Y á Don Lope delante, que camina.

Por dos partes andaban los feroces
Franceses á Don Lope combatiendo,
Haciendo á la continua muy atroces
Hechos, á nuestra gente destruyendo:
Allí son los ruidos y las voces;
Allí el matar, herir; allí el estruendo;
Allí son los rumores, vocería;
Allí fué de Vulcano la herrería.

En todo este peligro está metido
Don Lope, y Don Francisco, por su parte,
Hacía cosas dignas, que ha podido
Cobrar renombre de invencible Marte:
Este por su esfuerzo ha merecido
Llevar la palma, lauro y estandarte
De todos cuantos hoy tienen la fama
Hasta do el Gange y Nilo se derrama.

Viniéndole con ímpetu á embestir
El escuadrón francés le había esperado,
Y con su gente empieza á resistir
A la caballería por un lado:
Aquí el de Bobadilla hace sentir
Su brazo y de quien viene acompañado,
Causándole al contrario gran pavor,
A Don Lope arremete á dar favor.

No iba con mal garbo, si pudiera
Ejecutar su intento, y al amigo
Darle su favor como quisiera;
Mas pónese en defensa el enemigo:
Y como Don Francisco lo entendiera,
Apercíbese luego á hacer castigo
Aquella gente loca, que ofendiendo
Los está y con furor entreteniendo.

Su débito Don Juan siempre iba haciendo,
De Sandoval contino disparando
Al contrario, que cruza deteniendo
Por una banda y otra, cargas dando:
Cuando mayor ruido y más estruendo
Sonaba en nuestra parte, que abrasando
Se están, porque el francés, feroz y fuerte,
Les daba á muchos nuestros cruda muerte.

No andaba aquí el Marqués un punto ocioso,
Que al enemigo busca y lo procura;
Da vueltas por el campo presuroso,
Quejándose de Marte y su ventura.
Y puédese llamar bien venturoso
Aquel que dél se aparta, y gran locura
El que se viene á él enderezando,
Pues que claro su muerte va buscando.

Cual leona parida, que encerrada
Está sobre sus hijos recelosa,
Que siendo de la madre fatigada
Se levanta á comer, y le es forzosa
La salida, y al punto es salteada,
Y asina revolviéndose rabiosa,
Con las uñas y dientes rompe y rasga
La pared, y bramando en alto engasga:

Así el de Santa Cruz, que por faltarle
El alto está colérico y mohino:
¡Ay! triste del francés que ose allegarle,
O el que acierte á encontrar por el camino,
O aquel que cara á cara de esperarle
Propone! yo le juzgo á desatino,
Porque él y sus soldados allanaban
Cualquiera contingencia que topaban.

Sabed que había una fuente á la otra banda
Del cerro, que tres veces la ganamos,
Por la cual el Marqués es lo que anda,
Y por el agua todos peleamos,
Y por el agua aprisa quiere y manda
Que una y otra vez acometamos;
Mas el contrario bien la ha defendido,
Juzgando si la pierde que es perdido.

Quisiera, si pudiera encarecer
Alguna parte aquí en mi escritura,
Contar lo que pudiera suceder
A una y otra gente con cordura;
Porque tan gran victoria fenecer,
Poniéndose en olvido y sepultura,
Es falta que han tenido las Españas
De no haber quien escriba sus hazañas.

De mí quiero decir, que por mi parte
Quisiera ser Virgilio celebrado,
O del poeta Homero tener parte,
A quien el lauro antiguo le fué dado:
Mas como todo esto á mí me falte,
Y esté de discreción desadornado,
Reciban de un soldado su deseo,
Que no tiene otras letras ni trofeo.

Y no seré más largo en cumplimientos,
Sino que mi deseo es acertar,
Ni quiero ser prolijo en contar cuentos,
Ni otras justas excusas en mentar:
Más que mi voluntad y pensamiento,
Es á nuestra España aumentar
Con mi rudo juicio sus historias,
De que está falta y llena de victorias.

Por lo cual me conviene no estorbarme,
Por contar lo que tengo obligación,
Ni impedimento alguno perturbarme,
Que si llega la hora y ocasión,
En que estoy puesto á punto de engolfarme,
Y á mí mismo me causa admiración,
En ver que encarecer me es imposible
Victoria tan heróica é invencible.

Un punto no cesamos la contienda
Hasta que fué ya tarde en todo el día,
Y quiero que el lector muy claro entienda
Que fueron hasta entonces á porfía
Los asaltos que dimos, cosa horrenda,
Porque Manuel de Silva defendía
El cerro bien, estando atrincherado,
Trayendo mucha suma de ganado.

Vimos una terrible polvareda
Que adonde estaba el escuadrón venía,
Y toda nuestra gente estuvo queda
Para mirar aquello qué sería.
Y en medio de aquel polvo y humareda,
La isleña gente vimos que traía
Una vacada grande, y que marchaba
Derecho adonde nuestra gente estaba.

Don Lope dijo con astucia extraña:
—«Señores, todo el mundo esté despierto,
Y en viniendo el ganado y la compañía
Sea el escuadrón al punto abierto.
Arremeta el isleño que á él se daña,
Pues no puede escapar de aquí ser muerto,
Todos acabarán como traidores
De traición tan terribles defensores.»—

Como Manuel de Silva ha entendido,
Mandó que tuviesen el ganado,
Y que al momento fuese recogido
Del mayor hasta el mínimo soldado.
Y entre ellos sin tardar se ha conocido
Que era el echar las vacas excusado,
Diversos pareceres en sí tienen
Buscando los remedios que convienen.

Nosotros en el alto al Sur tuvimos
Ganada una trinchera, cuando vimos
Que en polvareda todos nos cubrimos:
Quando de nuestras postas entendimos
Palabras, por do alerta nos pusimos,
Y nuestra gente toda apercibimos,
Porque ya aquella hora parecía
Que la tierra ganado producía.

Por tres partes volvía el vacuno aprisa
En mucha cantidad enderezada
Al escuadrón hispano, que ya avisa
El general, diciendo esté aprestada
La vanguardia y trinchera, que divisa
Venir isla y francés de mano armada,
Y asina por mejor fortificarse
Tornado había de nuevo á atrincherarse.

Había de cerro á cerro de los nuestros
Una larga trinchera que ceñía
Nuestro escuadrón por orden muy bien puesto;
Y de allí á cada parte discurría
Manga de arcabuceros todos prestos,
De suerte que el contrario no tenía
Poder para enojarnos, sino era
Echando aquel ganado en delantera.

Y así con grande grito al sol ponerse,
Trayendo en delantera aquel ganado,
Empieza por tres partes á extenderse
El enemigo bando alborotado.
Mas el Marqués mandó á nadie moverse,
Y al escuadrón le hace esté avisado,
Que se abriese por medio que pasase
El ganado, y que al punto se cerrase.

Y con este concierto apercibido
Estuvimos la lóbrega y oscura
Con sobrado alboroto y con ruído,
Sin tener nuestro campo hora segura.
Que no cesaba un punto el alarido
Del francés, ni el isleño; antes procura
Tocar arma á menudo, disparando
Muchas piezas los nuestros maltratando.

No hacían por el ganado el alboroto,
Que ya habían acordado de no echarlo,
Mas porque habían temor que ha de ser roto
Su campo, si el Marqués viene á asaltarlo.
No se acordaban ya que han hecho voto,
Pues que el morir allí hacía revocarlo,
Y lo más que acordaban, era todo
Buscar su salvación de cualquier modo.

—«Hablemos al Marqués de algún partido,
Decían: y otros dicen:—«Embarcarnos.»—
Otros dicen:—«Tocad arma y ruído
No quieran los contrarios asaltarnos.»—
Mas el de Silva que esto entiende y vido,
Procura lo que puede de inquietarnos
Diciendo:—«Francia ilustre, no se trate
De modo, que la flor de lis se abate.

Mirad al fuerte Anibal las naciones
Que por la Europa vino sujetando,
Haciendo abrir caminos á peones,
Los encumbrados Alpes allanando.
Mirad sus galas, triunfos é invenciones
De la leona Roma derribando,
A Iberia les ganó, Saboya y Galia,
Y asina vencedor entró en Italia.

En batallas campales, do se hiciera
Triunfar de la victoria al gran Cartago,
Abatiendo de Roma la bandera,
De su patricia sangre haciendo un lago.
Final fué la de Canas la postrera,
Do hizo un inaudito y cruel estrago:
Cuarenta mil ilustres ciertamente
Murieron, y cien mil de la otra gente.

Los romanos, que vieron su perdida
Ser sin remedio ya notoria y cierta,
Porque en Cápua la gente recogida
El Cartago tenía, dejan abierta
La insigne y fuerte Roma apercebida,
Para dejarle entrar por cualquier puerta,
Y aún con todo no saben si asaltase
Para que su ira acerba se templase.

Roma se estuvo así días algunos
Esperando su suerte y mal suceso,
Cuando un mozo gritando en los tribunos
Les dice:—Senadores, yo profeso
Que en contra los Cartagos importunos
Con honra sustentar la guerra en peso,
Y si el cargo me dáis, prometo en pago
Mi estandarte extender dentro en Cartago.

Mirad de Scipión, que procedió
Por solo aquel hablar que se dispuso,
Y el ánimo que á Roma toda dió,
Dejando al gran Senado allí confuso:
Y como con su habla se entendió
En hacer resistencia, y luego puso
Por obra la promesa que hecho había,
Do mejor que lo dijo lo cumplía.

Cierto es no ser nosotros menos que ellos:
Ni en valor ni en bondad nos sobrepujan:
Con favor de vosotros pienso vellos,
Que á volver á sus naves se arrempujan:
Entonces triunfaremos todos de ellos,
Haciendo que las finas armas crujan,
Y así conocerán los engañamos,
Pues con facilidad dejar entramos.»—

Con esto que les dijo, al punto el Conde
Se va por la ladera visitando,
Mas mal con lo que hablado corresponde,
Porque su perdición anda excusando:
Por una mata se mete, á do se esconde,
La marina y los barcos va buscando,
Y tanto el Conde triste anda y camina,
Que al alobreguecer fué en la marina.

Después de se encubrir el rojo Apolo,
Cuando al Orbe en tinieblas va dejando,
El Conde en la marina estaba solo,
Mil cosas en su mente variando:
Corrió mucho el juicio, mas cansólo,
Y al cabo de este estar imaginando,
Vido que retirarse para Francia
O al Fayal, le sería mayor ganancia.

Luego, para ponerlo por la obra,
Mira por do mejor pasar podía
A solas, y quitado de zozobra,
Y viendo que ninguno lo sentía,
Y que para lo hacer el tiempo sobra,
Fué á una fuerza que había una compañía,
Y en llegando, en un barco mucho aguaje
Mandó meter y pan para el viaje.

Los suyos, que la ida imaginaron,
Perdiendo al Conde allí todo el respeto,
El barco por abajo desfondaron
Muy cautelosamente con secreto:
El Conde y otros quince se embarcaron,
A do presto se vieron en aprieto,
En el cual quedarán y daré un salto
A los que defendiendo están el alto.

Venido el Conde luego, los franceses
Procuraron tomar su parecer,
Y así tocaban arma en los traveses,
A morir arriscados, ó á vencer:
Anima los isleños portugueses,
Diciendo:—«En el combate, que han de hacer
Más que hiciera Alejandro en la conquista,
De Asia con España se resista.»—

No aun bien el claro día descubrirse
Se empieza, cuando luego acometieron,
Derecho nuestro campo de venirse,
Y en arma al mismo punto se subieron
Los nuestros, y á gran prisa á dividirse
En escuadrones, cuatro arremetieron
Al osado francés, que él y su gente
En el alto guardar piensan la fuente.

Los que en la delantera atrincherados
De nuestra parte estaban, á trabarse
Empiezan, y el Marqués, por los dos lados,
Con dos mangas les hace reforzarse:
Los otros, que no menos esforzados
Estaban y se ven cerca llegarse,
La escaramuza traban tan reñida,
Que en poco cada cual tiene la vida.

Los escuadrones nuestros no cesaban
A este tiempo marchar el alto arriba,
Y los unos y otros no paraban
En aquella contienda tan esquivada:
Que tantos de ambas partes derribaban,
Que no sé qué escritor habrá que escriba
Los hechos que franceses aquí hicieron
Y con cuánta virtud nos resistieron.

No se vido granizo aventiscado
Ni hercúlea camisa con más fuego,
Ni el saguntino pueblo ensangrentado,
Ni tormenta de playa sin sosiego:
Como Francia y España han sustentado,
A do más claramente diré luego,
Como los de la isla retirarse
Quisieran, si pudieran escaparse.

Mas ven que el de La Jatra se avalanza
De todos el primero al bando hispano:
Sin temor de arcabuz, espada ó lanza,
El solo piensa abrir camino al llano;
Hiriendo crudamente aquel que alcanza,
Llevando en sangre tinta espada y mano,
A resistir se pone el escuadrón,
Más que sañudo tigre ó que león.

El Marqués que lo vió, luego arremete
No menos esforzado que animoso,
Adonde de tal suerte le acomete,
Que volver hacia atrás le fué forzoso:
Mas el hispano bravo más se mete,
Haciéndole su pecho victorioso,
Y así de nuevo tornan á trabarse,
Con más aliento todos de vengarse.

Aquí es el señalar de España y Francia;
Aquí cada cual muestra el pecho duro,
Y el un bando y el otro la ganancia
Desea que se cante en el futuro
Tiempo de su parte por la rancia
Enemistad que tienen, que seguro
Se puede confesar el que rendido
Fuere de su enemigo aquí ó prendido.

Ver con cuánto valor se señalaron
Soldados castellanos y franceses,
Y ver con la virtud que pelearon
Algunos caballeros portugueses,
Y ver los que al Marqués acompañaron,
Herir de puntas, tajos y reveses,
Y ver el escuadrón cómo cerraba,
Que peligro ninguno revelaba.

Dos alcancías de fuego le abrasaron
Al alférez Alonso de Cajero,
Y aunque tan lastimado le dejaron
Al tiempo que se dió el asalto fiero,
Nada de sus designios le apartaron,
Ni le estorbaron ser siempre el primero:
Echando sangre aprisa por mil partes,
De vanguardia llegó á los baluartes.

Quién viera á Don Antonio allí de Pazos
A cualquiera peligro señalarse,
Haciendo él su gente mil pedazos
Al contrario que prueba á desmandarse:
Este no halla trincheras ni embarazos,
Ni le vieran un punto separarse,
Que lo menos que hizo Pazos era
Estar contino puesto en delantera.

Nadie se la ganó á Don Juan de Luna,
Isleño, ni francés, ni castellano,
Ni hubo espada allí mejor ninguna,
Ni mejor procedió ninguna mano:
En todo le fué grata la fortuna,
Cuanto de variable fué á Serrano,
Que dos veces herido en mano y cara,
Aunque hizo á quien le hirió le cueste cara.

Aquí Don Juan Vivero fué el primero
Que subió á la trinchera claramente,
Porque le vieron ir el delantero,
Siendo de esta opinión toda la gente:
Ser de este parecer también yo quiero,
Repugnando al que fuere diferente,
Porque vi yo arbolada en la trinchera
La primera de todas su bandera.

Lázaro de Isla andaba con Don Juan Chacón, haciendo aprisa por do entrasen Los suyos, y así juntos como van, Forzoso fué en el alto se esperasen: Las heridas y golpes que se dan Quisiera los isleños lo contasen, Porque el decir no es nada lo que hicieron, Según notoriamente todos vieron.

El alférez Francisco de Peralta, Juan Recio y Maldonado se arrojaron Por la más peligrosa y muy más alta Trinchera, y con tal brío pelearon, Que ya en fin el enemigo engendró falta En ver con el valor que le asaltaron, Y no contentos ya en haber hecho esto, En el contrario campo saltan presto.

Muy grande rato anduvo combatiendo El un campo y el otro, porfiando, Opugnando los nuestros de ir subiendo A la arriscada cumbre peleando, Y el contrario las cuestas defendiendo, Que de su parte tiene, está mostrando Con todo su poder la resistencia Que pueden hacer hombres de potencia.

Mostraban los hispanos gran pujanza, Do no quieren franceses ser vencidos, Diciendo que es de Galia antigua usanza Quedar primero muertos que rendidos: Mas viendo ya el Dios Marte la tardanza En dar victoria á osados y atrevidos En aquella dudosa y vil contienda, Consintiendo más Galia se defienda.

Ordena que los nuestros embistiesen Derecho las trincheras donde estaban Los feroces contrarios, sin que fuesen A resistirlos parte, aunque volcaban Tantos y claramente morir viesan, Antes con más esfuerzo procuraban Cada uno por sí de señalarse, No guardando decoro al arrojarse.

No por esto los nuestros se espantaron,
Que las piezas les ganan cara á cara,
Y á fieros cañonazos los echaron,
Que con la artillería hombre no para:
No con llegar allí se contentaron,
Que á do el francés osado se separa,
Le embisten, desalojan y echan fuera,
Dando á España la fuente y la trinchera.

Monsieur La Jatra, que vió el desconcierto,
Y veía cómo el Conde le ha faltado
Y que su mal está tan claro y cierto,
Y que no era de nadie allí ayudado;
Y como nuestro campo les ha muerto
Mucha gente francesa y destrozado,
Por salvarse corriendo se retira:
Que otro remedio allí ninguno mira.

El de Bazán un punto se detiene
De seguir el alcance y así vuela,
Mas el francés aprisa huyendo viene,
Que solo en apartarse se desvela;
Y si de huir el uno deseo tiene,
El otro el no alcanzarlo desconsuela,
Y asina el uno al otro por toparse
Corría y no hacia el otro si apartarse.

Como entraron los nuestros tropellando
Tan llenos de furor y de ventura,
A todo lo que topan sujetando
Y poniendo en trabajo y estrechura,
Pie por pie la tierra iban ganando,
Dando muchos en riscos sepultura,
Con cuidado el alcance les seguimos,
Hasta que en un casar nos detuvimos.

San Sebastián por nombre había la villa
En la que nuestro campo se paraba,
Fértil al parecer á maravilla,
Que una ribera fresca la cercaba:
La mar no estaba aparte y á la orilla
Con una montañuela confinaba:
Cañas dulces, pastel, viñas, labrados
Tiene, y de todos géneros ganados.

Allí mandó el Marqués no se llegase
A cosa de los templos ni sagrada
Cosa de religión se saquease,
So pena que será bien castigada
La persona que el bando quebrantase,
Haciéndole ende luego condenada
A muerte, y lo mismo al que enojare
La gente que en la iglesia se amparare.

Ya en este tiempo estaba la victoria
Conocida, y arrastran gallardetes,
Flámulas y banderas por memoria
De la nación francesa; ya mosquetes
De nuestra parte suenan con gran gloria;
Responden gruesas piezas, falconetes,
Esmeriles con furia, arcabuceros,
Culebrinas, bombardas y pedreros.

Atambores y pífanos sonaban:
Ya muestran alegría las trompetas;
Clarines un momento no paraban;
Responden chirimías y cornetas.
Sacabuches aprisa disonaban;
Haciendo unos y otros mil gambetas,
Publican la victoria con dulzor
Como acostumbra hacer el vencedor.

No fué el poder de Carlos arruinado
Por el gran casto Alfonso, ni á Numancia
Fué con mayor vigor asalto dado
Por el bravo Scipión, ni tal ganancia
A general ni Rey hasta hoy ganado,
Como ganó el Marqués aquí de Francia,
Rompiéndole en la mar, en tierra y llano
Junto con el isleño lusitano.

Con esto el de Bazán bien claro muestra
Su ánimo y valor donde se ha hallado,
Pues vemos que su fama tiene puesta
Adonde hasta hoy muy pocos han llegado.
Turquía nos dirá lo que le cuesta;
También otras naciones que ha domado
Nos darán de sus hechos relación
Contando su braveza y discreción.

Allí se refrescó la gente un rato
Que de sequía iba fatigada,
A do el Marqués, fingiendo hacer relato,
No consintió estar mucho sosegada,
Diciendo:—«El enemigo está en el mato,
Y ciertamente sé que hay emboscada,
Por esto nadie debe de atreverse
A dejar su bandera é ir á perderse.»—

Mandando por dos partes que marchasen
Don Lope y Don Francisco divididos,
Y por medio el ejército llevasen
Cada uno con dos tercios repartidos.
Y que hasta el fuerte de Angra no parasen
A do todos seríamos recogidos:
Y á la armada le manda por la tierra
Rogándola les haga cruda guerra.

Esto ordenó el Marqués, porque llegase
Por la tierra y por mar en coyuntura,
Que la armada y campo se ayudase,
Y este era su designio que procura,
Y como á las galeras avisase,
Viérades con la gran desenvoltura
Que van por la marina discurriendo,
Las trincheras y fuertes combatiendo.

Al Sur llega á la tierra nuestra armada,
Al Este nuestro campo recogiendo,
Como al que mayor guerra aparejada
Le está, se está de nuevo apercibiendo.
A un fuerte una galera está arrimada,
Otra está un baluarte combatiendo,
Otras dos sin temerse van entrando
Dos mil piezas al fuerte disparando.

San Martín con gran brío presuroso,
Dadas todas las velas viene al viento,
Mas otras dos galeras sin reposo
Con toda nuestra armada en seguimiento.
Ya el enemigo fuerte, impetuoso,
Procura de poner en salvamento,
Ya las naves que en tierra están guardadas
Pensaban ser de hispanos saqueadas.

Catorce ó quince vasos, que franceses
Tenían que habían robado, les ganaron,
Y otros vasos de isleños portugueses
Los de nuestras galeras saquearon.
Y atrincherados bien con sus paveses,
Hasta el muelle de tierra no pararon,
Sin haber gente alguna que resista
Su entrada, ni por ellos no fué vista.

Los del campo que esperan recogerse,
Y ven que las galeras han entrado
Sin peligro ninguno ni hombre verse,
Han la verdad del hecho imaginado.
Ya cierran con la tierra, ya á extenderse
En la ciudad empiezan, ya le han dado
El asalto, sin que hallen criatura
Que toda se había ido á la espesura.

Al mismo punto manda renovasen
El bando, y no se robe templo alguno,
Lo demás libremente saqueasen
Por tiempo de tres días cada uno.
También mandó las casas no quemasen,
Ni en hacer fuerza nadie sea importuno,
Declarando la vida era la pena
En que luego al culpado le condena.

Después dijo á Don Pedro que tomase
La conquista á su cargo, y luego fuese
Al Fayal y San Jorge, y lo allanase
Y á la Graciosa y Pico redujese
A nuestro bando hispano, y perdonase
Culpados, ó castigue al que quisiese,
Y así para contarlo, prevenirme
Quiero, y al otro Canto apercibirme.

CANTO OCTAVO.

QUE TRATA DEL SACO DE ANGRÍA Y LA IDA DEL DUQUE DE FERNANDINA, Y LAS GALERAS Á CONQUISTAR EL FAYAL, Y LAS DEMÁS ISLAS REBELDES Y DE CÓMO ROMPIÓ AL ENEMIGO.

Yo no escribo en mi historia vanidades,
Ni ficciones de hechos encantados,
Ni fabulosos cuentos, ni maldades,
Para traer lectores desvelados;
Mas pintadas al vivo las verdades,
Diciendo cómo el Duque y sus soldados
Hicieron la jornada y rica empresa
Do se arruinó el poder de la francesa.

Bien sabéis el trabajo en que dejamos
Al Conde Don Manuel que iba embarcado,
Y ahora diré aquí, porque entendamos
Lo que en su embarcación había pasado:
No es suceso tan leve que podamos
Pasar tan presto á cuento desdichado,
Porque justicia fué justa del cielo
Para evitar escándalo en el suelo.

Ya tengo dicho aquí que navegaba
En derecho el Fayal con diligencia;
Por ir con pena tanta no miraba
Lo que tiene delante su presencia;
Cuando gritó el piloto se anegaba,
Diciendo:—«Conde, aquí hace resistencia,
Que á fondo se va el barco sin ventura
Teniendo abierta toda una costura.»—

El agua iba al de Silva echando fuera
Haciéndole dar vuelta al timonero,
El barrilambre arroja á la ligera,
Hace el barco quedar, que era velero,
Diciendo:—«Mundo vil, quien en ti espera,
Pierde la honra y ser de caballero,
Pues vine por gozar sólo este mundo,
Haber de perecer al mar profundo.

¿Cuánto mejor me fuera y más honroso
Morir donde murió tanta nobleza,
Y que no me imputaran de medroso
Diciendo que lo hice de flaqueza;
Y así decir lo hiciera por reposo
Tener, y asegurada la cabeza,
Aunque el parlero vulgo me culpara,
Ya con la vida todo se pagara?»

Con peligro harto vino hasta meterse
El Conde sin ventura dentro en tierra,
En la isla descansa ya de verse,
Teniendo por regalo cualquier guerra;
La mar no quiere ver por no perderse,
Cuando oyó á grandes voces decir:—«Cierra!
¡A ellos, españoles, al atajo!
¡Procurad de pagarles su trabajo!

De allí volvió á gran prisa á do avisara,
Como en San Sebastián fué el rompimiento,
En la ciudad de Angra adonde entraba,
Diciendo el doloroso y grave cuento;
También dijo que el campo enderezaba,
El Marqués á la tierra con intento
De pasar á cuchillo cuantas gentes
Hallase, hasta los niños inocentes.

Por eso la ciudad desamparando
Se van todos huyendo al mato espeso:
Niños, mujeres, viejos, van llorando,
Siguiendo al causador de este suceso:
Otros en monasterios se encerrando
Buscan su salvación, otros en peso
Llevan hacienda é hijos, temerosos
De topar los contrarios victoriosos.

Esta fué la ocasión por donde hallamos
La tierra tan vacía y despoblada,
Que criatura alguna no encontramos
Fuera de la que estaba encarcelada;
Y como su prisión le preguntamos,
La gente respondió regocijada:
«El piadoso Dios por tu clemencia
Revocó del mal Conde la sentencia.

Sabed, ilustre gente, que seguimos
Todos el apellido y bando Hispano,
Y como nuestro pecho descubrimos,
Nos vino á descubrir algún villano;
Mira la horca ya que hecha tuvimos,
Y la sentencia dada por la mano
Del Conde, sin remedio ya de muerte,
Si no lo remediara el Marqués fuerte.

Todo lo remedió como discreto,
Y también puso guarda en los sagrados
Templos y monasterios, y en secreto
Se informó de los hombres más culpados;
Y por mejor ponello por efecto,
En siendo los tres días ya pasados
Del saco, recoger mandó su gente
Mostrándose á juntarla diligente.

Ya tendréis en noticia que encargado
Tiene el Marqués al Duque la jornada
De las rebeldes islas, do ha mostrado
Su ánimo por él siendo aceptada;
También os contaré que ha procurado
Que le sea la gente señalada,
Poniendo diligencia á la dudosa
Y venida contienda peligrosa.

El saco ya cumplido, aquella tarde
Don Pedro mandó luego recogerse
Toda la gente al punto sin que aguarde
Ni prolongue ya más lo que ha de hacerse:
Después que hizo de todo junto alarde,
Empieza por el vulgo de extenderse,
La ida del Fayal y las banderas
Hacerlas embarcar en las galeras.

Vimos á veinte y nueve con la escura;
Anda en mayor tropel la embarcación,
Porque el Duque muy mucho lo apresura
No consintiendo en cosa dilación:
Las galeras apresta con cordura
De todo bastimento y munición,
Y aquella misma noche fué á embarcarse
Sin más querer un punto prolongarse.

A nuestra Capitana iba de España
Con diez hijos de Grandes de Castilla
De con grande placer, industria y maña
Se saludan con gozo á maravilla:
Retumba la ciudad, mar y montaña,
Con que su embarcación hace sentilla,
A do esperó otro día, sin poderse
Hasta más de las diez de allí moverse.

Estándose hasta entonces recogiendo
Tudescos y españoles brevemente,
A la furiosa guerra apercibiendo,
Lo que era necesario y conveniente:
A las galeras todas advirtiéndolo
Su derecho viaje, no consiente,
Que haya prolongación más un momento,
Antes les hace dar velas al viento.

Españoles dos mil lleva escogidos,
Y alemanes trescientos temerarios,
Y todas las galeras do metidos
Iban gran muchedumbre de corsarios,
Pataches y pinazas, busca-ruidos,
Le siguen donde había de reinos varios
Hombres que, de sus patrias desterrados,
Andaban por ser bravos desgarrados.

Desde allí fué á San Jorge y tomó tierra
Luego el siguiente día, á do le vieron
Venir: salen de paz, no quieren guerra,
Y con humildad todos pidieron
Haya misericordia, pues se encierra
En él tan gran valor, y así vinieron
Allí delante de él puestas las manos,
Rogándole que mire son cristianos.

No mira ya aquí el Duque en lo pasado
Ni conforme su culpa hace justicia,
Que perdón general les ha otorgado,
Aunque no lo merece su malicia;
Pues tan injustamente rebelado
Se habían contra el Hispano con codicia,
De tener cada día novedades,
Buscando guerra, bandos y maldades.

Cuando hubo mirado el fuerte asiento
De la fuerza y la tierra, y sus entradas,
Luego disparó á leva con contento,
Do fueron las galeras aprestadas:
Por la necesidad que había de viento,
De fuerza iban de remos ayudadas,
No consintiendo un punto se parasen,
Según tenía el deseo que llegasen.

Tanto era lo que el Duque allí procura,
Que á la vuelta de tierra leven vía,
Que navegando el Marqués con la oscura
Noche y al descubrir el claro día
Divisaba el Fayal y le asegura
Con un pataj, que luego les envía,
Para que aquella gente le pidiese
Aviso y relación y se volviese.

Y por no saber cierto si la tierra
Era de nuestra parte ó rebelada,
O si estaba de paz ó quiere guerra,
O si era de enemigos saqueada,
O si desembarcándose lo hiciera,
O si el francés tenía allí su armada,
Quiso el Duque que fuese aquel pataje
Al Fayal á llevarle su mensaje.

Con un hidalgo envía lusitano
Muy servidor del Rey á interrogarlos
Que no sigan la voz más del tirano,
Y en todo lo que cumple aconsejarlos,
Y que no se resistan, que es en vano,
Porque Don Pedro quiere perdonarlos,
Rogando tantas muertes les eviten,
Y de aquel mal propósito se quiten.

A la tierra llegó y dió la embajada
A los dos capitanes, que en defensa
La tienen por el Conde encomendada,
No creyendo le harían por ello ofensa:
Mas apenas por él fué relatada,
Quedando de decirla ya suspensa
Su atrevida lengua, cuando Sosa
Le diera una estocada peligrosa.

Antonio Guédez Sosa, el portugués,
Fué el capitán que hirió al mensajero
En presencia de Carlos, un francés,
El otro capitán, su compañero,
Que también le acudió con un revés,
Y así de muerte el noble caballero
Quedó por este modo mal herido,
Sin al Duque avisar lo sucedido.

Mas como considera que tardaba
El mensajero, estaba receloso,
Que el sucedido mal ya recelaba:
Al asalto se apresta presuroso;
Los capitanes junta y los llamaba
Dentro de su Capitana el valeroso,
Y sin mostrar en sí algún movimiento,
Les vino á declarar todo su intento.

—«Pues aquí estamos juntos, justa cosa
Será que brevemente yo declare
Lo que la mano fuerte y poderosa
Está obligada á hacer, mientras durare
La vida; es emprender la peligrosa
Y más ardua ventura que se hallare,
Como nuestros iberos nos dejaron
La fama y claros nombres que ganaron.» —

Prosiguiendo Don Pedro en breve suma,
Nos dice:—«Valerosa infantería,
Conviene que esta gente se consuma
Mostrando nuestro esfuerzo y valentía,
Que puesto que el francés aquí presuma
De su mucha pujanza y se confía
En su poder, á veces es engaño,
Y el que piensa vencer recibe el daño.

Ya sabe cada uno á qué le obliga;
No tengo que decir ni encarecer
Sino con su valor y esfuerzo siga
A mí, que estoy muy presto á enriquecer
Con triunfos á la cara patria amiga,
Haciendo nuestros brazos florecer,
Quién somos, nuestros nombres, casa y tierra,
Y la grande virtud que España encierra.

Y si lo que quisiera no he podido
Decir de nuestra patria claros hechos,
Las cosas que con honra han emprendido
Mostrando en los trabajos duros pechos;
Por donde su gran gloria ha merecido
Causar á otras naciones mil despechos,
Famas, lauros, nos siguen intereses
Poniendo en rompimiento estos franceses.»

Replica el de Toledo:—«Ea! belleza
De la hazañosa España, que esto es hecho:
Que mostraréis el ánimo y braveza
Con vuestro generoso y fuerte pecho;
¿Qué baluarte, foso ó fortaleza
Habrá que en vil ceniza muy deshecho
No quede sólo en ver el brazo fuerte
Con que al mundo amenaza á cruda muerte?»—

¡No hay más prolongación! ¡España, cierra!
¡Cierra, Santiago! ¡cierra, España!
¡Rompe el furioso mar, hunde la tierra!
¡Pone fuego á lo llano y la montaña!
¡Pone definición presto en la guerra!
¡Crezca el coraje, brío y la gran saña!
¡Cántese hoy en el orbe el triunfo y gloria!
¡Adelante, que es nuestra la victoria!»—

Y en su esquife al agua se ha arrojado
Don Pedro al crudo asalto apercibido,
No queriendo en galera ir embarcado
Ni de ningún reparo guarecido;
Sólo de diez ó doce acompañado
Va el caballero osado y atrevido,
Hijos de Duques, Condes y Marqueses,
Por quien se aniquilaron los franceses.

Sin más réplica, luego que cerrasen
Con la tierra, mandó, y la delantera
La tomó porque todos se animasen;
Mandando Agustín Iñiguez que hiciera
Con brevedad los barcos que abordasen,
Antes que el enemigo lo sintiera:
Y él apenas su barco hubo abordado,
Cuando al punto en la tierra se ha arrojado.

El osado francés que alerta mira
Aquel barco do vió el impedimento
Que tuvo, á él arremete vuelto en ira
Do á muerte le amenaza y cruel tormento;
Y con gran crueldad le hiere y tira,
Mostrando su dañado y mal intento,
Contra el osado barco: que si fuera
A todo el mundo junto no temiera.

Andaba la resaca por el cielo
Por la parte que el Duque la asaltaba,
Y era tan peligrosa que en el suelo
Ni ningún hombre tal cosa recelaba:
Esto causó al contrario desconsuelo,
Y más con el valor que se arrojaba
Un español tras otro, sin temerse
De los que se ve anegarse allí ó perderse.

Don Pedro en este tiempo con presteza
Apercibe su gente, y la recoge:
Mostrando su virtud y fortaleza,
No teme que en el mundo hay quién le enoje;
Y asina hacia el contrario se endereza,
Sin que el ánimo un punto se le afloje,
Aunque le daba á muchos cruda muerte
El francés enemigo ende su fuerte.

Gran lástima le daba y compasión
Ver cabe sí tendida tanta gente;
Mas con su mucho ser y discreción,
Como el hombre sagaz y tan prudente,
Mostraba á todo arduo corazón,
Fingiendo que no es nada allí al presente,
Y correr con su espada y su rodela
A resistir la entrada que recela.

El francés, que sintió el impedimento,
Comienza con pujanza á disparar,
Haciendo lo que puede por su intento,
Cumplir, que era contino de llegar
Al desembarcadero; mas fué cuento,
Porque fueron los nuestros á estorbar
También su pretensión, ¡loca atrevida!
Que rotos los pusimos en huída.

Las trincheras dejaron por salvarse
Los del bando enemigo, y van huyendo,
Viendo que era imposible el defensarse,
Según con el valor que acometiendo
Les van los españoles, por vengarse;
Y aun allí adonde van, les van hiriendo,
Con arcabuces, piedras y con flechas,
Que hacia su batería iban derechas.

Sabed que por la parte que asaltaron
Los nuestros, por ser fuerte la dejaban
Los isleños, que nunca imaginaron
Que por allí ningunos se arrimaran;
Aunque después en sí de esto acordaron,
Y unas fuertes trincheras fabricaban,
Para que desde allí nos resistiesen
En tanto que los suyos acudiesen.

Más como con tal ímpetu embestidos
Fueron de nuestra parte á la salida,
Y tan terriblemente combatidos,
Muy presto se pusieron en huída:
No esperan ya que en breve socorridos
Serán, que cada cual salvar la vida
Pretende y correr hasta encerrarse
Entre su patria y gente, por salvarse.

Los nuestros que seguir el Galiano
No dejaban, formado su escuadrón,
Subiendo á una alta cumbre en un gran llano,
Mostrando su invencible corazón,
Vieron venir al fuerte Lusitano
Haciendo de sí muestras de león:
Deteniendo su gente se apercibe,
Y con muchos balazos nos recibe.

Allí escaramuzamos un gran rato,
Muriendo de la una y otra parte
Alguna gente, sin que el pueblo ingrato
Algo de su pujanza un punto falte;
Don Pedro, que en mirar el desacato,
Andaba, resistiendo su combate,
Haciendo de sí cosas, que poderlo
Será imposible aquí yo encarecerlo.

¿Quién hoy pudo en el mundo señalarse
Como Luís de Guevara, que en llegando
Le ví yo por mis ojos arrojarse
Al agua, do salió de ella nadando,
No con poco peligro de ahogarse,
Que gran rato así anduvo trabajando;
Y entre todos tomó la delantera
Como lo había llevado en la Tercera?

Juan Fernández de Luna iba que al viento
Con la espada en la mano y su rodela
Al cuello, le tenía hecho asiento,
Y en matar los contrarios se desvela.

¿Mas quién podrá contaros cuán sangriento
Iba Diego de Oviedo en la pelea,
Y el capitán Vivanco y Pedro Pardo,
Que cada cual se muestra muy gallardo?

Flores, el capitán, se mostró allí,
Y el fuerte Juan Alonso de Espinosa,
Y aquel Vicente de Castellaní,
Con bravura increíble y espantosa:
De aquello cada cual mostraba en sí
Su subida bondad maravillosa,
Y la extraña osadía de su pecho,
Solo para sufrir trabajos hecho.

Gaspar de Castro herido y animoso
Andaba en la conquista del Fayal,
Aunque antes el contrario temeroso
Estuvo en la Tercera en villa tal.
Gutiérrez Campuzano sin reposo,
Por los contrarios entra haciendo mal,
De suerte que de ver jugar su espada
La isleña gente está aterrorizada.

Luego á los enemigos acomete
Diego Valiente y con furor se arroja;
También Don Juan de Córdoba se mete
Cubierto de acerada y fina hoja.
A Coloma cercaron seis ó siete,
Mas véngase muy bien de quien le enoja,
Hunde cabezas, corta pies y manos
De los desventurados iusitanos.

Manesa y el feroz capitán Prada
Matan gente que á todos causa espanto,
Mas adonde Don Juan de Acuña andaba
Era el ver tantos muertos gran quebranto.
¿Mas quien al capitán Rocha miraba?
Maravillado estaba tanto y tanto,
Que decía:—«Razón es que se asombre
De ver lo que aquí hace solo un hombre.»—

Zárate á esta sazón contempla y mira
A lo que está un alférez obligado,
Y reinando en su pecho acerba ira
En el mar cavernoso se ha lanzado,
A do el feroz francés le hiere y tira
Y un botazo de pica le ha alcanzado:
Sin ser de los contrarios tiros parte
El cuerpo le pasó de parte á parte.

Don Bernardino Mira de Mendoza,
Que para señalarse es coyuntura,
Con el contrario cierra y le destroza
Sin recelo tener de la ventura.
Este del francés brazo el que más goza
Es, y el que está más puesto en estrechura,
A San Juan, el hispano, allí apellida,
Que de su Cruz un punto no se olvida.

Salamanqués había allí llegado
Con Cristóbal Castrillo, que profesa
El uno y otro hacer un señalado
Hecho, ó que han de morir en esta empresa.
Y asina un punto solo no han parado,
Que su promesa cumplen, y no cesa
El ir sin resistencia haciendo un lago
De la sangre enemiga y grande estrago.

Francisco Ortiz camina, y Don Francisco
De Valdés al combate, adonde dieron
La muerte á dos contrarios en un cisco
Que á defender el paso se pusieron.
No fueron parte balas ni el pedrisco
Para se contentar con lo que hicieron,
Que no puedo dejar de formar cargo
En no escribir sus hechos de estos largo.

No los golpes que dió con el tridente
 Neptuno, aquel planeta soberano,
 Ni los que dió la saguntina gente,
 Deteniendo Anibal fuerte y ufano.
 Ni conoció la fama en el Poniente,
 Otra más belicosa y recia mano
 Que la de Agustín Iñiguez, que daba
 Golpes, que al feroz galo amedrantaba.

Solo por su persona peleando,
 Llevando la vanguardia y delantera,
 Le ví yo al Duque allí escaramuzando,
 Arrimarse el primero á la trinchera
 Que tiene el enemigo y francés bando:
 La cual, á su pesar, dejar le hiciera
 Con pérdida de gente vergonzoso
 Retirándose al fuerte presuroso.

En siendo en él al punto se repara,
 Estando allí muy bien atrincherados,
 A do toda la gente se juntara
 A morir ó vencer determinados.
 Y viendo nuestro campo que no para,
 Antes con más furor enderezados,
 Vienen acometiendo hacia su fuerte,
 Les dijo Antonio Guedez desta suerte:

—«No conviene tener nadie recelo
 En ver que el enemigo aquí ha podido
 Llegar, que es permisión del alto cielo
 Para que quede más enriquecido
 Nuestro triunfo por todo el ancho suelo,
 Mucha más gloria habiendo merecido:
 Diciendo como aposta les dejamos
 Saltar en tierra, á do los castigamos.»—

Y con sobrado esfuerzo y buen semblante
 Los suyos con presteza concertaba,
 Poniéndoles por premio de delante
 Lo que en tener victoria resultaba.
 Diciendo:—«Amigos míos, no os espante
 El horrible rumor que resonaba,
 Morir, dando á entender vuestra virtud,
 Y no viváis en pobre esclavitud.»—

Al tiempo que el tirano esto decía,
El valeroso Duque está entendiendo
En llamar á su gente, á do le hacía
Una larga oración, encareciendo
Lo mucho que cada uno merecía
En seguir su estandarte á Dios sirviendo,
Que confíen en El clara victoria
En la vida, y en muerte eterna gloria.

Y con esto las cajas desonaban;
También trompetas, pífanos se oían;
Banderas, estandartes despleaban,
Y las doradas armas relucían.
Cuando el un campo y otro se juntaban
Y con sobrado esfuerzo arremetían
Isleños y franceses de una parte
Y de la otra el furor del fiero Marte.

Los nuestros sin reparo andan tendidos,
Siguiendo al enemigo atrincherado,
Mostrando de españoles atrevidos
Hechos hasta caer con gran cuidado.
Pues el bando francés, que de escogidos
Varones todo estaba acompañado,
Nos resiste con mucha fortaleza,
Sin conocerse en él haber flaqueza.

El humo, tiros, golpes más se aumenta;
La yerba verde, vuelta en el sangriento
Color, ya entrambos bandos acrecienta
Los ánimos, valor al vencimiento:
Aquí Marte su esfuerzo representa;
La discordia también hizo su asiento,
Pues vemos con más fuerza redoblando,
Estarse España y Francia destrozando.

Cuál queda con un pie, cuál muy deshecho,
Con su carne vacía el escuadrón,
Y á quién la sutil bala pasa el pecho,
Y á quién haciendo muestras de león,
Va para su contrario muy derecho,
Y quién de pura fuerza sin razón,
Defiende que hombre alguno no le pasa,
Y al que por pasar porfíe, le traspasa.

La iberá sangre por las venas salta,
Y la galia también se repartía,
El campo verde de color se esmalta,
Que de una fina grana parecía:
Al isleño ningún temor le asalta,
Que cual oso ó león se defendía,
Cuando se ve cercado de monteros,
Que en el herir son prestos y ligeros.

Los franceses con esto más le aquejan
A Don Pedro y su gente, que venganza
Prometen de su patria y nunca dejan
De tener muy cumplida confianza:
Que es la victoria suya, aunque se quejan,
Por ver la suspensión, y haber tardanza
En victoria que está tan conocida,
Consintiendo esté tanto detenida.

Pensando esto, con furia se arrojaron
Los osados franceses con gran brío,
Adonde por los nuestros le atajaron
A todos su dañado desvarío,
A do muchos hirieron y mataron:
Allí veréis la fuerza y poderío
Que la gente de España y su cabeza
Mostraron este día y fortaleza.

Pues como el Duque andaba combatiendo
Con el feroz francés, y le aquejaba
El francés que su daño está entendiendo,
Que ya el mal venidero recelaba;
Un mensajero envía, en que pidiendo
A sus gentes favor, los avisaba
La necesidad grande en que está puesto,
Que vengan sin tardar y sea muy presto.

Apenas fué llegado y dado aviso,
Cuando del mismo fuerte allí se apresta
De la gente más noble y que ella quiso,
Treécientos hombres, y ellos la respuesta.
Le traen con el socorro en un proviso,
A do con las demás toda fué puesta,
Y en llegando, con brío tornan luego
A encenderse con saña más el fuego.

Luego con el socorro que le ha entrado,
Tornado habían de nuevo á reforzarse,
Y contra nuestra gente han disparado
Muchas piezas, y empieza á señalarse,
Y tras la artillería nos ha dado
Dos ó tres rociadas, sin pararse,
Do tanto nos vinieron acosando,
Que el mundo parecía estar de su bando.

Muchos soldados nobles, si pudiera
Hacer mención de todos, me obligaban
A que sus nombres y hechos se entendiera,
Pues con tan gran cuidado procuraban
La victoria este día, que quisiera
Decir con el valor que peleaban
Y quién sigue á Don Pedro á la contina
En cualquiera peligro que imagina.

De todos es común y cierta cosa,
Ver á tres caballeros que entendieron
Que era cosa encantada ó milagrosa,
Según con el furor que acometieron,
Y con mano tan fuerte y poderosa,
Tanto en el enemigo se metieron,
Que hasta dentro su fuerza no pararon,
Con que más admirados nos dejaron.

Claramente después ser descubrimos
El uno el joven Don Antonio Enrique,
Y al otro por la vista de ojos vimos
Ser el bizarro y bravo Don Felipe
De Córdoba, que bien le conocimos,
Y adelante viene Don Juan Manrique
De Lara, que los tres son de un paraje,
Igual en calidad, ser y linage.

Don Miguel de Cardona y Don Gonzalo
Caravajal andaban el asalto
Apresurando en contra el fiero Galo,
Mostrando cada cual su valor alto:
Ningún peligro temen ni intervalo,
Porque si yo pudiera escribir tanto
Como hicieron los dos, aunque sea en suma,
Me conviene extender largo la pluma.

También Pablo Durango se metía
En la pujanza de los enemigos,
Y Don Diego de Zúñiga venía
Con el que siempre fueron muy amigos.
El uno y otro daño tanto hacía
De que bien son los gálicos testigos,
Y el que ase Bustamante de Herrera
Le hace que á sus piés espire y muera.

De Borja Don Francisco, y Don Fernando
De Toledo y Meneses no paraban
Por un cabo y por otro destrozando,
Con Don Juan de Granada siempre andaban,
Persiguiendo al contrario y fuerte bando;
Todos juntos allí se acompañaban,
Dándose á conocer por do acudían
Con hechos que contarse no podían.

Juan Fernández Galindo de Quiñones
Más que sañudo tigre salta y llega
A do los baluartes y cestones
Están guardando aquella gente ciega.
Y ven lanzarse á do las dos naciones
Están trabadas en mortal refriega,
Al buen Martín de Santos, cuyo pecho
Le pareció aún no estar bien satisfecho.

Pues con el valeroso general
Duque de Fernandina no hay segundo
A quien yo le compare, porque mal
Será darle su igual, que el ancho mundo
No tenía hasta hoy criado esfuerzo tal,
Y asina con los suyos furibundo
Se muestra, y persiguiendo al enemigo,
Haciendo un ejemplar y gran castigo.

Las galeras que ven la escaramuza
Tan reñida y trabada, y reparados
Los franceses, y que una escuadra cruza
Por dividir y herir nuestros soldados;
Y que la artillería desmenuza
Los nuestros, por andar desabrigados;
La vuelta de la fuerza toman presto
Y de frente el contrario se le han puesto.

Do tuvo tanto efecto el disparar
De una galera nuestra, que asestando
Una bala al contrario, le fué á dar
En medio aquella escuadra, que cruzando
Venía, y cinco ó seis fué á arrebatár,
Por donde á espaldas vueltas van volando,
Viendo llover aprisa tantas balas
Quisieron por salvarse tener alas.

Y como de la mar la artillería
Jugasen las galeras, y el alcance
Apresúrase nuestra infantería,
No hay francés que no corra y se abalance
Dentro de su castillo, á do entendía
Que algún partido habría, concierto ó trance;
Otros dejan la tierra, y la montaña
Toman, por no topar gente de España.

Cual gente que en el campo anda esparcida
Haciendo su trabajo sin recelo,
Que la lluviosa nube les impida
La resplandor del sol y claro cielo.
Cuando soplando Bóreas de corrida,
Los trae y pone delante un negro velo,
Granizá, hostiga, llueve y apedrea,
Do guarecerse corren á su aldea;

Asina va la Francia; que no espera
El un hermano al otro ni detiene;
Miran que no hay defensa que esté entera
Y que el bravo contrario aprisa viene.
Su manifiesta pérdida sea vera,
Y ven que el pago justo Francia tiene,
En querer sustentar el bando y voz
En contra el español fuerte y feroz.

Mas nuestros españoles no pararon
Quebrantando cabezas, brazos, huesos,
Á do muchos contrarios alcanzaron,
Y algunos de piedad tomaron presos.
Otros su atrevimiento castigaron,
Haciéndoles saltar ojos y sesos
Con muchos de arcabuces y á pedradas,
O alabardazo, pica ó con espada.

Con esto fué la gente retirada
 De do estaban metidos en pelea,
 Y dióse al retirar tal rociada,
 Que no hay persona alguna que tal crea.
 Andaba nuestra gente algo cansada:
 Luego el Duque mandó que se provea
 Lugar donde se curen, más yo quiero
 Apercibirme al Canto venidero.

CANTO NONO.

EN QUE DECLARA QUE EL DUQUE ESCRIBE UNA CARTA Á LOS DEL
 FUERTE, Y LOS DESARMA Y PERDONA, Y DE LA JUSTICIA QUE HIZO
 Á ANTONIO GUEDEZ DE SOSA, Y DE LA VUELTA QUE DIÓ Á LA
 TERCERA CON LOS FRANCESES DEL FAYAL.

No es hombre de razón quien no la quiere,
 Ni amigo de justicia el que la niega,
 Y aquel que la verdad siguiendo muere
 Y en ficciones su gusto no se anega:
 Justo pueden llamar lo que viviere,
 Siendo cosa tan justa lo que alega,
 Pues siguiendo verdad, razón, justicia,
 Hará que se aniquile la malicia.

¿A dó podrá guiar un hombre ciego
 Que en muy corto camino no tropiece,
 Pues el que vacilando anda en el fuego,
 De interés y codicia al fin perece?
 ¿Que parte es la promesa larga, ó ruego
 A ser contrario yo á quien me parece,
 Que todo cuanto pide es de derecho,
 Y que serle contrario es muy mal hecho?

No tienen los isleños que engañarse
 Creyendo cuentos largos y excusados,
 Ni á Francia apellidar, ni menearse,
 Ni resistir de España sus soldados,

Ni por sus enemigos señalarse,
Mostrándose á sus flotas enojados,
Procurando contino perseguirlos,
Pensando con traiciones consumirlos.

El alcance siguiendo y la victoria
Dejé al bando español á mucha instancia,
Para poder gozar del triunfo y gloria
Que Iberia hecha á gozar está de Francia:
Renuevan la antiquísima memoria
Con ver hecha al presente tal ganancia,
Que creo tener otra ¡fué imposible!
Antonio ni su hermano el claro Endible.

No pararon los nuestros hasta el fuerte,
Do en estrechez tanta los pusieron,
Que no sienten los golpes ni la muerte,
Y así como perdidos se metieron
Para esperar la buena ó mala suerte,
Y poco á poco allí se recogieron,
Sin pensar resistencia hacer alguna,
Si no era encomendarlo á la fortuna.

Y en contorno la tierra y fuerte muro
Diciendo ¡Santiago! se animaban,
Mostrando cada cual el pecho duro,
Los nuestros el asalto apresuraban:
Mas gritando el francés pide seguro,
Viendo cómo en la fuerza se le entraba,
Y el Duque, conmovido á compasión,
Nos hizo retirar de la ocasión.

Diciendo:—«La más gloria y vencimiento
Es siempre el vencedor usar clemencia
Con el vencido aflicto que en tormento
Le tiene su desgracia y su dolencia:
Bástale su trabajo y descontento
Sin ser tan ejecutiva la sentencia:
Afuera; ilustre España, que yo quiero
Hacer como español y caballero.

Enviando una carta, y si acordaren
De cumplir lo que en ella les pidiere,
Y todos mis partidos aceptaren;
Decid ¿qué vencedor más gloria quiere?

Y si en alguna cosa discreparen,
 Podrá cada uno hacer lo que quisiere,
 Y así, tomo papel y escribo al fuerte
 A Carlos una carta de esta suerte:

*Carta del Duque de Fernandina al capitán Carlos, y los
 demás que estaban en el fuerte del Fayal.*

«Escríboos, valerosos
 Soldados de la Galia, porque os veo
 Estar ahí temerosos,
 Sitiados, y así creo
 Que de la libertad tendréis deseo:
 No he hecho dar asaltos,
 Ni daros batería he consentido,
 Que no es de pechos altos
 Mostrarse encrudecido
 Quien tiene á su enemigo ya vencido.
 A mí propio da pena
 Sentir que estáis penados y afligidos;
 Mas conveniencia es buena
 Cuando honrosos partidos
 Hacen que se liberten los vencidos:
 Daréisme este castillo,
 Pues sabéis que venganza no procuro;
 Ni yo me maravillo
 De lo hecho, ni curo:
 Antes con mi palabra os da seguro.
 Que cuando ya entregado
 Me hayáis la fuerza, todos libremente
 Váis do vuestro grado
 Quisiere, sin que gente
 Os ponga á vuestra ida inconveniente:
 Dejarme héis las banderas,
 Y habéis de salir todos desarmados,
 Porque os juro de veras
 Que tengo mis soldados
 A cualquiera ocasión aparejados.

No penséis que dudosa
Tengo ninguna cosa la tomada,
Ni muy dificultosa
Será de mí la entrada
Si el concierto que digo no os agrada:
Así estaré esperando
Por espacio de una hora la respuesta,
Y lo justo mirando,
Yo sé que será presta,
Pues mi pretensión es justa y honesta.»

Viéndose los franceses tan perdidos,
Y el partido que el Duque les hacía,
Y que no eran de nadie socorridos,
Carlos, su capitán, lo concedía,
De salir desarmados y rendidos,
Solo el portugués fuerte les decía:
—«¿Cómo podéis, franceses, hacer cosa
Tan niquilada, vil y vergonzosa?

Mirad quién Francia fué, y en la estrechura
Que fué puesta mil veces por paganos,
Do los hechos que hicieron hasta hoy dura,
Y los leen, por ejemplo, los cristianos.
Pues no os incite hacer la desventura
Deshonra á nuestra patria y lusitanos:
Que del varón ilustre la nobleza
Es en solo mostrar no haber flaqueza.

¿Hay más desventurada y triste muerte
Que un hombre traer tras sí tan dura carga,
Que para desecharla no haya suerte,
Ni lo remedie ser la vida larga?
Cada uno resista y guarde el fuerte,
Si no quiere gustar la afrenta amarga,
Que de cualquier concierto claro espera,
Pues ver tiene arrastrando su bandera.

Más vida nos será morir haciendo
Cosas que nos envidien, que excusar
El combate, partidos concediendo,
Para toda la vida mal pasar.

Yo os ruego que muramos resistiendo
Cada uno su puesto y su lugar,
Pues nos obliga á hacer en este punto
Resistencia si fuera al mundo junto.»—

Unos dicen que sí, otros no quieren;
Otros dicen:—«Al campo respondamos,
Y si lo que quisiéremos no hicieren,
A cualquiera peligro nos pongamos.»—
Otros dicen:—«Verán los que vivieren
Cómo nuestro morir justo buscamos,
Pues el concierto hacemos que se tarde
Y al Duque sin propósito que aguarde.»—

En este turbulento concertaron
Que Carlos, el francés, hable por todos,
Y en esto últimamente conformaron,
Aunque el concierto fué por muchos modos.
Bien que los portugueses lo aceptaron,
Mas fué ver por la lluvia el haber lodos,
Y que si no vienen á concertarse,
Que no podían entre ellos remediarse.

Así Carlos al Duque pide oírle,
Y que una justa cosa le conceda,
Encareciendo lo hacer por servirle,
Y que se lo promete en lo que pueda.
No dejaba Don Pedro de sentirle,
Que le dice:—«Francés, mi gente queda
Haré, y que esté la guerra en suspensión,
En tanto que digáis vuestra intención.»—

—«Señor, dijo el francés, testigo el cielo
Me es que en esta parte no he entendido,
Ni de mi el bando hispano haya recelo,
Porque es levantamiento conocido.
Y que cualquiera mal y desconsuelo
Que venga, le ha el isleño merecido,
Porque si mi consejo aquí tomaran,
La isla, por tus cartas, le entregaran.

Puesto que no se hizo, es tiempo ahora,
Conforme á lo que escribes que te duele
Ver aflita esta gente pecadora
Usar por vía alguna se consuele.

No porque esté la tuya vencedora
 Quieras que así atropelle y nos asuele,
 Que si el partido es con vida muerte
 No queremos partido de esa suerte.»—

Respóndele Don Pedro:—«¿Habéis leído
 Lo que envié á decir sobre este caso?»

Carlos le dice:—«Sí, y ese partido

A nosotros no cumple ni hace al caso.»—

—«Pues desde aquí, francés, yo me despido,

Le replica Don Pedro á largo paso:

Tiradme y defended bien, que esta torre

Os ganaré si el mundo os la socorre.

No por Don Pedro aún bien se pronunciaban

Las palabras que á Carlos respondía,

Cuando nuestros soldados disparaban,

Que Ñiguez tener no los podía.

Los franceses también se defensaban

Que en otra cosa allí no se entendía,

Porque no había soldado que no andase

Cual si la guerra entonces se empezase.

Ellos un punto solo no pararon,

Porque su artillería se jugaba

De tal suerte, que muchos nos dañaron

Y mil veces al arma se tocaba.

Más bien de sus trabajos les pagaron,

Porque del escuadrón se disparaba

Arcabucería tanta y de tal arte,

Que isleño no asomaba al baluarte.

Ya tornaban los nuestros á meterse

De tropel en la fuerza, con intento

De ganársela al punto ó de perderse,

Sin esperar ya más detenimiento.

Allí se vieron hechos, y atreverse,

Que más parece cuento soñolento,

Que relación de historia verdadera

Decir á lo que un hombre se pusiera.

Los iberos entraran con presteza,

Sino que el francés grita al Duque y llama

Diciéndole:—«Detén, que es más nobleza

Remediar cuanta sangre se derrama.

No se ejecute aquí tu fortaleza,
Que antes con la clemencia, lauro y fama
Se gana, si el vencido se perdona,
Gozando por el dón mayor corona..

Lo que hasta aquí has pedido te aceptamos,
Y todo cuanto quieras concedemos,
Ni arma ni bandera reservamos,
Pues resitirnos más ya no podemos.
Manda apartar la gente que bajamos,
Y debajo tu amparo nos ponemos.» —
Don Pedro los concede y los recibe
Y del hecho placer en sí concibe.

Por su cuenta salieron uno á uno,
Dando las armas todos que tenían,
Sin que se reservase hombre ninguno,
Según como el concierto hecho tenían:
Mas Don Pedro que vió tiempo oportuno,
A los hombres que aquel oficio hacían,
Las espadas mandó que les dejasen,
Sin que ninguna alguno le quitasen.

Sabed que Antonio Guedez, viendo el hecho
Que hicieron los franceses concertados,
Con suspiros amargos rompe el pecho,
Por ver que es el mayor de los culpados:
Y estando de su error tan satisfecho,
Pone en salvarse todos sus cuidados,
Y al último remedio fué acordar
De arrojarse al profundo y bravo mar.

Ventura tuvo harta en no perderse,
Siendo el peligro tanto en que se puso
El animoso hidalgo, por no verse
En tan acerbo tránsito confuso:
Y aunque se atrevió al mar hondo á meterse,
Escaparse de allí también propuso,
Que con su buen nadar á la contina,
Se vino siempre orilla la marina.

Desnudo salió el triste á un puesto oculto,
Y allí propuso estarse en emboscada:
Cualquiera mata que ve, por poco bulto
Que tenga, le parece ser celada:

—«Mi hombre, entre sí dice, le sepulto:
Si me acierta á encontrar la gente airada,
Mi persona suplico á Dios defienda,
Que ya no me da pena el sér ni hacienda.

La noche espera allí por más regalo,
Adonde la pasó con desventura,
Bien piensa que un fin no habrá tan malo,
Cuanto trazando va la muerte dura:
Quiero dejarlo aquí, que un intervalo
Tengo ahora, y parece que es cordura
Dejar esto y tratar del Duque, qué hace
Y con cuánta razón se satisface.

El Duque, como cuento, desarmando
Estaba á toda prisa á la enemiga,
Con palabras á todos consolando,
Que más no podía hacer, si patria amiga
Fuera de su querido y caro bando,
Porque le sobrelleva su fatiga,
Diciéndoles:—«No hayáis pena ninguna,
Que estas todas son vueltas de fortuna.»—

No consiente soldado á nadie enoje
Por ninguna manera, modo y vía,
Ni de palabra hablar nadie se arroje,
Dando á entender su pena la sentía:
Ni que un francés tan solo se despoje,
Por evitar lo hacía cuanto podía,
Y asina les hablaba el Duque osado,
Cual si rencor no hubiera allí pasado.

Al tiempo del salir muchos se fueron
Culpados que no osaban parecer,
Porque del bando hispano se temieron
Que en sus manos habían de perecer:
Otros porque el concierto no entendieron,
Otros por no quererlo obedecer,
Cada cual por su causa, finalmente,
Se vino á esconder mucha de esta gente.

Luego Don Pedro á quien el cielo ha dado
Tan gran victoria contra los isleños
Y contra los franceses, que le han dado
Enojos y trabajos no pequeños,

Estando ya quieto y sosegado,
Digo que el enemigo los terreños
Deja y á la mar corre por salvarse,
Y otros corren al mato y no á embarcarse.

Para San Salvador lleva su gente,
Cabeza de la isla, do echó un bando,
En que dice que á nadie no consiente
En el tiempo que se ande saqueando,
Ni después en ninguna iglesia se entre,
So pena de la vida declarando,
Y también prometió muchas mercedes
Al hombre que prendiere Antonio Guedes.

A San Salvador llega y se entra dentro,
Que según la Tercera despoblada
Éstaba, que no osaron el reencuentro,
La gente allí esperar de amedrantada:
Buscan los altos medios hasta el centro,
Sin que de comedidos dejen nada:
El estrago y crueldad pasa adelante,
Tanto, que no hay francés que no se espante.

No la quema de Roma, que por Nero
Le fué fuego pegada, con intento
De ser en su reino el delantero,
Hundiendo el Capitolio hasta el cimiento,
Fué de temeridad, cuanto el ibero
Causó en el pueblo aflicto turbulento,
Que ni padres á hijos se esperaban,
Con el afán que al monte se emboscaban.

Cuál lleva asida al pecho su criatura,
Quién de su pobre hacienda va cargado;
Quién escapar la vida por ventura
La tiene, según ve lo que ha pasado:
Quién al cedro ó laurel subir procura,
Y quién en zarza espesa soterrado
Se queda, y quién los ojos va volviendo
Por ver si el español le va siguiendo.

Quién ve llamar al viejo que le espere,
A la hija doncella que adelante
Corre, porque á su paso ir no quiere,
Ni hacerla detener era bastante;

Y quién se corta, aflige, queda y muere,
Y quién no oye rumor que no le espante,
Y quién contino sigue la campaña,
Que no acierta á emboscarse en la montaña.

Quién llega á la marina y de allí vuelve
Temeroso de ver galera ó nave,
Y quién vacila, en sí piensa y revuelve,
Sin que determinar nunca lo acabe.
Y quién en un momento se resuelve
Ir al cañaveral que oculto sabe,
Quién camina á la cueva y quién se arroja
Al ciénago barranco y allí aloja.

Los del saco prosiguen su victoria,
No hallando impedimento en cosa alguna
De que pueda mi libro hacer memoria,
Más que la artillería, que importuna
Nos había sido toda con gran gloria:
En recogerla breve el Duque opugna;
Las ermitas y templos reservaron
Y las gentes que en ellas se ampararon.

Después por la campaña y mato espeso,
Los soldados de diez en diez buscando
Andaban, por si á Sosa tomar preso
Podían, en cada mata vueltas dando,
Trayendo la montaña toda en peso,
De la una á la otra parte trastornando,
A ninguno que encuentran daño hacían,
Mas que delante el Duque le ponían.

Recíbeles Don Pedro con amor,
Y á las mujeres habla cortesmente,
Dando á entender que siente su dolor;
Publicar hace un bando allí al presente,
En que perdona á todos el error,
Así sea de la isleña ó francés gente,
Como se pongan dentro de tres días
En sus quintas, lugares, caserías.

Como entendió la gente el pregón dado,
Viérales al momento ir descendiendo,
Cual fuere por el Africa el ganado
Estar hambre y sequía padeciendo:

Mas el Céfiro siendo derribado,
Por la floresta rasa van paciando,
Gozando las frescuras de las fuentes,
Sin sus rayos al sol temer ardientes.

Así la gente, que atemorizada
Hasta entonces estando había penosa,
Que de la nueva buena fué informada,
Metida en la montaña cavernosa:
Ya de sus daños viene consolada,
Ya del bravo español no está medrosa,
Y aparte del dolor de sí desecha,
Que peligro ninguno no sospecha.

Andando en este tiempo, acertó acaso
Que subiendo una cuesta en la alta cumbre,
Dos soldados venir al largo paso
Un hombre ven desnudo á la vislumbre:
Dejáronle salir hacia lo raso,
Y guardando de guerra la costumbre,
Cada cual cala cuerda y se apercibe
A decirle:—«¿A dó vais? ¡Tenéos! ¿Quién vive?»—

Bien quisiera el que vino allí librarse,
Mas témese si huye han de tirarle,
A un cabo ni otro no osa menearse,
Y asina el un soldado tornó á hablarle:
—«Que si tiene deseo de salvarse,
Conviene luego al punto declararle,
Qué era lo que pretende, ó qué procura
En montaña tan lóbrega y oscura.»

Respondió:—«Español noble y virtuoso,
Pues me trajo mi suerte en este paso,
Así me libre Dios y dé reposo,
De contaros mi amargo y triste caso:
Yo soy fraile profeso religioso,
Y reconozco en vos que hay pecho y raso,
Para que no reciba vituperio,
Y me acompañaréis al monasterio.»—

Díjole el español:—«Señor, testigo
Me es el cielo, que no puedo dejaros,
Ni hay lugar de quedar sin ir conmigo
Hasta delante el Duque presentaros:

Allá delante de él haré de amigo
 En todo lo que pueda disculparos:
 Ea! poned por obra la partida,
 Pues dejaros no puedo por la vida.»—

—«El triste Antonio Guedez soy de Sosa,
 No hay negaros mi nombre castellano,
 Yo os quiero hacer aquí una talla honrosa
 Les dijo; mirad: al fin somos cristianos,
 Y sé que habrá sentencia rigurosa
 Si me cogiese el Duque entre las manos,
 Y por mi libertad diez mil cruzados
 Haré dentro en Lisboa os sean pagados.

Otros dos mil daré luego, á la hora,
 Luego que me embarquéis de prima instancia.»—
 A compasión movía verle cuál llora,
 Y así dijo el hispano:—«Esa ganancia
 No puede hacer mi fama vencedora,
 Porque es de más efecto é importancia
 Guardar á mi nación este decoro,
 Que no vuestras promesas ni tesoro.

Yo prometo, señor Guedez, si hubiera
 Orden, que buenamente os libertasen,
 Que cada uno por sí por vos hiciera
 Lo que vuestros hermanos procurasen,
 Y que á cualquier peligro se pusiera,
 Como que cosa de honra no tocase,
 ¿Mas qué queréis que haga el que es mandado,
 Sino hacer lo que debe á buen soldado?»—

—«Veis aquí, dice Sosa, sin poneros
 A peligro ninguno, y es que luego
 Entre vuestros amigos marineros
 Buscaredes por dádivas ó ruego
 Un vestido, que yo os traeré dineros,
 Y veréis en la mar cómo navego,
 Y si de venir alguna gente
 Me pregunta, hablarle he diligente.

Decidle como siempre yo he venido
 En servicio del Rey á la jornada,
 Y por hallarme ahora en el ruido
 Me dividí y dejé mi camarada,

Y volver á mi nave no he podido,
 Hasta que nuestra gente esté allegada,
 Y asina os servirá, que es lo que quiero,
 Ir por vuestro criado y prisionero.

Y á cualquiera partida que aportare,
 Pues que claro ha de ser tierra de España,
 En prisión me tendréis mientras enviare
 Por la talla, la cual es cosa llana,
 Que de la misma suerte que ordenare,
 Se os dará en mar, poblado ó en montaña,
 Y no perderéis nada, y buena obra
 Haréis si me libertáis de esta zozobra.» —

—«Nunca permita Dios que por codicia,
 Los españoles dicen, nos pongamos
 Hacer contra Felipe una malicia,
 Antes con lealtad pobres muramos;
 De España nuestra patria y amicicia,
 Y por el bando Hispano peleamos,
 Más que vuestro dinero, haciendo ofensa,
 Queremos de mi Rey la recompensa.

Adonde está Don Pedro habremos de ir:
 Andad que nos conviene, y es forzoso
 Marchar con brevedad, pues eximir
 No hay remedio, aunque os sea peligroso.» —
 No pudo más el Guedez repetir,
 Que con ellos se vino tan medroso,
 Cuando su corazón la suerte amarga
 Del suceso en sí lleva dura carga.

Llegado adonde el Duque está, no quiso
 Ver á Guedez de Sosa ni escucharle,
 Mandó en prisión meterle en un proviso
 Y de cadenas recias arrojarle;
 Y al auditor envía á darle aviso
 De la prisión que venga á sentenciarle,
 El cual vino, y con sobra diligencia,
 Le pronunció al momento la sentencia.

Mandó que de la cárcel le sacasen,
 Y que á pública voz de pregonero
 Su delito publique y le arrastrasen,
 Pasándole do hirió al mensajero:

Y que la diestra mano le cortasen,
A do, perdiendo el ser de caballero,
Le ahorquen y hagan cuartos al momento
De suerte que á traidores sea escarmiento.

Todo se ejecutó sin que faltase
Cosa de la sentencia pronunciada,
Siendo cosa tan justa que pagase
Por quien tanta revuelta fué causada;
Y que con esta muerte se acabase
De hallarse una isla rebelada,
Quedando sosegada, llana y quieta,
A la corona hispana muy sujeta.

Las gentes mandó todas que vinieran
Dentro de la ciudad en tiempo breve,
Sin que de hombre agravio recibieran,
Y que al venir ninguno se reserve:
Porque quiere su error reconocieran
Y á la amistad de España se conserve,
Y que presentes todos se hallasen
Para que el Rey Felipe allí jurasen.

Lo cual solemnemente hacer hiciera
Cuando tuvo la isla allí allegada
La gente toda; digo, porque viera
Cómo ha de ser España respetada:
También les encargó que una bandera,
Que les dejaba recomendada,
Respeten y le ayuden, si viniere
El francés ó otra cosa sucediere.

También remedió á muchos su pobreza,
Deshaciendo el agravio que habían hecho,
Y mandó reforzar la fortaleza
Reparando y alzando lo deshecho;
Y á la gente culpada la torpeza
De su apasionado y falso pecho,
Les da á entender que entiende y no castiga,
Con que más á enmendarse les obliga.

La isla toda mira y la contorna,
Y de lo necesario la repara,
Cruzando la revuelve, y luego torna,
Que un tan solo momento hora no para;

Y á la ciudad de nuevo la trastorna,
Diciéndole:—«No ha sido suerte avara
El tener contra ellos vencimiento
Por estar puestos ya en conocimiento.»—

Las monjas, que al principio habían salido
Huyendo á la montaña temerosas,
Sin haber daño alguno recibido
Las hallan en las peñas cavernosas;
Y Don Gaspar de Castro ha conocido
Ser esposas de Cristo y religiosas,
De llevarlas al Duque les ofrece,
Y conforme quien son las obedece.

El Duque que las vió quedó espantado,
Del caballo se arroja, á pié se pone,
Diciendo:—«Caso atroz nunca pensado,
Justo es que por el mundo se pregone;
¿Quién de mi gente ha sido tan osado?
Y que tan gran maldad no se perdone,
Vamos al monasterio, que prometo
Tenazear al que os perdió el respeto.

Las monjas les responden:—«Ciertamente,
Nadie nos ha enojado, sí el temor
Que recibimos viendo tanta gente,
Muy cercadas de angustia y de dolor;
Estábamos de ver á Marte ardiente,
Recelando esperar vuestro furor,
Y al cabo y fin de todos propusimos
De dejar solo el templo, y nos salimos.

No nos ha hablado nadie ni hecho ofensa,
Ni hombre tuyo nos perdió el respeto,
Viendo que nuestra guarda era, y defensa
Nuestro esposo en lo público y secreto:
Pues sabes lo que pasa tú dispensa.»—
Don Pedro:—«De placer, dice, prometo
Que nueva esta sazón no me viniera
Con que tanto contento recibiera.»—

Llega con esto al templo y ve que estaban
Guardándole cincuenta arcabuceros,
Y que de ningún arte entrar dejaban
A gentes de la isla ni extranjeros;

Y que sólo en guardar se desvelaban.
Les dice con amor Don Pedro:—«Veros
Gusto, tan noblemente vuestro oficio
Hacer, haciendo á Dios y al Rey servicio.»—

Dentro meten las monjas consoladas,
Y á menudo visita cada día,
De nuevo pone postas redobladas,
Y muy largas limosnas les hacía:
Manda estén las galeras aprestadas,
Y que se aliste bien la artillería,
Porque no falte cosa al tiempo de irse,
Ni tengan aquel punto en que impedirse.

A la gente francesa hace embarcar
En pataches y urcas dividida,
Y lo mejor que puede acomodar
No tratándola allí como rendida:
Dando á cada uno el puesto en su lugar
Que requiere su estado, ser y vida,
Y á los monsiures todos les profesa
Amistad y regala y da su mesa.

Porque quede la isla reparada
También quiere que quede una cabeza,
Que la tenga en justicia conservada,
Y si hay necesidad muestre aspereza.
Do conoce ser bien encomendada,
Conforme la labor, ser y nobleza,
En aquel Don Antonio esclarecido
Que Portugal renombre ha merecido.

Deja con él trescientos castellanos,
Gente de experiencia, hombres cursados,
Que á romper se pusieran mil paganos
Antes que no quedarse allí aislados.
Hartos de hacer destrozos por sus manos,
Que era la mayor parte aventajados,
La ociosidad les causa cruda muerte
Por probar cada día el arnés fuerte.

Mas viendo que á su Rey servicio en ello
Hacían, con humildad todos quedaron,
Aunque mi tosco verso encarecello
No podrá con cuanta ansia se apartaron;

Porque á gran compasión conviene vello,
Y más cuando en las barcas se embarcaron,
Y vieron que una pieza tira á leva,
Entonces su dolor más se renueva.

Cual ganado que ve al lobo rabioso
Llevar en su ancha boca atravesada
A la mansa ovejuela, presuroso,
Y la manada deja alborotada.
Ninguno hay que no mire sin reposo
La cabeza del prado levantada,
Que aunque la hambre más siga y aqueje,
Mientras le ve de vista de ver deje.

Así los del Fayal que ven se alarga
Don Pedro con su gente están mirando,
Contemplan cuando á un lado ó otro carga,
Contándole los bordes que van dando.
Dejémoslos aquí y su suerte amarga,
Y también á Don Pedro navegando,
Pues no me queda ya que decir tanto,
Que no lo escribiré en el otro Canto.

CANTO DÉCIMO.

DE LA VENIDA DE LAS GALERAS Y EL DUQUE Á LA TERCERA, Y
JUSTICIA QUE SE HIZO EN EL CONDE Y CULPADOS, Y VENIDA DE
NUESTRA ARMADA Á CÁDIZ.

Razón será dar fin á esta jornada,
Contando lo que queda brevemente,
Diciendo así el suceso de pasada
Y el número de pérdida de gente.
Y lo que hizo el Marqués con la llegada
Del Duque á la Tercera, sabiamente,
Do se mostraba humano y piadoso
Tanto, cuanto feroz, fuerte, animoso.

Traté en el otro Canto el rompimiento
Que hizo en el Fayal el de Toledo,
Y cómo á la Tercera con buen viento
Navega él y el francés, á do me quedo
Poniendo en el Marqués todo mi intento;
Do si decir supiera como puedo
De tan alta materia, yo la hiciera
De suerte que como ella otra no hubiera.

Mas al fin, gran señor, digo y refiero
Que al tiempo que al Fayal partir la gente,
Se apresta nuestro campo muy más fiero
Para de Angría salir luego al presente.
No hay soldado, oficial, ni aventurero,
Ni de cualquier estado diferente
Que sirva en la milicia al bando hispano,
Que no salga á buscar al galicano.

Ya había mochilas hechas, ya formaban
El escuadrón, ya aprestan la salida,
Cuando de paz aprisa en Angra entraban
Dos monsiures franceses de corrida.
Unos repuestos á otros se alcanzaban,
Que estorbar pretendían nuestra partida,
Y con este designio no pararon
Hasta que su embajada relataron.

Delante del Marqués dicen:—«Quisiéramos
Que hubiese algún concierto, medio ó modo,
De suerte que combate dilatemos,
Y que la perdición no sea del todo.
Considerad, señor, que sentiremos
En vernos puestos ya todos del lodo,
Y así monsiur la Jatra te encomienda
Que algún partido honroso aquí se entienda.

Embarcaje te pide, y no otra cosa,
Con sus armas y gente, y conformado
Quedar con la persona poderosa
Del gran Felipe de Austria, y sujetado
Aquello que tu mano belicosa
Le quisiere mandar, y confiado
Que en todo le has de hacer merced cumplida
Te encomienda su honor, hacienda y vida.»—

Dijo el Marqués:—«Señores, si entendiera
Que entre vosotros no hay algún cristiano,
En ley de caballero, juro, hiciera
Lo que pudiera hacer Nerón tirano.
Y que muy cruda muerte á todos diera,
Sin tener remisión mi diestra mano;
Mas háceme hacer esto, porque he visto
Señales que adorais á Jesucristo.

Así dejáreis armas y banderas,
Y embarcación al punto os será dada,
En galeones, naves ó galeras,
Sin que persona alguna sea enojada,
Porque sino os aviso muy de veras,
Que pienso de salir con mano armada,
Y seguiros en monte, llano y sierra
Hasta veros el fin con cruda guerra.

Muy de mal se les hizo á los franceses
Lo que pidió el Marqués en el concierto,
Mas temiendo á fortuna y sus reveses,
Y que está su trabajo manifiesto,
Porque ya los isleños portugueses
Andaban por tomar seguro puesto,
Viénense á la ciudad de veinte en veinte,
Cada cual al Marqués muy obediente.

Mírase el uno al otro, sin saberse
La respuesta que dé, y así mirando
Se estaban, que no osaban atreverse
A decir sí ni nó, considerando
Cómo tan sin remedio han de perderse,
Mas al fin, el silencio quebrantando,
Dijo el uno:—«Marqués muy poderoso,
Este partido es malo y vergonzoso,

Y de ninguna suerte y sin licencia
De nuestro General lo aceptaremos:
Y así, con brevedad y diligencia,
Dentro de día y medio acordaremos
Sobre lo que nos pide su excelencia,
Como seguridad de ello llevemos,
Que tregua, paz, en tanto que esto dura
Habrá, y palabra en todo muy segura.»—

El Marqués con acuerdo lo aceptaba,
Los franceses se van, tornan y vuelven,
Y si el Marqués en ello firme estaba,
Don Lope y Don Francisco se resuelven,
Que si el concierto más se dilataba
Y les daba lugar que se conserven,
Que era muy grande yerro andar en vano
Si lo que de ser tarde sea temprano.

En dares y tomares desvelados,
De un cabo á otro iban y venían,
Hasta que ya los nuestros, de enfadados,
A irlos á buscar se apercibían:
Y como en esto ya determinados
Los vieses, los franceses concedían
Todo cuanto el Marqués quiso y pidiera,
Sin que reserven arma ni bandera.

Y á dos de Agosto, un martes, fué formado
Un escuadrón al Este, á la salida
De Angra, al pie de un cerro, en un gran llano,
Do había gente sin cuento muy lucida,
Toda de la nación y bando hispano,
Y á la siniestra mano, en la subida,
Do hacía la larga cuesta una llanada,
Otra muy grande escuadra congregada

De nuestros alemanes muy bien puesta,
Por donde discurriendo á la otra parte,
Do fin en la marina hacía la cuesta,
Había una fuerte fuerza y baluarte:
Allí mandó el Marqués de gente presta
Se guarnezca, y así, puesto de este arte,
Esperan en contorno de la tierra
El francés, que bajaba ya la sierra.

Por hileras bajaron destempladas
Las cajas á los hombros, sin tocarse
Las banderas cogidas muy plegadas,
Sin por sonar de pífanos guiarse:
Do cajas y banderas y armas, dadas
Fueron á nuestra gente, y sin pararse
Todos en la ciudad derecho entraron.
Adonde en un cuartel los alojaron.

Luego mandó el Marqués que pregonasen
Que por espacio y tiempo de tres días,
En la ciudad de Angra se juntasen
De villas, pueblos, quintas, caserías,
Y el perdón que les hace declarasen,
Y si por artificios, trazas, vías,
Alguno preso al Conde le trajese,
Que le haría la merced que ser pudiese.

Andaba el triste Conde lamentando
A este tiempo y sazón por la montaña,
Variedades diversas vacilando,
Excusando topar gente de España:
Por sus hinchados ojos destilando
Lágrimas, con que el rostro y pecho baña,
Diciendo con palabras doloridas
Razones de dolor entristecidas.

En este tiempo andaban á buscarle
La gente de Don Juan y de la liga,
Mas fué tiempo perdido, y sin toparle
Se volvieron cansados con fatiga:
Hasta que quiso Dios vino á encontrarle
Un soldado, que el nombre no me obliga
Poner, porque entre tres hubo cuestión
Sobre quién le tocaba la prisión.

Del tercio el valeroso Bobadilla
Eran estos soldados que prendieron
Al Conde, que no á poca maravilla
Los de la ciudad de Angra lo tuvieron,
En ver qué favorable era á Castilla
Todo cualquier suceso; y como vieron
Ya preso al Conde, pierden la esperanza
De poder adelante hacer mudanza.

Jueves fué la prisión y le llevaron
Por orden del Marqués, luego de hecho,
Como de su caballo lo apearon
Para una galeaza muy derecho,
Do las cosas que en ella le pasaron
Bien cada uno juzgar podrá en su pecho,
Pues se informaron del fin que tuviese,
Secreto que al Marqués no descubriese.

Apenas fué esto hecho, al punto, cuando
Junto nuestro Consejo y en consulta,
La culpa y la disculpa declarando,
Considerando el daño que resulta,
A semejante caso perdonando,
Y que su honor y esfuerzo lo sepulta,
Si no hace vengada á nuestra España
De esta clara maldad y aleve hazaña.

Por un cabo el Marqués quiere clemencia
Usar con los aflictos prisioneros,
Juzgando que es mayor magnificencia
Perdón, y es de más nobles caballeros,
Que mostrarse cruel en la sentencia,
Así con naturales ó extranjeros,
Y en todo lo que puede se disculpa,
Y á nadie da la pena cual la culpa.

Mas siendo en la consulta bien mirado
Y viendo que era ley clara y derecho,
Que al que paces ó tregua quebrantado,
Si alguna ley hubiere en su provecho,
No valga cosa alguna rebelado,
Por cuanto su dañado y falso pecho
No haga á otros de males inventores,
Haciéndoles por falsos y traidores;

Declaran y pronuncian luego al punto
Que el Conde y otros dos sean degollados,
Y luego en consiguientes de ellos juntos
Se haga el mismo castigo á rebelados;
Y fué sin discrepar de esto el trasunto,
Que al tiempo que Don Pedro y sus soldados
Vinieron del Fayal á la Tercera,
El suceso fué así de esta manera.

Después que con gran salva y muy crecida
Alegría vinieron allegarse,
La una armada de otra recibida
Fué, y viérades al punto saludarse:
Solemnizan con gozo la venida,
Y van las dos armadas á mezclarse,
Por mostrar el contento que en sí tienen
De unas naves á otras van y vienen.

Donde el Marqués muy alegre y contento,
Se muestra en ver el triunfo y la pujanza
Del Duque con su gloria y vencimiento
Diciéndole:—«Varón que tal alcanza,
Merece que en el trono y alto asiento
Le pongan del dios Marte, y que alabanza
Os diese la milicia, pues tal hecho
Solamente por vos pudo ser hecho.»—

Lunes á ocho de Agosto era este día,
Cuando nuestras galeras que llegaron
Os dije con gran gozo y alegría,
A do con nuestra armada se sentaron:
Allí el hijo sacó de Don García
Los franceses que en guerra desarmaron
En el Fayal, y asina entró triunfando
Once ó doce banderas arrastrando.

Y aquella misma tarde al Conde preso,
Que en la Galeaza estaba, le trajeron
En un esquife á tierra, y su proceso,
Vistiéndole de luto le leyeron:
El cual, viendo su fin y mal suceso,
Y en lo que sus pecados le pusieron,
Dando arrepentimiento por disculpa,
Pedía á Dios perdón de tanta culpa.

La plaza se cerró de arcabuceros,
Que Don Lope de guardia va enviando,
Y otras dos mangas de los mosqueteros,
Que en la ciudad de Angra van entrando:
Tráenlo en medio de todos los piqueros,
Que en el muelle lo estaban esperando,
Y á la ciudad se allegan, y entre tanto,
El Conde iba haciendo grave llanto.

En un caballo blanco encubertado
Llevan al triste Conde sin ventura,
Dos muy benditos frailes lleva al lado,
De la Orden bendita, sacra y pura,
De San Francisco bienaventurado,
Y dos teatinos de bondad segura,
Y así con él llegaron á la plaza,
Donde la gente mucho le embaraza.

Nuestra gente de guarda le va haciendo
Lugar por donde pase el desdichado,
Y él á los capitanes va diciendo
Hablar con el Marqués le sea otorgado;
Uno con la embajada va corriendo,
Y siéndole al Marqués bien relatado,
De donde está se aparta y se despega,
Y de hablarle se excusa y se lo niega.

Y visto que el Marqués se había partido
Solo por no le ver ni le hablar,
Queriendo el desdichado ser oído
Dijo á los grandes en particular:

—«Por el amor de Dios os ruego y pido
Que me queráis, señores, escuchar,
Que aunque el oirme no me excusa muerte,
Descanso me será de alguna suerte.»—

No aprovechó, que al punto le sacaron,
Publicando su causa y maleficio,
Do con otros dos juntos lo llevaron
A un cadaalso alto, á do el oficio
Que tienen y sus hechos publicaron,
Diciendo la maldad, rencor y vicio,
Con que allí su palabra quebrantado
Había, y nueva guerra levantado.

La justicia delante prosiguiendo
En el Conde primero ejecutada,
Fué muy cristianamente allí muriendo,
La cabeza del cuerpo arrebatada;
Lo mismo fué del otro que siguiendo
Anduvo á Cabo Verde; y fué cortada
También otra cabeza del que vino
Hacer por embajada un desatino.

Diez ahorcaron luego allí al presente,
Sin el Conde y los dos que degollaron,
Y á la moneda allí públicamente
De Don Antonio al punto la quemaron;
Después ví yo ahorcar alguna gente,
Y ví que el propio día justiciaron,
Que se embarcó el ejército de guerra,
La justicia que fué de aquella tierra.

Y á otros cuatro ó cinco que traidores
Fueron, y al que hizo la traición
De ir por gente á Francia y causadores
De toda esta conquista y defensión,
Como gente de alevos inventores,
Pusieron á su culpa ejecución,
Porque sé que les dieron gran tormento
Y sé á muerte que á otros fué escarmiento.

Novecientos y más por cosa cierta
Franceses que murieron sin los presos,
Por cosa que se vió á la descubierta
Sabemos, siendo causa estos sucesos
Sus varias pretensiones; y así advierto,
Cada uno por sí no haciendo excesos,
Mostrando su dañado corazón
En contra su palabra, fe y razón.

No fueron cuatrocientos españoles
Los que de nuestra parte nos faltaron,
Y de estos valerosos corazones
Junto con su virtud acompañaron,
De ánimo sobrado, que leones
Nunca por fiesta alguna se soltaron
Tan bravos en partos ó troyanos,
Ni scitas, griegos, tártaros, romanos.

Porque aunque la muerte muy airada
Les cortó breve el hilo de las vidas,
Su fama eternamente eternizada
Será, y serán de Cristo recibidas
Sus almas en la celestial morada,
Adonde al fin serán subidas,
Gozando con mi Dios su santa gloria,
Rogando que á nosotros dé victoria.

En este tiempo, pues, nunca cesaban
De venir compañías á obediencia,
Y en la ciudad de Angría aprisa entraban
Rogándole al Marqués tenga clemencia.
Do por su orden á todos desarmaban,
No habiendo más venganza ni sentencia,
Mas de las banderas les quitaron
Que en contra de su Rey enarbolaron.

Y como todo esto fué acabado,
Los de la tierra todos se aperciben,
Cada cual con el rostro amedrentado
Para hablar al Marqués, porque reciben
Temor de lo que ven que había pasado:
Mas de flaqueza ánimos conciben,
Y así delante de él luego parecen
Y con hacienda y vidas se le ofrecen.

El Marqués agradece lo ofrecido,
Y con alegre cara y buen semblante
A todos en común ha recibido
Diciéndoles:—«Tendréis de aquí adelante
Cuenta con lo que ahora ha sucedido,
Y al que mal le viniere no se espante;
Aunque yo de vosotros satisfecho
Estoy, que no os doy culpa de lo hecho.

Miraréis el valor del muy cristiano
Rey Felipe segundo y su poder,
Y aquella generosa y fuerte mano
Con que hace á sus contrarios entender
Como de él se aborrece el que es tirano,
Y por bravo que sea ha de perder
El que se demostrare su enemigo,
Dando como al pasado otro castigo.

Provée también lo que era necesario
Para guardar la isla, nombra y deja,
Por si acaso tomare el adversario
Francés, á Juan de Urbina, hombre que espeja
Nuestra nación, que haciendo al más corsario
Que entienda cómo en cosa no empareja
El francés con España, ni ha igualado
En ninguna refriega que ha pasado.

Con él hace quedar dos mil soldados
Que por maese de campo le obedezcan,
Dejándolos á todos reparados
Por, si peligro hubiere, no perezcan.
También deja á la tierra encomendados,
Para que con amor se favorezcan
Los unos á los otros, sin que cosa
Los enoje, aunque más sea poderosa.

Tras esto á los franceses da embarcaje,
Y los vasos que llevan abastece
De lo que es necesario á su viaje,
Lo más bien y mejor que le parece.
Hecha la pleitesía, fe, homenaje,
Por si novedad hay, ó si se ofrece
Alguna cosa contra de concierto,
Procuró de arrimarse á lo más cierto.

En rehenes dejó seis caballeros
De lo mejor de Francia y mil soldados,
Hasta volver la armada y marineros
Donde iban los franceses embarcados.
Después publica á voz de pregoneros
Con pífanos sonoros, y templados
Atambores, que quiere y es su intento
Hacer un muy solemne juramento

Del gran hijo de Carlos, con que incita
A toda la comarca al día siguiente,
Do con gran ceremonia y mucha grita,
Apercibida ya toda la gente,
Saca una bandera toda escrita
Con oro y una esfera refulgente,
Diciendo:—«Quien gobierna alrededor,
Hijo es de Carlos V Emperador.»—

El real estandarte enarbolaron,
Cuyo esmalte era de oro, y su pintura
Matices con que al sino declararon
Lo semejante en todo á la hechura,
De con solemnidad lo levantaron
Mostrando á la otra parte la figura
De Santiago apóstol, y á los lados
Tiene infinitos moros destrozados.

Que á la vuelta de España partan luego
A las galeras manda por mar raso,
Poniendo diligencia prisa y fuego
A la llegada breve, que hace al caso.
Y si por la codicia el francés ciego
Le quiere detener ó estorbar paso,
Mucha gente le da con que pudiesen
Salir de los peligros que viniesen.

No bien aún el Marqués hubo acabado
De enviar las galeras, cuando vino
Nuevas que un gran navío enderezado
Hacia la ciudad viene de camino;
Y al llegar, con gran salva ha saludado,
Do vieron ser del reino ponientino,
Que á la obediencia está del Rey segundo
Felipe con lo más del nuevo mundo.

Refréscala el Marqués, y la repara
De aguaje, pan y vino, y la abastece,
Con un patache y otro nunca para
De hacerla remediar lo que se ofrece;
Y tras de todo esto le avisaba,
Diciendo que se espere, le parece
Porque irá con la armada más segura
Que no si se va sola á su aventura.

Y con este concierto apercebido,
Un bando hizo echar luego, y recogerse,
Porque no sea el quedar ni el ir sentido,
Ni haya lugar de en naves esconderse,
Diciendo:—«Cada cual tenga entendido
Que no puede la flota detenerse.»—
Y así, á quince de Agosto, como muestra,
Día de la Asunción, solemne fiesta.

Otros cargos dió allí, mandos y oficios,
Y de los bastimentos les dejaron,
Que para su sustento son propicios,
Lo mejor que en la armada nuestra hallaron:
Estos son del Marqués sus ejercicios,
Pues aquellos rebeldes, que negaron
La servidumbre al Rey y la obediencia,
Su General les paga con clemencia.

No quiso más tardar en embarcarse,
Que á los tercios les hace la marina
Con mucha diligencia apresurarse,
Y él en los delanteros va y camina,
Y á los que han quedar hace quedarse,
Y todo se lo encarga á Juan de Urbina,
Rogándole que mire y favorezca
Los isleños en cuanto se le ofrezca.

De que estuvieron todos embarcados,
Los vasos de la armada se visitan;
Por orden del Marqués entresacados
Fueron, que hombre ninguno no lo evitan
De los que fueron antes señalados,
Y en otras naves cargan y otras quitan:
Va un barco á la ciudad, va otro á la playa,
Otro hacia San Miguel manda que vaya.

Con el resto de gente y nuestra armada
El Marqués excelente el mar adorna,
Como que mayor guerra aparejada
Le está, y de nuevo aprisa vuelve y torna:
Así le lleva toda concertada,
Y con su Capitana la contorna:
Haciendo á una todos movimiento,
Las velas con presteza dan al viento.

Viernes y diecinueve era del mes
Cuando digo á la mar que nos hicimos,
Mas la mareta y viento del revés,
Con mucha pesadumbre lo tuvimos:
Hasta que fué de Agosto veintitrés,
Contino dando bordes anduvimos,
De aquí para acullá barloventando,
Antes perdiendo tierra que ganando.

Si favorable el viento era algún día,
Por proa nos venía otros tres ó cuatro,
Y cuanto se ganaba se perdía,
Calmándonos el tiempo cada rato:
La nave de Indias, que iba en compañía,
Del Marqués le abastece, y con recato
Le hace viajar hacia Lisboa,
Enderezando á Cádiz él la proa.

Gran cansancio nos era y gran tristeza
En ver que tanto tiempo navegando,
Nos duraba el venir con aspereza,
Y si abonaba el viento era calmando:
Cuando de *San Martín* sonó una pieza,
Señal que ha visto tierra, y refrescando
Con un Norte deshecho en todo á una
Nos quiso ser propicia la fortuna.

A doce de Setiembre, muy gozosa
La armada solemniza aquel contento,
Que una persona astuta y dolorosa,
Estando padeciendo algún tormento,
La mano de juez, muy rigurosa,
Harta de darle pena y descontento,
Se trueca, le perdona, y con clemencia
Le da, cual su deseo, la sentencia.

Mas esto apenas fué, cuando Neptuno
Muy soberbio se muestra, y embravece;
Júpiter rompe el cielo, que importuno
Está, y al mar furioso ensoberbece:
Remedio no se halla ya ninguno,
El rumor y mareta y viento crece,
Detrás el un golpe de agua aprisa dando,
Otros tras otro, y otro redoblando.

Con todo este trabajo proseguimos
El viaje, las velas amainadas,
Y á las dos de la noche un borde dimos,
Porque del Marqués fueron avisadas
Las naves, de una pieza que sentimos,
Que si no muy derecho encaminadas,
Según con la borrasca que traemos,
En las arenas gordas embistemos.

El borde se tomó hacia Berbería,
Al Sur nuestro fanal marcha derecho,
Hasta que fué venido el claro día,
Que el Marqués reconoce el bravo estrecho:
Entonces da otro borde y toma vía,
Estando ya del Cabo satisfecho
De San Vicente, y Lagos, do propone
Llegar, y allí dar fondo se dispone.

Adonde por el Rey luego avisado,
Fué la presente vista, que levase
Con toda cuanta armada había llegado,
Sin que un tan solo punto dilatase:
Derecho á la bahía recatado,
Porque con las galeras se juntase,
A do la orden espere que el Consejo
Le enviare, en haber de ello aparejo.

Ferros alza el Marqués y en seguimiento
De su galeón, la armada mucha prisa,
Va con buen temporal en popa el viento,
A do á todas las naves las avisa
Que ninguna no haga apartamiento,
Porque toda la costa las divisa,
Que galeotas andan aunadas,
Haciéndolos las torres mil ahumadas.

Al tiempo que Setiembre amedia el mes,
Nos saludan de Cádiz las galeras,
Responde *San Martín*, do va el Marqués,
Y luego nuestras naves, por hileras,
Allí de los isleños, y el francés,
Arrastrando cuarenta y seis banderas,
Ganadas con trabajo en buena guerra,
Don Alvaro triunfando entró en la tierra.

FIN DEL POEMA.

Escribo aquí las cosas, que me parece quedarían oscuras sino las declarase.

San Martín es un galeón en que iba el Marqués de Santa Cruz.

San Felipe es un galeón en que iba el Duque de Fernandina.

San Miguel una isla. Punta Delgada es la ciudad que está en esta isla.

Villafranca es una villa de la misma isla.

La Tercera es una isla que es cabeza de todas las islas de los Azores.

Angría es la ciudad que tiene.

San Sebastián es una villa de la isla.

El Sur y la Playa son villas de la misma isla.

El Fayal es una isla fuerte, 90 millas de la Tercera, que tiene guarnición de Francia.

San Salvador es la ciudad que tiene esta isla.

Santa María es una isla que no está puesta en defensa, y trata con España y Francia.

San Jorge es una isla sujeta á la Tercera.

El Pico es otra isla del mismo gobierno.

La Graciosa es isla de las sujetas á Angría.

El Cuervo es la última isla del gobierno de Angría.

Mato se entiende la montaña de aquellas islas, que así la llaman los isleños.

El Marqués, y el de Santa Cruz y D. Alvaro y Bazán, se entenderá por el Marqués de Santa Cruz.

El Duque y D. Pedro se entenderá por D. Pedro de Toledo, Duque de Fernandina.

D. Lope se entenderá por D. Lope de Figueroa, maese de campo general.

D. Francisco se entenderá por el maese de campo D. Francisco de Bobadilla.

D. Juan se entenderá por D. Juan de Sandoval, maese de campo y el de Dénia.

El Conde se entiende por Manuel de Silva, gobernador de las islas por D. Antonio.

Monsieur de la Jatra (La Chastre) era la cabeza de toda la gente francesa que había en las islas.

Monsieur de Esgarrabaca (D'Angarnagues) era un maese de campo francés.

Carlos (Charles de Bordeaux) era gobernador de los franceses que estaban en el Fayal.

Antonio Guedez Sosa era gobernador del Fayal de la gente de la isla.

SONETO
DE
PEDRO DE ORTEGA INIESTA
AL AUTOR.

¡Oh ninfas gloriosas del Parnaso,
Gozad nuevo contento y alegría,
Pues que cesó la fama en este día
Del famoso poeta Garcilaso!

El generoso brazo no sea escaso,
El lauro se le de á Gaspar García;
Pues ninguno mejor lo merecía;
Venid las de Castalia á largo paso.

Que si pudiera ser de mí loado
El ingenio sutil, discreción rara,
En todo más que Homero señalado,
No me fuera fortuna nada avara;
Tuviérame por vuestro laureado,
Gozando de esta gloria á mí tan cara.

AL AUTOR

EN LOOR SUYO Y DE LA OBRA, ESCRIBE VICENTE DE MIRAVET,
IMPRESOR, ESTOS ESDRÚJULOS.

Entre los más famosos de alto título
Y fama que en Pegaso están en tálamo,
Que son los que profesan arte poético,
Te pongo, buen García, por ser cómico;
No hago caso de aquellos que son rústicos,
Que juzgan lo que es bueno por indómito,
Y los más no llegaron á Retórica
Porque se contentaron con Gramática;

¿Como juzgó Demades de Demóstenes?
Y como el gran Platón hizo de Sócrates.
Y Aulo Gelio también reprendió á Séneca,
Y al gran poeta Homero que fué Príncipe
De todos los poetas, Zóilo Sátiro
Mucho le reprendió, siendo él un bárbaro.
Mas dente el lauro aquellos que son célebres,
Que desde su niñez son ya filósofos
Y siguen las pisadas de Aristóteles.
Que quiero que lean los capítulos,
Y abran á cada Canto bien los párpados,
Y verán las proezas de Don Álvaro
Bazán, que dan la vuelta del Zodíaco:
Y queda Santa Cruz dentro del círculo
En octava gustoso y muy política.
La más hermoseedada de la Bética
Cuenca, anima á tu hijo que está tímido
De verse peleando con mil sátiros.
Y tú, Torralba, ábrele con ánimo
Las puertas, que aunque sea un fuerte Hércules
Toda la ha menester. Y tú, ilustrísimo
Buen Marqués de Cañete, no seas rígido:
Pues te llama García en guerra hórrida,
Préstale por defensa suya el báculo,
Que te encumbra y levanta al viento Zéfiro;
Mas en fin, vuelve en ti valiente Scévola,
Que yo confio en Dios sumo y altísimo,
Que no te empecerán nada los émulos.



Libro y prime

ra parte, de los victoriosos he-
chos del muy valeroso ca-
uallero don Aluaro de
Bacá; señor de las vi-
llas del Tiso, y Santa
Cruz. Capitán
general del
mar Oce-
ano.

Dirigido al muy illustre señor
don Luyz Capata. Se-
ñor de las villas de Al-
buñol, y Torbiscon,
con sus partidas.

Compuesto por
Balthasar del
Hierro.

Año de. MD. D. LXXIII.



AL MUY ILUSTRE

S_{R.} D. LUIS ZAPATA.

MUY ILUSTRE SEÑOR:

Los que se pueden y deben llamar soldados viejos, no son los que han estado muchos años en guarniciones de Italia, Flandes y Hungría, sino los que se hallaron en grandes reencuentros, escaramuzas ó batallas, y marchan por diferentes sitios de tierra; porque entonces son también diferentes los escuadrones y mangas que se hacen. Y aquellos que han visto gran número de torreones, caballeros, murallas, casamatas, rebellines, fosos y contrafosos, entradas y salidas de puentes, con sus traveses, y entienden, como si les hablasen, las palotadas de las cajas ó los retumbos de las trompetas; porque á estos tales, la práctica les hace obrar con seguridad más fácilmente lo que los otros, con trabajo aun allegar sus vistas no pueden. ¿Qué diré de los que merecen ser así llamados, sino que son tan diestros en esto, que de ello sacan saberse aprovechar en las cosas que no son de su profesión, como se ha visto y ve cada día, pues han dado orden á los marineros, cómo á menos costa pueden sustentar sus navíos y en mayor grado servirse de ellos? Y como yo deseo parecerles, ya que no puedo en todo, en lo postrero fuera de su ejercicio; quiero imitarlos, aprovechando mi pluma todo lo

que se pueda, con ofrecerla á vuestra merced, debajo cuyo favor podrá seguramente pintar todo el papel que quisiere. Tanta obligación tiene vuestra merced á dárselos, por ser hechos de armas, cuanto yo de venir con la relación de ellos al soberano rey de ella.

AL MUY ILUSTRE

SR. D. LUIS ZAPATA.

SONETO.

Heróico, ilustre, magno y generoso,
Extremo de gentileza y gallardía,
Dechado de la hercúlea varonía
Y río de virtudes caudaloso;

Suplico que te muestres piadoso
En otorgar perdón de mi osadía;
Porque por merecer ¿quién dejaría
Cubrirse del escudo más precioso?

Que lo que no alcanzaron los poetas
Que tienen ya sus nombres en el cielo
Escritos entre signos y planetas,

Fortuna me concede, pues del suelo
Pongo muy más arriba mis trompetas,
Que suben con las alas de tu vuelo.

AL MUY ILUSTRE

SR. D. FRANCISCO ZAPATA.

SONETO.

Quedó naturaleza tan cansada
Después de haber dotado tu figura,
Que si no le quedara la hechura
Para se sustentar, fuera acabada.

Más memoria que tiene acompañada
De gloria con obrarse tal criatura,
Que reciba contento la procura,
Pues que fuí en tu valor bien empleada.

Y con esto levanta en alto grado,
Porque mostró el poder ser preeminente,
Hinchendo el corazón de fantasía;

El infante que véis, cual me ha dejado,
Dice: esperando está la monarquía,
Que al merecer no hay más correspondiente.

AL MUY ILUSTRE

S R. D. LUIS ZAPATA.

SONETO

DE GREGORIO SILVESTRE.

Si el peso y la justicia de Trajano,
De César aquel pecho animoso
Y aquel ánimo grande y generoso,
De Alejandro el valor, esfuerzo y mano
Pudiera haberse en un sujeto humano,
Viniera casi á ser defectuoso,
Queriendo compararse al valeroso
Ilustre Don Luis Zapata en vano.

Su ánimo y valor y su grandeza
Muy conocidos son, y en toda parte
Su fama lo divulga y lo pregona.

Su punto acabó en él naturaleza,
Minerva lo esmeró, restóse Marte,
Y vále á amamantar siempre Belona.

AL MUY VALEROSO
 CABALLERO D. ÁLVARO DE BAZÁN.

SONETO.

Perdona, excelentísimo guerrero,
 Pues que, sin tú perder, mi flaca pluma
 Puede, como en la mar la blanca espuma,
 Andarse señalando sobre Homero.

Porque él, por tu respeto, caballero,
 Con todos los demás mi breve pluma
 Trairán, porque jamás no se consuma,
 Encima de las palmas por lucero.

Mostrando el resplandor por todas partes
 Haber con mortal brazo eternizado
 El nombre de corsarios tan temido.

Y en supremo dirán: figura es Marte
 De este que es natural de aquel pintado:
 Que Marte de Bazán es traducido.

DE GREGORIO SILVESTRE.

AL AUTOR.

SONETO.

Repóngase en olvido y en destierro
 Del mundo la más alta poesía,
 Que el que volare más de altanería
 Es ir siempre añadiendo hierro á hierro.

Aquello que á lo llano el alto cerro
 Excede, y á la noche el claro día,
 Les lleva de ventaja y mejoría
 A los mejores Baltasar del Hierro.

El raro ingenio suyo peregrino,
Allá sobre el Olimpo está en reposo,
Gozando del loor que no se acaba.
Ni llega de la turba el torbellino,
Ni el humo sube allá del envidioso:
Que aquel que más lo envidia más lo alaba.

LAS HAZAÑAS
DE
D. ÁLVARO DE BAZÁN.

CANTO PRIMERO.

EN QUE SE TRATA CÓMO DESPUÉS DE DEJADAS DON ÁLVARO DE BAZÁN EL VIEJO, LAS GALERAS Y ARMADAS CON QUE GANÓ INMORTALES TRIUNFOS, SEGÚN POR SU CRITERIO PARECE, DON ÁLVARO DE BAZÁN, SU HIJO, ENTRÓ EN LAS GALERAS POR MANDADO DEL EMPERADOR CARLOS V PARA ASEGURAR EL MAR OCEANO, Y CÓMO ACOMPAÑÓ LA MAJESTAD DEL REY FELIPE, SU HIJO, Á INGLATERRA, Y DE LAS MARAVILLAS QUE DON DIEGO, SU HERMANO, HIZO.

Invictos hechos, casos vigorosos,
Superbas aventuras muy extrañas,
Junto acometimientos valerosos,
Ardides y vivezas, fuerzas, mañas,
Que pueden ilustrar los más luctuosos
Sucesos que dan gloria á las Españas,
Quiero contar si fuese tal mi pluma,
Que nunca por olvido se consuma.

El cumplimiento habrá de mi deseo,
Pues á tan cierto norte me levanto,
Apolo con su lira, según creo,
Ayuda me dará, Melpomen canto;
No será menester buscar rodeo,
Pues que al presente me sucede tanto,
Que cierto convendrán para decirlo
Mil lenguas y mil manos á escribirlo.

Paréceme subido atrevimiento
En tan profundo mar meter mi nave,
Siendo el lastre mi solo pensamiento,
Que menos no voló que ligera ave;
Do llevará temor, porque su intento
En este caso no será tan grave,
Que pueda yo surgir con remo y vela
Do la preclara fama nos revela.

Pues en esta tormenta peligrosa,
Adonde á la sazón estoy metido,
Me podrá socorrer la artificiosa,
Que siempre de ella el céfiro es movido,
O aquella astuta Circe y engañosa,
Que fué guía de Ulises, do ha querido,
Me puede socorrer; más en aquesto
Sólo dará favor mi presupuesto.

Pues, ilustre Bazán, á quien Neptuno
Su reino te ha entregado y su tridente,
No dejando también la diosa Juno
Que en todos estos casos sea presente:
Concédeme favor, pues te importuno,
Y la lengua me presta así elocuente,
Que pueda publicar tamaños hechos,
Que los demás con ellos son deshechos.

Después que el padre de este valeroso
Dejó de inmortal fama rodeado
El reino de Neptuno cavernoso,
Y todo lo demás al mundo dado;
Que quiso recogerse á dar reposo
A su preclaro cuerpo tan cansado,
Dejando con memoria esclarecida
Eternizados hechos de su vida;

Ya después de ganadas las banderas
De turcos y de moros y franceses,
De haber asegurado las fronteras
Y desmallado y roto mil arneses;
Después de haber quemado las galeras,
Que han sido á su Don Carlos descorteses,
Al hijo el Rey mandó que en mar entrase
Y todo el Oceano asegurase.

Y para esto segura ya tenía
 Su galeaza vieja y muy famosa,
 Que como el pensamiento discurría
 Por el agua plateada y espumosa,
 Y ventaja extremada es la que hacía,
 A la que muy más fuerte y belicosa,
 Porque por do quería allí pasaba
 Y todo lo posible sojuzgaba.

Y en esta navegación del segundo
 Hijo del padre, imitador de Marte,
 Arando con sus remos el profundo
 Mar y la más ignota oculta parte:
 De aquí tendieron fama por el mundo
 Los hechos de este con esfuerzo y arte,
 Pues que hoy al orbe son tantos y tales,
 Que mandan merecer ser inmortales.

Este fué aquel firmísimo Don Diego,
 De tan ilustre sangre descendido,
 El que á Corsol rindió con sangre y fuego
 En su *Grifo* de todos tan temido:
 Este fué el que ponía remedio luego,
 Como astuto guerrero y entendido,
 A cualquier daño grave y peligroso
 Con el deseo de gloria deseoso.

Don Diego tuvo nueva, antes que entrase,
 De cómo en el gran *Grifo* navegaba,
 Que era el navío más recio que se hallase,
 Un corsario francés que salteaba;
 Y este no deja nave que alcanzase,
 Que huyó sin más ver la saqueaba,
 Lo que informado bien supo de cierto
 Le habían en Canarias descubierto.

.....
 (Aquí el poeta continúa refiriendo la persecución del
 pirata francés por Don Diego de Bazán, hasta que dán-
 dole alcance pelea con él. Juan Corsol se bate con va-
 lor desesperado, hasta que

... ya tienen muertos y heridos
 De tres partes las dos de sus soldados,

Y fueron los demás con él rendidos
Por el temor de no ser degollados.

De esta manera Don Diego de Bazán

... con su llegada dió seguro
A las isleñas tierras del Poniente,
Sirviéndoles de amparo y fuerte muro
Contra cualquier corsario en Occidente.

Sigue otro encuentro con el pirata Pie de Palo con siete naos. Media entre los dos un desafío caballeresco para que Pie de Palo envíe á pelear con el de Bazán

Dos de sus galeones más ligeros
Armados de hombres pláticos y fieros.

Pie de Palo no admitió el reto, pues trataba de vencerle con la ventaja que tenía. Así permanecieron dos días observándose mutuamente, al cabo de los cuales Pie de Palo tomó la vuelta de los Azores y Don Diego puso rumbo costeano á la Madera. A su regreso encontró junto al cabo de San Vicente una galeaza española que combatían cuatro urcas francesas, cuyo almirante salió huyendo á velas tendidas al llegar el refuerzo de Bazán.)

.

Después las furibundas y espantables
Ondas del mar altísimo subieron,
Haciendo movimientos muy notables
De los casos que en ellas sucedieron.
Los peces se mostraban variables,
Y entre ellos alabanzas compusieron;
Allí se oía el canto de sirenas
Y los vuelcos que daban las ballenas.

Y gran placer mostraban que sentían
Por tener tal varón en sí hospedado,
Los aires se juntaban y venían
Con un templado tiento delicado.

Y todas siete velas le movían
Con el alegre tiempo sosegado;
La vuelta de Coruña, donde estaba
Felipe, nuestro Rey, que le aguardaba.

No cuento los rencuentros y batallas
Que por quitar agravios le ocurrieron,
Ni el ganar urcas, naos para tomallas,
A cuyos dueños antes las perdieron.
Ni de muchas en contra el conquistallas
Sin pérdidas de gentes que rindieron,
Mas cuento que en el puerto entró seguro
Y el áncora fijó en el suelo duro.

Antes que el Rey de España se embarcase,
Llegó la galeaza *Magdalena*,
Para que capitana se nombrase
Armándose de gente diestra y buena.
Al varar de este en'l agua antes que entrase,
Hubo una gran señal, según se suena,
Que casi á milagro atribuyeron,
Porque el agua creció do jamás vieron.

El un navío al otro descubriendo
Comenzó de jugar la artillería;
Unos aquí saltando, allí corriendo,
Cercados de placer y de alegría.
Mas porque en estas burlas ya no entiendo,
Que detenga su corte, pluma mía,
Digo que allegó al puerto aderezada
Para se combatir con una armada.

Llegada el viejo padre se ha metido
Del hijo principal acompañado,
Que habían en Coruña entretenido
Que fuese el Rey de España, aún no embarcado.
Y como se vió dentro, ha requerido
Al hijo Diego vaya en diestro lado,
Porque la nao del Rey en medio fuese
Y en Angla más segura se metiese.

Allí llegó la armada poderosa
Al articano reino prevenida,
Y de aquí comenzó la belicosa
De asegurar el agua embravecida.

Ya comienza la espada valerosa,
Que á tantos ha dejado sin la vida,
De mostrar su valor por toda parte
Dejando sepultado el fiero Marte.

Bazán, el primogénito, ha juntado
Armada de diez velas que tuviesen
De la siempre seguir mucho cuidado,
Para que al menestroso ayuda diesen.
Allí en la capitana solo ha entrado
Y el estandarte alzó que todos viesen,
Porque con tal concierto do llegasen
A muy mayor ventaja peleasen.

Andaba de esta suerte guarnecido
El reino de Neptuno y sus oleajes,
Valiéndoles de España el apellido,
Andando experimentando los corajes.
Así que bien apenas no es sentido
El enemigo, cuando con ultrajes
Se hacía que se parta de corrida,
Aborreciendo fama por la vida.

Y como en este tiempo demandase
Al más mojado Dios la diosa Juno
Una merced, y él se la otorgase
Por ser quien es el húmedo Neptuno.
Y fué que si Europa más pasase
Por su divino reino en tiempo alguno,
Que procurase darle tal venganza
Que no se aprovechase de alabanza.

Y como por él mismo el valeroso
Don Álvaro Bazán por la mar fuese,
De conseguir gran fama codicioso
Y que otra cosa más no presumiese,
Pensó Neptuno que era provechoso
En su reino tal hombre se perdiese,
Porque entendió muy visto que sería
Júpiter que á su Europa se volvía.

Y para esto rogó que muy sañudo
Se levantase Bóreas furioso,
Y por le complacer quedó desnudo
Eolo, rey de vientos, poderoso.

El Norte contra el Sur se muestra crudo,
Anda también Poniente peligroso,
Y el Levante traidor de rato en rato
Acude de través, dándole trato.

No aprovechaba aquí mucho soldado
Ni de Bazán las grandes maravillas;
No sirve el fiero aspecto denodado
Con que sujeta innumerables millas.
Porque anda el hondo mar acompañado
De las temerosísimas cabrillas;
Neptuno se mostró de esto contento
Y allí soltó sus aguas al momento.

Queriéndole nucid obró su saña,
Y á le muy más dañar fuerza ponía;
Con astucia buscó viveza y maña
Por lo que á Juno prometido había:
Tanto, que separó aquella compañía,
Llevando cada cual por do quería;
Mas desde que esta fortuna tal pasaron
En Cascaes poco á poco se juntaron.

Y no fué tan poquito lo que urdieron
Eolo con Neptuno por la diosa,
Que cuatro naos me dicen se perdieron
Porque jamás se supo de ellas cosa.
Presumen que en las ondas perecieron,
Pero afirmarse en ello nadie osa:
Baste que sea en mar, que sea en tierra,
No han hecho en ningún tiempo ya la guerra.

Congregados que fueron, determina
El bravo capitán de fortaleza,
Se tornen á meter en la marina
Para el cabo de Aguer con ligereza.
De veinte naos la nueva vino aina
Que allí están socavando pieza á pieza,
Los algos que estas naos habían tomado
De muchas que en la mar han saqueado.

Dos zabras que llevaban de gran vela
En el camino, mucho se extremaron
Porque corrieron una carabela
De moros que se fué, y otra tomaron.

Y luego descubrió una centinela
Estas solas tres naos, que se quedaron
En el cabo de Aguer, porque de miedo
Se fueron diez y siete hacia Laredo.

La nueva fué que veinte naos de moros
En el cabo de Aguer se habían juntado,
Y estaban rescatando los tesoros
Que á cristianos por mar habían robado.
Ello no fué así, porque los lloros
A quien se los robaban han causado,
Ingleses que eran los que se habían ido,
Sin haber la mitad de ello vendido.

Las tres estaban bajo de los muros,
Porque el temor las tiene allí apartadas,
Pensando de Bazán estar seguros
Como se hallan de la tierra acompañadas,
Por más que en sí guardar fuesen maduros,
Sintieron las crudísimas espadas
De la española gente belicosa
Que entraba por el puerto vigorosa.

La capitana entró cañoneando
El castillo soberbio y encumbrado,
Don Juan de Benavides la imitando
Con la de Coscojales siempre al lado:
La almiranta para esto no tardando,
Que como el combatir es extremado,
Aquí cualquier soldado y caballero
Se quería mostrar llegar primero.

Embrazado verás el fuerte escudo,
Blandiendo con furor la limpia espada
Del ínclito Bazán, y en tanto pudo,
Que solo se le fué esta gloria dada:
Saltando á todas partes torna mudo
A quien llegaba solo su afilada,
Y tantos que sentían su golpe fiero
Allá dentro, en las bocas del Cervero.

Iba el agua de sangre tan teñida,
Que apenas su color se divisaba,
Mas ya después que fué rato reñida,
Aunque pesó al castillo, la sacaba:

Donde dado el seguro de la vida,
Lamentando el contrario se quejaba:

—«¡Oh, magno capitán! ¿Y á los ingleses
Tratas del mismo modo que á franceses?»

—«Probad que sea verdad; yo os doy licencia;»

Responde el de Bazán incontinente:

Mostráronle las cartas de creencia,

Por donde libertó la pobre gente,

Mandóles no hagan resistencia

Al General de España ó su teniente,

So pena que si son descomedidos,

Han de ser presos, muertos, mal heridos.

Dejados se partieron á Canarias,

Do alegremente fueron recibidos,

Poniendo en todas partes luminarias

Y cantando:—«¡Seáis hoy bien venidos!»

¡Oh brazos que destierran las contrarias

Naciones que nos causan mil gemidos!

Venid á reposar, que también quiere

Descansar quien el Canto nos profiere.

Del arte que vi á este valeroso

A Canarias llegar, aunque es espanto,

Pienso decir al punto que reposo

Se me conceda en el siguiente Canto:

Y no os parezca caso milagroso

Que de solo llegar yo diga tanto,

Porque de los sucesos que allí hubo,

La memoria en tenerlos se detuvo.

CANTO SEGUNDO.

EN QUE CUENTA LOS GRANDES RECIBIMIENTOS QUE SE HICIERON
AL VALEROSO DON ÁLVARO Y SU ARMADA EN CANARIAS, Y CÓMO
DESPUÉS PARTIÓ DE ALLÍ Y FUÉ LIMPIANDO LOS PUERTOS Y
HACIENDO MARAVILLAS HASTA TOPAR CON LA ARMADA DE INDIAS
Y TRAERLA SEGURAMENTE Á SANLÚCAR DE BARRAMEDA.

Señores, ya os canté que cantarí
La entrada superbísima en manera
Que por jamás se vió, y aun yo diría
Segunda vez en tiempos que se espera,
Porque fué en tanto grado, que podría
En memoria faltar estima entera;
Así, que si por esto no pudiere,
Reciban lo que yo decir supiere.

Ví tales y tamañas maravillas
A la llegada de este caballero,
Que quiero por ahora no decillas,
Por no estorbar el Canto que refiero:
Solo diré de mil dos partecillas,
Las demás quedarán para el postrero,
Donde se coronó su gentileza
De roble que declara fortaleza.

Don Rodrigo Manrique, que gloriosos
Hechos en la memoria bien fijados
Tenía de Bazán tan valerosos
Ante la clara vista dibujados;
Mandando recoger los belicosos,
Con ellos se salió de sus cercados,
Sonando dulcemente sus trompetas,
Pífanos y atambores con cornetas.

Y con orden sacó la infantería,
Tanta, que se cubrió todo aquel llano,
Y el jugar de su arcabucería,
Tan pronta de tirar que arde la mano:

Muéstrase la hermosa piquería
Con el bizarro aire y sér lozano,
La gente de caballo anda gozosa
Y de batir la espuela codiciosa.

No la hermosa junta en estacada
Por los mantenedores sostenida,
De diferentes trajes adornada
Y de quebradas astas bastecida,
Ni la trabada lid que por guardada
Ser una fortaleza es bien reñida;
Fueron de tal valor, que mereciesen
Al de estas ricas fiestas respondiesen.

¿Diré de la ciudad y fortaleza
La prisa que se da la artillería?
A esta se responde con destreza
De la parte que está la infantería.
¿Pues de la extremadísima viveza
En revolver la noble varonía,
Que si á tal caballero no se hiciera
No es mucho que de envidia pereciera?

En las calles los fuegos muy crecidos,
Y á las ventanas grandes luminarias;
Los cohetes que suben encendidos
Parece que quemaban las Canarias:
Los niños y mujeres, sus sonidos
Encumbran con cantar canciones varias;
En fin, toda la tierra publicaba
El gozo que de verlos se tomaba.

Con estas tales fiestas fué llevado,
De solo el limpio estoque diamantino
El su preclaro cuerpo yendo armado,
A descansar el noble paladino,
El cual, de reposar no siendo usado,
Presto volvió de nuevo á su camino;
Porque entonces descansa y es contento,
Cuando socorre un triste descontento.

Quien tiene un vicio, está en él tan metido,
Que no puede salir de él aunque quisiere,
Porque anda en él contino embebecido,
Hasta que por ventura en él se muere:

No codicia otras cosas, ni el sentido
Jamás le mueve, y si le conmoviere,
Será por no poder menos hacerlo,
Ni por alguno á esto compelerlo.

Así, quien tiene un bien que es señalado,
No puede de él partir, sin que se parta
El alma; va temiendo aquel estado
Que lleva, porque ve que de él se aparta:
El cuerpo queda triste y fatigado
Viendo que aquella pena se le ensarta,
Y que por otra parte va y camina
De la que antes, pues razón le inclina.

Y como no se hace al fin su efecto,
Aunque duerme, se ve que está velando,
Discurriendo las cosas en concepto
Como quien más no está de esto pensando:
Parécela que está al pesar sujeto,
Pues no puede seguir su sér obrando,
Y así culpa á los vientos, que no vienen,
Por donde en las Canarias le detienen.

Así pasó este tiempo el valeroso
Don Alvaro Bazán y su milicia,
En amistad teniendo al perezoso
Propone contra sí larga pigricia;
En fin, que la salida al vigoroso
Le tiene aposentado en tal codicia,
Que sin más detenerse á la ventura
De la alta mar fué punto en su hondura.

Despídese del pueblo y gente honrada,
Dejando á Don Rodrigo descontento,
Y en el puerto subió rota su armada,
Las velas ofreciendo al vago viento;
Antes de muy gran rato vió apuntada
La flota del terreno nacimiento,
El cual, cortando el agua cristalina,
Iba limpiando toda la marina.

Cuando á deshora un día que mostraba
Estar Febo en lo más alto del cielo,
Cuando su fuerte rayo señalaba
La ocasión de su fuerza acá en el suelo,

Vieron, y no muy lejos, que pasaba
Un navío veloz, casi de vuelo:
Hiciéronle seguir por ver donde era,
Mas él le dejó presto la ribera.

Discurriendo los mares con presteza
Limpiaba todo cabo, punta ó puerto,
Y dábase tamaña ligereza,
Que no siente al corsario, cuando es muerto;
Y con esta vivísima destreza
Deshace con su armada cualquier tuerto,
Ya no hay cerca, nao, ni carabela,
Que no vaya segura por su vela.

Haciendo aquestos hechos milagrosos
Llegó á las bajas islas del Poniente,
Socorriendo continuo á menestrosos,
Dando la libertad á pobre gente:
Donde topó navíos poderosos
Cargados del metal más preeminente,
Los cuales, como vieron tal abrigo,
Si tomaron placer, sed vos testigo.

Que con un regocijo acompañado
Cada cual indiano le decía,
—«¡Oh! noble general, pues nos has dado,
Con nos asegurar tanta alegría;
Seas, fuerte almirante, bien llegado,
Y vuelta que la España te pedía,
Que vayas por escolta, pues que vemos,
Que con ella seguros ir podemos.»—

Como de suyo fuese sin rodeo
Hacer por los que poco ó nada pueden,
Presto aceptó el cumplirles su deseo,
Porque por el temor allí no queden.
¡Oh melífluo canto pagaseo!
Manda que mis sentidos no se enreden,
Cantando tal valor y fortaleza,
Para que en mi deseo haya pereza.

Volvió proa Bazán de cara á España
Trayéndose la plata de delante.
No temen ya las naos de Indias magaña,
Hallándose con guarda tan bastante;

Caminando segura esta compañía,
Con furia se les puso en un instante
Un galoncillo, puesto en demasía,
Más, en reconociendo, se desvía.

Izadas todas velas da la vuelta
Por el camino que antes ha venido,
Tan recio como jara que se suelta
De la cuerda que nuez ha despedido;
Hubo un rumor, que casi fué revuelta,
Que por uso de guerra han concebido,
Que espía fuese de una gruesa armada,
Que en paraje estuviese de emboscada.

El patache siguió por dar aviso
En la cuenta del viento que llevaba,
Don Alvaro también mandaba y quiso
Su flota que en descuido caminaba;
Se junta con sus naves de improviso,
Y advierte si el pataj les avisaba,
Conocer algún fuego, disparando
Pieza que le revele dónde y cuándo.

Mas como el galeón lleva cuidado
De se poner en cobro y no otra cosa,
Muy presto del pataj fué trasmontado,
Dejándole la mar bien espaciosa;
El cual, como se vió de él apartado,
Tanto que vista llega perezosa,
Dando la vuelta, rompe de ola en ola,
Hasta que junto fué de la española.

Bazán, que del pataj quiso informarse,
Al capitán le manda que viniese,
Y diga el galeón do fué á emboscarse,
Para entender de sí lo que se hiciese:
Catorce galeones divisarse
Se vieron con deseo que anocheñese,
Y de aquel galeón la vía derecha
Tomaron, con llevarla larga trecha.

No por esto entreabrió su rostro claro,
Que si plata consigo no trajera,
Pudiera ser que les costara caro
Andarles costeando la ribera:

Por tanto proveyó para el amparo
De la indiana flota su bandera,
Y así llevó la plata sin semilla
El camino derecho de Sevilla.

Lo que después se supo de esta armada,
Es que eran cruelísimos paganos,
Que estaban en las hondas de callada
Para coger las naos de los cristianos;
Pero cómo les fué la nueva dada
De traerlas Don Alvaro entre manos,
No sólo apartan de ellos la conquista,
Pero trabajan de írselas de vista.

Al español no cumple que siguiese
Lo que la voluntad tanto le inclina,
Sino que segurísima metiese
La armada que el tesoro trae de mina;
Y como en Barrameda se tuviese,
Salta luego de pie en la marina,
Y dejó descansar á sus soldados,
Que los tiene el invierno amenazados.

Entrados por la barra, procuraron
Descanso los soldados y navíos,
Y en el puerto las naos recio esforzaron
Mientras pasa el invierno con sus bríos;
Y las pesadas armas se quitaron
Para ir á visitar padres y tíos,
Y el ínclito Bazán en siendo en tierra,
Traspuso en poco tiempo llano y sierra.

Y como yo me ví quedar tan solo
Muy triste me arrojé sobre la arena,
Temiendo no llegase el blanco Apolo
Para me dar la bien mérita pena
Por el atrevimiento, aunque sin dolo,
Que tuve de emprender historia ajena;
En esto ví llegar un viandante,
Que el parecer mostraba de estudiante.

.
.

Aquí el poeta Baltasar del Hierro describe una vi-

sión en que aparecen Virgilio y Homero acompañados de una dama

... que traía los trofeos
Del padre griego con los del latino;

con cuya inspiración exhortaron al poeta para proseguir cantando las glorias de Don Alvaro de Bazán. También le refrieron que su Mecenas Don Luís Zapata había trasladado su asiento de Andalucía á Extremadura, por lo que Baltasar del Hierro renunció aquel año á volver á Granada, su patria, y se quedó en San Lucar esperando el regreso de Don Alvaro de Bazán.)

CANTO TERCERO.

QUE TRATA CÓMO VUELTO DON ÁLVARO DE BAZÁN Á SU FLOTA PARTIÓ CON ELLA DE SANLÚCAR, Y DESCUBRIENDO UNA NOCHE MUY OSCURA ENCONTRÓ CON LA GALEAZA FRANCESA, Á LA CUAL, CON SOLA LA CAPITANA, DON ÁLVARO SIGUIÓ GRAN CANTIDAD DE LEGUAS, Y CÓMO ESTANDO LAS DOS PARA COMBATIR, LOS ENEMIGOS DE MIEDO SE RINDIERON, Á LOS CUALES, POR SER LADRONES, AHORCÓ Y ECHÓ EN GALERAS, Y LO QUE MÁS LE AVINO.

Cumple, para cantar tal fortaleza,
El ayudado ser en este caso
De aquellas ninfas, que habitan la alteza
De la celeste cumbre del Parnaso.
Para que desapareciendo la corteza
De mí, que al escribir un hecho laso,
Den la gracia de todas la más digna
De la pura corriente cabalina.

Señores: Bien se acuerdan los soldados
Y gente de este Marte valeroso
Estar de Barrameda algo apartados
Para cubrir sus cuerpos de reposo.

Sabed que fueron todos congregados,
Con ellos aquel brazo vigoroso,
Y juntos en la flota entran contentos
Las velas ofreciendo á todos vientos.

¡Oh, santo Dios! y con cuanta alegría
Salió la poderosa y franca armada,
Aderezada bien la artillería,
La espada cada cual muy afilada,
Y el remirar de la arcabucería
Para estar más á punto en la jornada!
Así la España atrás iban dejando
Por los profundos mares navegando.

Andando aquí y allí, aseguraba
Cualquiera rica ó pobre mercancía,
Que fuese hacia Levante el que pasaba:
Eso me da que vaya al Mediodía
Ó que venga del Norte, caminaba
Con seguro mayor que ser podía,
Mientras que el fiero aspecto circundando
Andaba por los mares orceando.

Cuando una oscura noche y tenebrosa,
Andando con tan solo el papahigo,
Por ser la oscuridad muy peligrosa
Y el viento aquel que llaman sin abrigo,
Pasó una fuerte nave poderosa,
Que estima cualquier otra por un higo,
Y la vuelta de mar se va metiendo,
Como la de Bazán fué conociendo.

También fué conocida de esta parte
Que era la galeaza muy temida
De Francia, la que con astucia y arte
Galeón, urca, nao no deja á vida.
Sabido por el nuestro fiero Marte,
Para que de él más presto sea cogida,
Sin esperar compañía ni otra cosa,
Siguió la galeaza furiosa.

La capitana extremó su ligereza;
La francesa se escurre como el viento;
El fuerte general con su destreza
Seguía al enemigo por el tiento;

El cual, por ser libre de la fiereza
De nuestro capitán, cada momento
Hacía que las velas remojasen
Para que más del viento aprovecharan.

La gente de Bazán no está durmiendo,
Que en las gavias y gatas han subido
Cubos de agua salada, revertiendo
Hacen que siempre el lienzo esté tupido.
De gran deseo se estaba deshaciendo
El español de cólera encendido,
Que no hay hombre que su cara mirase,
Por valiente que ser, no se espantase.

Al piloto camina codicioso
Porque no se le escape el malandrino,
La daga le presenta furioso
Si un punto solo pierde del camino.
Y si el que sigue es nada perezoso,
El que huye no debe ser mezquino,
Que á leguas vende el agua bien barata
Pensando de salvarse el epirata.

Mas á la hora que el sol claro se vía
Descubren de las gavias banderetas,
Tan extremado gozo aquí sentía
Bazán, como el infante con las tetas.
Y aprovechándose cuanto podía
Izaba aquí y allí las guindaletas,
Prometiéndole y jurando no dejarla
Hasta por cualquier modo conquistarla.

El piloto que tiene de presente
El daño que quizá estará en ventura,
Mostróse en el gobierno diligente
Fiándose en la brava catadura.
Después de aquel amparo omnipotente
En quien debe esperar toda criatura,
Haciendo su deber cortaba el agua
Que le hace así bullir como la fragua.

Procuraba tomar de sotavento
Para se le quitar cuando llegase:
De esto fué el enemigo descontento
Y el suyo le mandó que remediase.

Con que le lleve sin detenimiento
Adonde más el aire aventajase,
Y cuando esto mandaba, estaba armado
Como el que debe entrar en estacado.

Anímale á los suyos de contino,
Diciéndoles:—«También Álvaro es hombre;
Yo no entiendo por qué un bandolino
A tan bravos franceses así asombre.
Sé yo decir que no está por destino
Que nos ha de vencer solo el renombre,
Para cuando esto el ojo viene abierto
Porque no le tomasen sin concierto.»—

Sería de mediodía, un poco menos,
Cuando se vió tan junto, que era espanto,
Y ven de á poco rato ya en los senos
Se tiene al enemigo tanto cuanto.
Viéndose de esperanzas muy ajenos
Cada cual de las armas hizo manto,
Torna su capitán á que mirasen
Que era mejor morir que cautivasen.

En orden puso bien toda su gente,
En proa, puente, popa y mezanía,
Presenta la batalla in continente,
Mostrando cada cual su valentía:
Mas como el bravo aspecto prepotente
Vieron del General que herir quería,
Puestas las manos en cruz, á voz crecida
Pidieron el seguro de la vida.

Su capitán primero ha concebido
Tal miedo, que no sabe dónde se halle;
Pilotos, timoneros, no han tenido
Valor para regir el gobernalle:
Los otros oficiales han pedido
Primero la merced que quieran dalle
Las personas, con nao y todo el resto,
Pues tiene el vencimiento manifiesto.

El español, que ve que la victoria
Está más en vencer que no en matarlos,
Dióse por satisfecho con la gloria
Que se le conseguía en cautivarlos:

Y porque quede de esto la memoria,
Castigan otros muchos con mirarlos,
Mandó que los ligasen y trajesen
Para que los castigos se les diesen.

Y vencidos ante él los principales,
No los quiso tener por prisioneros,
Antes con los que fueron oficiales
Mandó ahorcar con ciertos marineros:
Los demás, porque fueron desleales,
Robando por la mar los pasajeros,
Que luego á las galeras se llevasen,
Para que su delito allí purgasen.

Y la otra galeaza ha proveido
De gente de la suya, y da la vuelta
En busca de su armada, que ha perdido
Cuando vino á buscar esta revuelta:
Hallada en el camino, se ha metido
De Cádiz, con la vela grande vuelta,
Haciendo aquí y allí tamañas cosas,
Que casi parecían milagrosas.

Que no anda el galeón allá á mil millas,
Cuando luego es con él y le demanda,
Porque le es por demás sufrir cosquillas,
La causa porque fué en aquella banda:
Así que con las tales maravillas
Ninguno el Oceano se desbanda,
Que antes andan todos tan medidos,
Que no hay para qué sean ofendidos.

Muchas veces galeras se juntaban
Con naos y carabelas bien armadas,
Porque de despacharlo deseaban
Para tener las izas allanadas:
Mas luego se volvían, y dejaban
De más imaginar estas jornadas,
Porque en viéndose cerca, concebían
Un miedo que jamás no lo perdían.

Así, que en su camino no tuvieron
En que los brazos muestren tan osados,
Y de alegría extrema que sintieron
Por verse tan temidos y dudados,

Cantos en alabanza compusieron,
Que veréis para siempre venerados,
Diciendo:—«Del valor que tanto vale,
Bendito el merecer de donde sale.»—

Llegados donde estaban los mojones
De Hércules famoso y sus trofeos,
Entró con los despojos y pendones,
Con infinitas armas por arreos,
En Cádiz, donde luego los peones
Faltaron á dar tiempo á sus deseos,
Con gana de volver por donde hallasen
En qué sus corazones empleasen.

Estaba el General tan deseoso
De andar con enemigos á las manos,
Que no pudo tener algún reposo
Mientras que está acá en puertos castellanos:
Así, mandó partir el valeroso
La vuelta de Vizcaya á sus hispanos,
Y veloz se metió en la capitana,
Mandando izar trinquete y la mesana.

La vuelta da del cabo San Vicente
Y por jamás llevando vía derecha;
Aquí libraba la cautiva gente,
Allí socorre alguna nao maltrecha,
Los pasos alcanzando de Poniente:
Que no para corsario á larga trecha
Que luego no le haga de improviso
Mostrar la verde lengua al Paraiso.

Aquí libraba dos, allí tres naves;
Aquí restaura cuatro carabelas;
Vuelan sus galeazas como aves,
Aunque bien no les icen todas velas:
Mucho eran para él nuevas suaves
Cuando descubren naos los centinelas;
Mientras más enemigos encontraba,
Muy mayor regocijo le llegaba.

Era en tomar las armas el primero;
Jamás le vieron triste entre soldados;
Y cuando es menester ser marinero,
Con él todos dormían descuidados:

No se ha visto jamás tal caballero;
Que su valor olvida los pasados;
Benigno y muy cortés y generoso,
Y lo menos que tiene es riguroso.

No hay importunidad que le dé pena;
Siempre está en conceder aparejado;
Con la conversación pone cadena,
Que á cualquiera le tiene aprisionado:
Que sea día claro ó noche amena;
Que haya tempestad ó mar hinchado,
Nunca mudanza vieron en su gesto,
Aunque se viese en gran batalla puesto.

Y van con tal varón todos contentos,
Codiciosos de hallar quién pelease,
Andando discurriendo á todos vientos,
Porque corsario alguno no parase:
Cuando á quejarse, ciertos descontentos
Llegaron á pedir les ayudase,
Porque ciertos navíos salteaban
El camino por donde ellos pasaban.

Luego mandó la prima de guerreros
Guiasen para donde éstos venían,
Y apercibirse bien los artilleros,
Y todos los demás que convenían:
Las picas y también arcabuceros,
Por deseos de hallar los deshacían,
Y fueron hasta donde los dejaron,
Mas por ninguna vía los hallaron.

Fuéronles volando en seguimiento,
Mas como el huir sea diferente
Del correr, se escaparon con el viento,
Que les había soplado reciamente,
Mientras que el querelloso descontento
Fué en busca del socorro no decente,
Que pues que había tres días, mal podía
Dar descanso Bazán á su agonía.

Tornaron á seguir su comenzado
Camino de Vizcaya que llevaban,
Y en todo este viaje no han hallado
En qué se detener por donde andaban;

Cuando por el siniestro diestro lado,
Cuando por el camino que guiaban,
Teniendo cuenta con la mar y costa
Para si es menester ir por la posta.

El Bazán navegando con su flota
Dijo:—«Que llego á Francia, que me llaman,
Porque veo embarcar mucha pelota,
Pólvora y cuerda tanta que derraman;
Coracina, rodela y semi-cota,
Y para se embarcar las gentes braman,
Y quiero ver contra la causa de ello,
Que entiendo que nos cumple de sabello.»—

Sabido que Don Alvaro venía,
Por monsieur de Leth, un orgulloso
Caballero que en Francia se tenía
Por más que aquel Orlando el furioso;
Llegó y recogió la infantería,
Que estaba en guarniciones de reposo;
Podíalos sacar para esta guerra,
Porque era general de mar y tierra.

Y con ella se vino á las marinas
Mandando proveer de municiones,
Y sacar de castillos culebrinas,
Salvajes y también dobles cañones,
Barriles de tuñina y de sardinas,
Tocinos y cecina de ansarones,
Y todo lo demás de que se carga
Una armada que va á jornada larga.

Y otra de las naves que él mandaba,
Que eran trece ó catorce, si me acuerdo,
Cualquiera otra que vía embarcaba,
Por su seguridad como hombre cuerdo:
Y luego en proveer todo mostraba,
No se le podrá dar nombre de lerdo,
Que en un tiempo embarcó la artillería,
Municiones, también la infantería.

Pues él no fué de todos el postrero,
Que con una charrúa visitando
Éste y aquel navío si es zorrero,
O si hace mucha agua dónde y cuándo,

Andaba, que no deja el caballero,
De una en otra nave se informando,
Y así juntó la armada tan crecida
Como salió de Francia en nuestra vida.

Y junta hacia la mar hizo su vela
Llevando gran concierto en el viaje,
Teniendo buena guardia y centinela
Por estorbar al nuestro su pasaje;
Andaba acá y allá una carabela
Llevándoles certísimo mensaje,
De á qué parte Don Alvaro quedaba,
O hacia dónde la proa encaminaba.

Andaba aquella flota allí orceando
Teniendo mucha cuenta no pasase,
A la armada española deseando
Para que cada cual se demostrase;
De esta manera estaban aguardando
Al valiente español cuando llegase,
Al cual quiero volver, que ya deseo
Mirar la lucha de Hércules y Anteo.

Este con largo tiempo caminaba
La vuelta de do estaba su enemiga,
Que de ninguna cosa recelaba,
Porque aviso no tiene de esta liga,
Y por todas las partes que llegaba
Lo dejaba escocido como ortiga:
Con solas siete velas que tenía
Hacía por la mar lo que quería.

Mirando aquí y allí nunca pudieron
Topar algún navío desmandado,
Con divisar de popa la ribera,
Para do hallar más presto aparejado,
Cuando un ruido grande en proa sintieron,
Que anda todo el mundo alborotado;
La causa os contaré en el venidero,
Que ahora descansar un poco quiero.

CANTO CUARTO.

EN QUE SE CUENTA LA CRUDA Y PELIGROSA BATALLA QUE ENTRE LAS DOS ARMADAS HUBO, Y CÓMO AL FIN DON ÁLVARO DE BAZÁN VENCÍÓ Y DESBARATÓ LOS FRANCESES, Y PRENDIENDO AL GENERAL DE ELLOS Y Á CUATRO NAOS SIGUIÓ SU VIAJE, Y LO QUE EN LA VUELTA HACIA LAREDO LE ACAECÍÓ.

Conté, canté y no sé lo que dije,
Y causólo un dolor que en mí sentía,
Que casi ahora siento, pues me aflige
El descuido con que Bazán venía,
Amenazado estando del que rige
La armada del francés, que le atendía;
Pero pues él se da ninguna pena
¿Por qué me he de matar yo de la ajena?

En el otro os conté que caminaba
La costa atalayando el caballero,
Y que al oído en esto le llegaba
Un rumor que fué bien placentero:
Sabed, señores, que el que lo causaba
Era que de la gavia un marinero
Había descubierto veinte velas,
Galeones con naos y carabelas.

Pasada Lusitania y la Galicia,
Dejando de Vizcaya atrás un rato,
Llevando preparada la milicia
Porque no se le hiciera algún mal trato:
Que es bien andar armado de malicia
Para que en caza acierte como el gato;
Fué donde esta gran flota se ha mostrado
Con el pendón francés enarbolado.

Y como ser contrarios conocieron,
Armóse nuestra gente con concierto;
La artillería toda previnieron,
Porque era menester, digo, de cierto:

Los franceses también se apercibieron,
Que solo á esto salieron de su puerto,
Y luego, en siendo cerca, comenzaron
Su lid con las pelotas que enviaron.

No una sola vez se han saludado
Con los temerosísimos cañones,
Que apenas la pelota ha despachado,
Desbaratando vigas ó tablones,
Cuando aquel que la envía está cargado
Para ir á visitar escotillones:

Tantas y tan espesas se tiraban,
Que muchas en la vía se encontraban.

Espesísimo el humo á mansilla,
El relampaguear jamás cesaba,
A las manos no llega aún la rencilla,
Sola la artillería es la que andaba:
Y era de la mirar una mansilla
Que brazo, pierna ó cuerpo no dejaba,
Y mucho más dañaba la madera
Que la bala que viene desde fuera.

La astilla ó el pedazo de madera,
Que en el aire aventaba la pelota,
Soldado que topase ó marinero,
No le prestaba nada traer cota:
Y no tan solamente al que primero
Encuentra, mas también lleva derrota
A todos los demás, aunque sean ciento,
Hechos mil pedacicos por el viento.

Y á todos menester fué que atendiesen
Buen rato, mientras l'humo se pasaba,
Para que unos á otros conociesen
Y cada cual supiese á quién pegaba;
Pues como las tinieblas feneciesen,
El una flota al otra se llegaba,
Mirando por qué parte más dañasen
Y donde más seguros peleasen.

Y viéndose algo cerca de arcabuces,
El fuego comenzó con ligereza;
Vieras aquí y allí caer de bruces,
Y quien una vez cae, no alza cabeza:

Aquí para enterrar no hay blancas cruces,
Que el agua es sepultura sin pereza,
Y no son menester los azadones
Para cubrir los cuerpos de terrones.

¡Oh, cuántos sin ser muertos ví caídos
En el profundo mar, tirando coces,
Y luego in continente ser sumidos,
Dando por el temor crecidas voces!
¡Y dentro en los navíos mil heridos,
Haciendo, así caídos, alboroces,
Pues el apellidar del enemigo,
Y el responder: ¡Jacobo, nuestro amigo!

Ya llegan á aferrarse con estruendo
Tamaño, que decir no lo sabría;
La piedra y azagaya anda lloviendo,
Y cada uno mostraba qué podía:
Y los gobernadores acudiendo
Adonde más flaqueza se sentía;
Ya llegan las crudísimas espadas
Mostrando en el cortar estar usadas.

Ya llega la hercúlea cortadora,
Aunque hasta ahora bien la he señalado,
Porque ha sido cruel ejecutora
De mil vidas que se han predestinado:
Ya acude aquí y allí la matadora,
Rompiendo y destrozando á todo lado,
Pues su hermano Don Diego no miraba
Lo mucho que Don Alvaro mostraba.

Porque hiriendo andaba á todas partes,
Y al que una vez tocaba con los filos,
Hacíale caer hecho dos partes,
Las parcas le contando allá los hilos:
Los soldados peleando con sus artes,
Troncando, como quien corta pabilos,
Las jarcias con los mástiles y entenas,
Y todas las amarras con cadenas.

Los peces, de los golpes que se daban,
Huyeron por temor que concibieron;
Las aves, que por alto les pasaban,
Del estruendo muchísimas cayeron:

Los planetas, que todo lo miraban,
De miedo allí en sus cielos se metieron;
Al punto anda Bazán tan furibundo,
Que para temblar de él es todo el mundo.

El General de la francesa gente
En combatir es nada perezoso,
Que á todas partes hiere diestramente,
Estando de victoria deseoso:

Acude á los peligros cuerdamente,
Sin punto enflaquecer el animoso,
Y en este tiempo andaba la batalla,
Tal que no presta arnés ni fina malla.

Y todos los soldados de ventaja
Con trompas de alquitrán aquí acudieron
Hechas por tal manera, que la paja
No puede arder mejor, con que encendieron,
De las llamas de fuego la baraja,
En modo que gran número perdieron
Las vidas sin poder valer destreza,
Ni armas con valor de fortaleza.

Del una y otra parte se combate
Por todas cuantas vías y maneras
Se puede imaginar, para el debate
Más daño pueda hacer en las maderas.
Aquí se da, sacude recio y bate
Una nave con otra, y las laderas
Tienen tan por el cabo hechas pedazos,
Que al encontrar sustentan solo brazos.

Había que duraba la pelea
Seis horas de reloj, y no podían
Los unos á los otros que se vea
Ventaja en cuanto há que combatían
Hacer, aunque de todos se desea;
Pero en aqueste punto se venían
Las capitanas dos á revolverse:
Aquí veréis la prisa por vencerse.

Las otras que las vieron aferrarse
Dejaron entre sí de combatirse,
Que en este solo encuentro está el ganarse
La una á la otra parte ó de rendirse.

Y con posible prisa de llegarse
Comenzaron á ellas, y venirse
Para le socorrer, si ser pudiese,
Al que peor parado se sintiese.

Don Diego que sintió lo que sería
Por ser las naos francesas tan doblado,
Al punto por el lado se metía
Hiriendo y destrozando denodado.
Y á un bravo galeón que se quería
Hallar con ellos de Leth en lo contado,
Tan recio le embistió por una banda
Que proveyó á los peces de vianda.

Porque le sacudió por las hijadas
De lleno en lleno con la proa aguda,
Y luego vieron ir somurgujadas
Las gavias de la nao que se les muda,
Buscando bajo el agua otras moradas,
Las cuales ven aquel que se desnuda
Que llaman buzo, cuando le es mandado
Éntre á reconocer lo agujereado.

Los gritos se pcnían en el cielo
De la gente que ve la muerte al ojo,
Sorbiéndoles las naos todas de vuelo
Y que cualquier remedio les es cojo.
Dejémoslos volar para hacia el suelo;
Volvamos á Don Diego, que el enojo
De ver que tanto dura la batalla
Le tiene hecho un león por do se halla.

Que si agua en el medio no se hallase
Solo basta romper toda la gente,
Y así temían mucho no se echase,
Por saltar á otra nao, en la corriente.
El cual luego mandó que se aferrase
Con una nao francesa del teniente,
Que vá por ayudar su capitana
Con no más del trinquete y la mesana.

Y como mejor pudo en el camino
Se puso, porque el paso entretuviese,
Y dejase hacer al paladino
Don Álvaro Bazán lo que quisiese

Con monsieur de Leth, que ya vecino
Está del español, para que viese
Cada cual el valor de su enemigo,
Dando con el obrar claro testigo.

Aquí fué la revuelta peligrosa
Mayor que en todo el día había sido,
Unos por estorbar la vigorosa
Espada de Bazán, que ya ha subido
En la nave francesa, y furiosa
Se há por todas partes extendido;
Otros por le ayudar, andan ligeros
Subiendo por las jarcias y maderos.

El general francés amedrentado
No sabe que se hacer ni do meterse,
El miedo le llevó donde ha topado
Soldados de quien no pudo valerse.
Y luego, in continente, aprisionado
Le llevan á Bazán, que de ofrecerse
Con tanta voluntad cierto debate
Estaba mal herido del combate.

Mas por eso no quiso el valeroso
Dejarse de mostrar siempre el primero:
Así ha mandado luego el venturoso
Poner á buen recaudo el prisionero.
Y vuelto á un galeonazo poderoso
Se fué luego á embestir como guerrero,
Con prisa que parece que volase,
Porque antes á él Don Diego no llegase.

Que con su esfuerzo grande haya rendido
El galeón que os dije que entretuvo,
Que no llegase á dar favor cumplido
Del general francés, que no se tuvo.
Porque Don Diego le ha así acometido
Con tanto esfuerzo, que por mejor hubo
Pedir misericordia, que no verse
Morir y por ningún modo valerse.

La nave le aguardó sin miedo alguno,
Porque sea en este día bien mostrado
Hacer en alta mar navío ninguno
Que hasta el presente le haya aventajado.

Mas porque no parezca ya importuno
Digo sin gran trabajo fué ganado,
Que el valor de Bazán hizo se diesen
Y que por prisioneros se tuviesen.

Las naos que venían de nuestra armada,
Mas la de Coscojales en supremo,
Hubiéronse también en la jornada,
Que casi se ha tenido por extremo.
Ya vieron revolver desbaratada
La enemiga flota á vela y remo,
Yendo mirando atrás iban huyendo
Creyendo que les van aún siguiendo.

Un navío velero y proveído
De lo que le cumplía en tal estado,
Fué de nuestro pataj tan perseguido
Que hizo desatinar de amedrentado.
Así en unos bajíos se ha metido
En manera que luego fué encallado
Y del golpe se abrió, donde rindieron
Sus almas con el agua que bebieron.

Habida esta victoria, caminaron
Adonde la fortuna les guiaba,
Y á todos los navíos que encontraron
Donde Álvaro Bazán luego mandaba
Que de ellos se supiese si toparon
La malandrina gente tras que andaba,
Y dándole la nueva, era con ellos
Y sacudía una mano de cabellos.

Andaba cierta armada de bretones
Haciendo cuanto mal hacer podía,
Y disimulábanlo aquestos ladrones
Con que siempre llevaban mercancía.
De estos se descubrieron los pendones
Un día cuando el sol poner quería
Sus dorados cabellos al Poniente
Dejando las tinieblas en Oriente.

Don Álvaro les fué en el seguimiento,
Mas teme por la noche no perderlos,
Y así siguió muy paso por el tiento
Del aire que les guía á conocerlos.

Acompañada de este poco viento,
Aunque de gran deseo de prenderlos,
Fué toda aquella noche oscura y triste
Hasta que de alegría el sol la viste.

Y como fué ya claro descubrieron
No haber errado mucho de donde iban,
Y luego con presteza proveyeron,
Que para que más breve lo consigan,
Porque es muy largo trecho do las vieron,
Se pongan las bonetas con que sigan,
Con las cuales dos días caminaron,
Empero por jamás las alcanzaron.

Es verdad que temor ha dividido
La flota navegando diferentes,
Algunas de sus naos se han perdido
Y otras cautivaron nuestras gentes;
Desde á cuatro días que han salido
Buscándose por todo diligentes,
Toparon españoles que pasaban
Allí donde esperándoles estaban.

Y viéndolas andar descarriadas
Como se les estrecha cuenta de ello,
Y siendo de este modo arrebatadas,
Reniegan de Bazán que es causa hacello:
Dejemos estas naves castigadas,
Que merecían bien más que no aquello,
Porque mi obra sólo ha de dar cuenta
De aquellas que Bazán solo presenta.

Que como vió que se desbarataron
Los unos con la proa hacia Levante,
Y otros que á Poniente enderezaron,
Otros á Tramontana como de ante,
Mandó á Vizcaya ir, y así tornaron
Las proas á Laredo por delante,
Adonde sin que mucho tiempo gaste,
Llegó con la ofrecer ningún contraste.

Entrados en Laredo dieron fondo,
El áncora enviando al suelo duro,
Porque aquella fijando en lo más hondo,
Hace estar el navío más seguro;

Y enviándole bien todo al redondo
Si está de las junturas limpio y puro,
Hicieron lo que suelen los soldados,
Que de los mares vienen fatigados.

Han en la tierra luego descendido,
Que Don Alvaro salta ya en el puerto,
Y en la ciudad con ellos se ha metido:
¡Triste de aquel que en el agua queda muerto!
Que el que sepulcro en ella haya escogido
El refresco le cumple algo más cierto,
Que el que puede haber en los jardines
De mirtos, arrayanes y jazmines.

Aquí tuvieron vida muy sabrosa
Mientras que los heridos son curados,
Que en la batalla cruda y peligrosa
Fueron de los franceses mal parados;
Mas ella fué tan dulce y tan gozosa,
Que en breve mejoraron los soldados,
Lo que, visto Bazán, volvió á embarcarse
Y en el camino de India apresurarse.

Porque se le figura que la armada
Habría de mediado ya el camino,
Y tardando podría ser salteada
De algún capitán bravo malandrino;
Y topóla viniendo acompañado
Del galeón portugués y peregrino,
Con la flota que suele en compañía
De fuertes carabelas que traía.

La escolta viene haciendo á naos indianas,
Que de la Nueva España habían salido,
Cargadas de riquezas soberanas
Y de mayor valor que se ha podido;
Tráelas como si fuesen sus hermanas,
Porque así se lo tiene prometido:
Aunque el español vió tal flota junta
No sintió de temor sola una punta.

Mas antes con semblante denodado
Mandó apercibir la artillería,
Y sin mucho tardar se vió armado
Cubierto alrededor de infantería;

Y haciendo la señal determinado
Luego les presentó la batería,
Mas antes por saber de cómo fuese
Envió su pataj que la entendiese.

Nada tardó en volver con la respuesta
De ser el galeón del lusitano,
Que viene con la armada por requesta
Si fuere menester mover la mano;
Si nueva de placer debe ser esta,
Para el general de nuestro hispano,
Decidlo, que yo alcanzo de esto poco
Y más que de placer me torno loco.

Como fueron ya cerca, comenzaron
Las salvas que se suelen en tal caso,
Porque de artillería que tiraron
Aún retumba su eco allá en Caucasos;
Y las Sirenas todas que se hallaron
Huyeron á la cumbre del Parnaso,
Pensando que Plutón y Proserpina
Subían á quemar nuestra marina.

De conserva vinieron hasta España
Sin cosa de contar que les avenga,
Y al despedir se obliga la compañía
Favorecerse siempre que convenga;
Quedándose en el mar la flota extraña,
La nuestra sin que punto se detenga,
Llegó hasta el hondo río Vandalino,
Donde dejó las naos con su oro fino.

Y él á Cádiz pasó, donde solía
Invernarse, por estar contino presto,
Porque si alguna nueva se sentía
En la necesidad luego era presto;
Tanto, que allá temblaba en Barbería
Del mar crudo pagano el fiero gesto,
De oír el nombre de este furibundo,
Que tanto se extremaba por el mundo.

Si andando por el mar no reposaba,
Estando acá en la tierra, su ejercicio
Era de remirar lo que faltaba,
Para que se provea sin bullicio;

Tanto, que á todo el mundo contestaba,
 Por ver que se miraba en el servicio
 Del Rey, nuestro señor, como debía,
 Y que de aqueste objeto no salía.

Si lo que este varón hizo loable
 De eterna gloria mérito concibe,
 Déjolo á juicio más notable
 Que el mío, que no entiende lo que escribe;
 Sí que será por siempre memorable,
 Como el merecimiento lo describe,
 Que á valor tan cumplido de victoria
 Pluma no es menester para su gloria.

Porque soy enemigo de patrañas
 No quiero en los inviernos detenerme,
 Y también porque es claro en las Españas
 Lo que mi habilidad basta entenderme;
 Que pues mientras reposan las campañas
 Del Hercúleo brazo he de tenerme,
 Descansaré, que presto á mi jornada
 Volveré, si lugar me da la osada.

CANTO QUINTO.

QUE CUENTA DE CÓMO DON ÁLVARO DE BAZÁN SALIÓ DE CÁDIZ Y
 TRAJÓ UNA ARMADA DE INDIAS Á BARRAMEDA, Y LO QUE EN LA
 IDA LE ACONTECIÓ, Y CÓMO DESPUÉS TRAJÓ Y SACÓ OTRA DE UNA
 EMBOSCADA GRANDE DE ENEMIGOS.

• • • • •
 • • • • •
 Ya el hondo mar mostraba su contento
 En ver que el fiero Aquiles le cortaba;
 Ya se va, dando vela al vago viento,
 Aunque camino cierto no llevaba:
 Que á solo lo que va es firme intento
 De asegurar el mar á quien pasaba,
 Porque los mercaderes anduviesen
 Y sin miedo comprasen y vendiesen.

Andaba el español de esta manera
Haciendo cada día maravillas,
Allanando por toda la ribera,
Que corsario no para en las mil millas,
Llevando enarbolada la bandera,
Que tiene entre dos marimones las sillas,
Corriendo el hondo mar á rienda suelta,
Da aquí y acullá por todo vuelta.

Teniendo cuenta con si pareciese
Algún navío que fuese maltratado,
Para le dar favor, no pareciese
Por descuido que en él jamás se ha hallado:
Y porque errar la armada no pudiesen
Que viene del Perú, estaba engolfado,
Teniendo alerta su gente española
Para la acompañar, que viene sola.

En ella una naveta, á mucha prisa,
Se vió por diestra mano de su armada,
Conocióse aunque lejo en la divisa,
Que era de flor de lis acompañada:
Yendo la navecilla de esta guisa,
De nuestra flota fué presto apartada,
Don Alvaro mandó que el pataj fuese
Y prisionera luego la trajese.

Pero es la navecita tan velera,
Que casi parecía fantasía,
Mas abriendo los ojos, vieron que era
Certísimo navío que huía:
El pataj la seguía en tal manera,
Que por jamás de vista la perdía;
Don Alvaro también, no se fiando,
Iba tras su pataj galopeando.

Unos de otros van siempre á la vista,
Pero la navecilla anda delante,
El pataj va detrás, en la conquista
Pone la diligencia, que es bastante:
Y nuestro General á la revista,
Viendo el suyo y aquel del viandante,
Si él y su pataj iban corriendo,
Los de la navecilla van huyendo.

Ya en esto el pataj se va acercando,
Tanto, que casi ya estaba en el anzuelo;
Los de la navecilla, lamentando,
Poniendo el alarido allá en el cielo,
Decían, por las caras derramando
Lágrimas que los dan ningún consuelo:
—«¡Oh, señor, si de aquesta nos perdonas,
Podremos enmendar nuestras personas!»

Como de corazón lo demandasen,
Según después se vió en su buena vida,
Dióseles el lugar que se enmendasen,
Guardándoles la nave ya perdida:
Así la proa quiso que guiasen
Hacia donde toparan la guarida,
Y es que en Portugal la llevan presta,
No en sierra, monte, llano, punta ó cuesta.

Sino donde la nave se ha metido,
Que es Lagos, la ciudad de lusitanos,
Vestida de temor, que ha concebido
Del fiero capitán de los hispanos:
Y alzando su clamor el alarido,
Hacia el cielo volviendo las dos manos,
Decían:—«¡Portugueses, por Dios vivo,
Socorred, que el bajel no sea cautivo!»—

El pueblo no tardó en favorecerle,
Diciendo:—«Sin temor podéis estaros;»—
Y de cuidado luego en guarecerle,
Le pusieron en torno su reparo:
Don Alvaro, que vió que reprenderle
No había ya lugar sin gastos caros,
En la Punta surgió, que está cerquita
De Lagos, poco más de una millita.

Y luego á la ciudad fué paseando
Con hasta quince ó veinte de los suyos,
Y estando que se estaba contratando
Sobre los de la nao, si han de ser suyos,
Oyó que los del pueblo, alborotando,
Gritan:—«¡Antes morir que sean tuyos!»—
Y diciendo y haciendo con la espada,
Comenzó una revuelta bien trabada.

De tanto merecer no fué victoria
Ninguna que Don Alvaro alcanzara,
Que con la dignidad de éste en memoria
Con millón de quilates se igualara,
Pues sube su valor en tanta gloria,
Que el corazón así se sujetara:
Lo que hace corriendo es que procura
A aqueste horrible caso poner cura.

Traía un dulzor con hiel acompañado,
Que á ratos con colores amostraba;
Aquestos manda; aquellos ha rogado;
De esta manera tal los retiraba:
Y á ratos tan feroz como si armado,
Porque no se le atreva el que lidiaba,
A veces benignísimo y humano,
Y á todos, sin tomar espada en mano.

Pidiéronle por parte le escribiese
Para que si la Reina lo mandase,
Se le dará el navío sin interese
Y que á las galeazas se tornase.
La Reina respondió que se hiciese
Todo lo que Don Álvaro mandase:
El, que lo vió en su mano y á su modo
Perdona al portugués, francés y todo.

Mostróse magno, franco y piadoso
Don Álvaro Bazán en esta ofrenda,
Por do el pobre navío temeroso
Redimido después hizo su enmienda.
Y en la ciudad quedó el hecho glorioso
Por siempre, que en memoria se encomienda,
De cualquier capitán ó caballero
Para tener por guía este lucero.

El áncora levó de aquella punta,
Y por el mar discurre á todas partes,
Porque ya casi ve ó lo barrunta
Que viene armada de Indias á estas partes.
No anduvo mucho tiempo que vió junta
La flota provista de estandartes,
Los cuales en llegando se han quitado
Porque el del español estaba alzado.

Hasta meterla dentro en Barrameda
La trajo el capitán de gallardía,
Y en Cádiz se metió, do estuvo queda
La poderosa flota más de un día.
Dejemos descansar la gente toda
Que me quiero llegar á Berbería,
Que estaban quince naves valerosas
De cautivar las de Indias codiciosas.

Y como ellos estaban avisados
Que sale el español á defendellas,
Pusiéronse muy bien aderezados
Para prender á él junto con ellas.
Y no os parezcan dichos desmandados,
Que ellos venían bien para cogellas:
Con que la escolta redoblada fuera,
Si Don Álvaro dentro no viniera.

Porque ellos eran quince galeones
Gobernados de buenos capitanes,
Con el provimiento de cañones,
Soldados para todos, y de guzmanes,
Grumetes, marineros y patrones,
Jamás se vieron vasos tan galanes,
Y tienen municiones, yo diría,
Para dar á un gran reino batería.

Y sobre todo eran luteranos,
Una gente cruel á maravilla,
Por extremo enemigos de cristianos,
Temblaban mercaderes en Sevilla.
Que cinco naos no diesen en sus manos
Antes que se metiesen en Castilla;
Venían, del Perú con plata y oro
También de Nueva España con tesoro.

A la contratación van y venían,
Y entre ellos consultando cuán sujetas
Las naves al peligro que decían
Venían si no envían estafetas
Con cartas que á Don Álvaro escribían,
Pidiéndole aseguren sus trompetas;
Lo que las cartas dicen todo en suma
Os contará brevísimo mi pluma:

— «¡Oh bravo capitán, nos te avisamos
Que están los enemigos en celada,
Y que te des gran prisa suplicamos
Para que no capturen el armada.
Y pídete Sevilla que veamos
Salir tu gran valor de la posada,
Porque como te hagas á la vela
Perderán el temor que se revela!»—

¡Oh nueva, para él más que gozosa!
Pensando de emplearla rutilante,
De presto recogió la belicosa
Y embárcase con ella en un instante.
Y sale, que era cosa milagrosa,
El agua que la proa tan tajante
Va cortando veloz la capitana,
La almiranta detrás salió lozana.

Así señoreando va los mares
Sin que haya quien le impida su camino,
Como en tierra podían los Doce Pares
Juntos, avasallar solo un mezquino.
Pero que de si ha andado entre lugares,
Se ve que no parece solo un pino,
Y que quiere escapar, no ve por donde,
Si dentro de su sombra no se esconde.

Dejemos navegando al vigoroso;
Sepamos cómo están los luteranos;
Que con ardid hacían belicoso
Las cinco naos no escapen de sus manos.
Porque el metal que traen es codicioso,
Y ellos son enemigos de cristianos,
Que quieren, por tenerlas atajadas,
Dividirse las quince en tres paradas.

Y como cada nao era tan buena
Y de proveimientos bastecida,
Podíanlas tomar sin grave pena,
Y más de sobresalto acometida.
Pero la majestad de gracia llena
Quiso guardar la flota ya perdida,
Así llevó á Don Álvaro tan breve
Como para socorro tal se debe.

Que dos jornadas antes que llegasen
Adonde estaba puesta la emboscada,
Antes que de temor se resfriasen
Con verse saltar de ajena armada,
Una noche, sin de esto se acordasen,
Siendo la luna clara y encumbrada,
Descubren el fanal que les venía
Para dar el socorro que debía.

Aunque jamás farol muestran corsarios,
Por no ser de quien pasa conocidos,
Para que no los tengan por contrarios
Hasta que ya los tengan medio asidos.
Temieron que no fuesen adversarios
Los nuestros que venían recogidos
Y dicen:—«Si Don Alvaro no es este
Conviene nos llegar favor celeste.»—

Don Alvaro también manda y envía
A su pataj que nuevas le trajese
De qué navíos son los que veía,
Y en llegando, señal de ello le hiciese.
El cual no tardó mucho, que volvía
Trayendo certidumbre de quien fuese,
Y en retaguardia de él las cinco naves
Contentas por las nuevas tan suaves.

Las cuales en llegando esclarecieron
La noche con los tiros que tiraron,
Aquellas de Bazán les respondieron
Con hasta cinco ó seis que dispararon.
Innumerables glorias le rindieron
Con todos los loores que alcanzaron,
Y luego se pusieron en camino
Siguiendo al excelente paladino.

Anduvo así la flota hasta dos días
Antes que hayan llegado á las paradas,
Haciéndose extremadas alegrías
Por se ver en conserva las armadas.
No tendrán ya en Sevilla fantasías
Que se pierdan las naos de oro cargadas,
Que pues que las tiene Alvaro entre manos
El las pondrá en tierras de cristianos.

Que las traía bajo de su amparo,
Lo que los galeones ya han sabido,
Por donde una mañana el día claro
Consejo el uno al otro se han pedido.
Diciendo:—«¿Qué haremos que el preclaro
Don Alvaro Bazán las ha cogido?»—
Y cuando en el consejo tal estaban
Era en parte que bien le divisaban.

Al fin ellos acuerdan de esconderse,
Pues en seguro está aquel que repica,
Y ellos van venturosos de perderse,
Porque el valor contrario multiplica;
Así llegó Don Alvaro á meterse
Dentro del Guadalquivir con flota rica;
Las bendiciones muchas que ha llevado,
Tierra, fuego, aire y mar han circundado.

Y rehaciendo bien toda su gente
Determina volver en busca de ellos,
Y aunque lo quiso hacer secretamente
No falta quien descubra el caso entre ellos;
Así Sancho de Paz in continente,
Que era el proveedor de todos ellos,
Le requirió de una hasta mil veces
No vaya en busca de estos vaganeces.

Respondió que volverse á la bahía
De Cádiz quiere, y no pido otra cosa
Más; cuando de la barca se salía
Hizo el curso la armada belicosa,
Tomando sin faltar derecha vía,
Donde dejó la flota maliciosa
De corsarios, ingleses y bretones,
Que andaban en sus quince galeones.

Pero ellos ya se habían amontado
Creyendo lo que fué, porque no osaron
Esperar á Bazán que viene airado,
Que sólo de pensarlo se espantaron;
Sintióse de esto el nuestro lastimado,
Tanto, que sus soldados lo alcanzaron;
Mas por no se volver sin cosa alguna,
La proa encaminó á la fortuna.

Así anduvo seis días sin que hallase
Cosa que fuese digna de escribirse,
Y esto es porque no había quien osase
Por el Oceano irse ni venirse,
Esperando que á Cádiz se tornase
Para que luego puedan desmedirse;
Así por mucho alerta que estuviese,
No hay pensar que corsario descubriese.

Andaba poco á poco con buen tiento
Mirando por el uno y otro lado,
Querían aprovechar nada del viento
Por no desamparar lo rezagado;
Pero era por demás su pensamiento,
Que todo el mar está desocupado,
Porque si no es alguna carabela
Que el pataj cautivara, no hay más vela.

Andaba de este modo el caballero
Don Alvaro Bazán por do quería,
Cuando de popa dijo un artillero,
Que hacia España navío descubría;
Y por los alcanzar viene ligero,
Según en él las muestras parecía,
Don Alvaro mandó que se amainase,
Y aquel que le seguía allí esperase.

Y como estuvo cerca les pregunta
Diciendo que á Don Alvaro quisiera;
La gente que no sabe ni barrunta
La causa por que vino en tal manera:
—«Señor, dicen, aquí un hombre apunta
Traer alguna nueva placentera,
A bordo está, que ya subir quería,
Si licencia le da tu señoría.»—

—«Traedlo ante mí, dijo, soldados,
Veremos la ocasión por qué ha venido.»—
Y luego in continente son llamados
Para escuchar la nueva que han traído;
Todos los en la armada aventajados
Y con el extraño juntos han subido,
El cual, como se vió ante el guerrero,
Comenzó de contar: —«¡Oh! caballero,

Las cosas que yo he visto señaladas,
 Son en admiración tan espantosas,
 Que había para creer en ser contadas
 Por quien pueda dar fe á tamañas cosas,
 Porque me diréis que son soñadas,
 Según parecerán maravillosas,
 Porque ví á Sevilla en fuego arderse
 Y todas las compañías deshacerse.

Y más, señores, ví caballería
 Haciendo maravillas por las calles,
 Y del castillo y naos la artillería
 Mandaba retumbar todos los valles;
 De la gente plebeya la alegría
 Que vista sujeté sólo en miralles,
 Y las mujeres todas que cantaban
 Y á los de las aldeas que danzaban.

Ví las doncellas tan regocijadas,
 Que casi honestidad les careciera,
 Y las hogueras ví tan encumbradas,
 Que el fuego se juntaba con su esfera;
 Y las parroquias todas congregadas,
 Las órdenes holgarse en gran manera,
 Al fin yo los ví todos muy contentos
 Tañendo mil maneras de instrumentos.» —

Responde el caballero valeroso:

—«¿Y qué ha sido la causa de tal gloria,
 Si nuestro Rey Felipe es victorioso?
 ¿O se ha hecho algún recuento de memoria,
 O está preso el de Francia poderoso,
 Y suena por el mundo esta victoria?» —

—«No es por prender romper esas jornadas,
 Sino porque son paces publicadas.»

Y estas con firmeza de tal ñudo,
 Que no se acabará ya en nuestra vida,
 Porque se ha hecho todo lo que pudo
 Imaginar memoria encarecida.» —
 Bazán, desembrazando el fuerte escudo,
 Comenzó á celebrar la establecida,
 Primero con la mucha artillería,
 Y tras ella jugó arcabucería.

Y vuelto para Cádiz ha llegado,
Al puerto donde suele aposentarse,
Y como en tierra fué desembarcado
Ha mandado la flota desarmarse,
Y él tomó el camino de su estado
Para por algún tiempo reposarse,
Que antes de mil años volveremos
A contar lo demás que de él sabemos.

Que agora ha que avino en su camino
Quiero por el que viene publicarte,
Que lo demás del fuerte paladino
Contarse tiene en la segunda parte;
Y es que andando mi cuerpo peregrino
En compañía el sentido de esta arte,
Venir vieron los ojos por un río
Un grande y velocísimo navío.

La nave y el milagro contaremos
En el postrero canto que ahora viene,
También porque un acuerdo que tenemos
Concierto en el segundo que conviene;
Do prometí cantar casos extremos
Tales, que admiración de ellos contiene;
Repósese mi pluma por ahora,
Que volverá á escribir antes de una hora.

CANTO SEXTO Y ÚLTIMO.

DE CÓMO POR UNA EXTRAÑA AVENTURA VINO LA CORONA DE
ROBLE, QUE ES FORTALEZA, Á PONERSE EN LA CABEZA DEL
EXCELENTE CABALLERO DON ÁLVARO DE BAZÁN.

Andando paseando acaso un día
Juntico al río donde acostumbraba,
Pisando aquella arena que solía,
Cuando del triste pié la planta daba,

Una vela redonda descubría
Que sobre un monte de agua caminaba,
Tan ligera y veloz, que es un espanto
Pensar cómo cortaba el agua tanto.

No le ayudaban los veleros remos
Que ciñen el mar bravo en su tormenta,
Sino sola esta vela, que la vemos
Que encima de las olas se sustenta:
Será razón tratar de sus extremos
Y del haber que trae darnos la cuenta,
Que es gracia, gentileza y gallardía,
Con armas y valor y cortesía.

Era el vaso de claro y excelente
Color de un lindísimo diamante,
El cual se cria solo en el Oriente,
Con la fuerza de Febo radiante:
Do por cuyo valor, toda la gente
Se mueve á lo buscar, y no se espante
Ninguno que se vayan tras el oro,
Pues ya no puede ser mejor tesoro.

La vela, toda de un cendal delgado,
Por él la verde entena se mostraba
De una piedra que el índico ha formado,
Que esmeralda nos dijo se llamaba:
El mástil de un rubí muy colorado
Y el clavazón de oro no faltaba,
Por tan divino ser compuesto y arte,
Que ser mejor no puede en toda parte.

Y de azabache fino el timón era,
El cual rige una ninfa con su mano,
Que es la que mostróseme primera
Con parecer que excede al sér humano,
La cual á un caballero le dijera
Como yo paseaba triste el llano,
Y al punto por me ver se sube en lo alto,
Con la cual vista tuve sobresalto.

Porque en viéndola, vi toda mi pena
Remediada del cuerpo vigoroso,
Porque de mí se hizo luego ajena
Con el gozo que entró maravilloso:

Abajan la relienta con la antena
Y procuran al vaso dar reposo,
Al punto aparecieron seis asientos
Con ninfas que tocaban instrumentos.

Sonaba una corneta, que cubría
Aquel profundo mar de dulce canto,
Una le acompañaba chirimía,
Con un trompón que me causaba espanto:
Dos arpas se tañían á porfía,
Cubriendo el corazón de alegre manto,
Al fin, al ejercicio que hacían,
Los pájaros y peces se dormían.

Bien se puede creer que si allí Orfeo,
Con su cítara ó concha se encontrara,
Que solamente en ver aquel museo,
Aflojara su prima y la bajara:
Porque en cuanto yo juzgo, pienso y creo,
Mayor felicidad no durara

Que sentir una música acordada,
Aunque su mano de esto no es usada.

Cantaban diferencias de canciones,
Que era imposible yo comprendellas,
Con las cuales los tristes corazones
Reciben alegría en entendellas.
Eran tan excelentes en sus sonos,
Que no solo abajaban las estrellas,
Y la luna y el sol hasta la fragua
De Plutón, más piedras tiene el agua.

Después que hubieron rato sosegado,
Encima del tablaje fué subido
El franco caballero, y deslizado
El yelmo de una de ellas recibido,
Apenas de su rostro fué quitado,
Cuando fué de mi vista concebido
Don Álvaro Bazán, bravo guerrero,
Ser este valeroso caballero.

Al punto que encumbró, plantas y flores
Comienzan entre sí á regocijarse,
Y también de cantar los ruiseñores,
Y con arpadas lenguas avisarse:

Todas las otras aves de colores,
Con los pechos y colas de encontrarse,
Diciendo:—«¡Regocijo, que es venido,
El que envidiado es, pero es temido!»—

Por selvas, montes, valles exquisitos
Esta voz se extendió tan delicada,
Recibiendo contentos los aflitos
Más que sabrá escribir mi pluma osada:
Fueron los que vinieron infinitos,
Con muestras de alegría demasiada,
De los cuales diré cómo vinieron
Y de las invenciones que trajeron.

Llegó de aquella bética ribera,
Que en todo tiempo está muy caudalosa,
Una banda de gente no grosera,
Que parecía ser bien belicosa:
Llevaban un león sobre cimera,
Su boca regañando furiosa,
Su mano de león iba tendida,
Diciendo que aún le falta la comida.

No tardan de venir los de la cuesta,
Que aquel felice Tajo nos envía,
De modo de le hacer alegre fiesta
Para regocijar la compañía:
Traían una novia muy compuesta,
Que aldeana en el traje parecía,
De un sacristán y abad acompañada,
Y alcalde con su vara levantada.

Vinieron los que el Duero ha producido
Con su volada chueca de continuo,
Su camisa y calzón y el paño asido,
La prisa sacudiendo en el camino:
También por el través habían venido
Los que regados son del Iberino,
Haciendo dos mil juegos y visajes,
Adornados de muchos personajes.

También vinieron los de aquella parte,
Que el veloce quinta ve y visita,
Con un gallo pintado el estandarte
Por el cual recibieron pena aflita;

Con invención venían de tal arte,
Que dejó de decir por mí infinita,
A todos los que fueron pareciera
Por traerle una gente tan grosera.

Los que habitan en Cangas no tardaron
De venir con su bello tan crecido,
A los cuales también acompañaron
Los del monte de todos conocido.
En honra de la fiesta que bailaron
Y con la voz y grito enternecido:
—«Bien venga el que los puertos ha limpiado,
Decían, y la mar nos ha allanado.»

Vinieron los del Nilo y toda Grecia,
Como es costumbre andar en coro y danza,
Allegaron también los de Suecia
Con cantos y loores de alabanza;
También vino la tierra que se precia
De no tener medida ni balanza;
No faltaron flamencos, ni bretones,
Finalmente, de todas las naciones.

Y como allí estuvieron congregados
Tantos modos de tratos y de gentes,
Solo en sus ejercicios ocupados
Para dar alegría á los presentes;
A todos los miró, y con concertados
Razonamientos, lindos y elocuentes,
Les dijo las palabras de alegría,
Para ellos la mayor que ser podría.

—«Téngoos que agradecer mientras viviere
Lo que por mí habéis hecho en este día,
Si alguno de vosotros algo quiere,
Alce su voz, pidiendo cosa mía;
Que por lo que por cualquier de vos no hiciere,
No haré por el que más me conocía,
Por eso declarad los corazones
Con vuestras deseadas intenciones.»—

Al tiempo que esto dijo, fué cerrado
De ñublo de esta gracia el campo ameno,
Con un Abril tan dulce y concertado
Cual otro puede ser en el terreno;

Cada cual de la oferta fué pagado,
 Y contento de dárselo tan bueno,
 Y dándole las gracias voceaban
 Diciendo que á servirle se obligaban.

Uno se puso ante él, que vandalino
 En traje, ser y habla parecía,
 Diciendo: —«Pues que quiso mi destino
 Hablarte en tal lugar, tengo alegría:
 Sabrás que en este campo á nos vecino
 Se trata una perversa tiranía,
 Entre tres ferocísimos guerreros,
 Valerosos y diestros caballeros.

Por eso, gran Bazán, pues que tú puedes,
 Sujeta al enemigo que nos daña,
 Y puédeslo hacer porque tú excedes
 Juntos á los tres en la campaña,
 Tú, que igualas los hechos con Paredes,
 Temido en toda Italia y Alemaña,
 Que fueron tantos y de tal manera,
 Que ciñe su valor toda la esfera.

Alvaro, pues que puedes con tus manos
 Hacer en estos tres lo que te pido,
 Y considera bien contra tiranos
 Está claro el vencer y conocido;
 Mostraréte los, ven por estos llanos
 Que están, de pura lástima movido,
 Y es una compasión de ver cual tratan
 A todos los que pasan, y los matan.»—

Más tardó en dar la queja dolorosa,
 Que en darle su favor el caballero,
 Y así, con voz alegre y animosa,
 Le habló de esta manera el buen guerrero:
 —«Venganza te haré yo tan copiosa,
 Que nunca más ofendan pasajero,
 Por eso endereza tus pisadas,
 Que luego de mi pie serán holladas.»

Vuelta la cara á aquellos que allí tiene,
 Dijo que de aprestarse convenía,
 Y si entre los presentes hay quien pene,
 Que descubriese en breve qué quería;

Y el que le ha menester porque entretiene
Darle parte del mal que padecía,
Pues saben que ha de hacer lo que quisiesen,
Antes que no se parta le pidiesen.

Todos volvieron sus ofrecimientos
Al parangón de no querer de él nada,
Esto porque tenía los intentos
Muy fuera de ponerse en estacada;
Y en orden como estaban bien contentos
Se meten en camino y larga estrada,
Pues vieron que ya estaba en el camino
El esforzado y noble paladino.

Al tiempo que Titón descubre el velo
De su dorada cara Tetis, diosa,
Dejando á oscuras gran parte del cielo
Por oponerse en medio tierra umbrosa;
Y cuando al parecer del bajo suelo
A Febo alcanzarán con cualquier cosa,
Al mismo punto Álvaro se ha hallado
En un valle de mirto rodeado.

En el cual se asentó y entre las flores
Comenzó á recorrer cierto bullicio,
Diciéndose las grandes á menores:
—«¡Ah! si yo me ocupara en su servicio.»—
Envidiaban á valles los alcores,
Cada cual deseaba que propicio
El buen Bazán algún tiempo les fuera,
No dejando de hablar de esta manera.

Sucede que en el tiempo que mostraba
La colorada faz la mensajera,
De aquel gran caminante que volaba
Todo lo que se ve y que se espera;
Que es aquel que luz nos enviaba
No queriendo ponerse otra cimera,
Dejando aquel enojo que tenía
Y tomado con Júpiter había;

Cuando se levantó nuestro guerrero,
Porque anda un aire fresco reforzando,
Y de hacia de donde viene el caballero,
Me pareció que estaba lamentando;

Y estudiándolo bien vió que de vero
Debió ser mujer que está llorando,
Y, apretando la espada, se ha metido
Por donde aquellas voces ha sentido.

Y vido un caballero que animoso
Le pareció su semblante de apostura,
Al cual contempla bien el belicoso
De verle en perdición tiene tristura;
Porque le vido ser hombre vicioso,
Y de hacer todo mal siempre procura,
Quisiérale decir con voz cansada:

—«¡Oh! fortaleza en ti mal empleada!»—

Mas como su venida no había sido
Para mostrarse menos de lo que era,
Habló con semblante embravecido
Mostrándolo del pecho por do fuera:
—«Ya sabéis, caballero, que es prohibido
A las damas tratar de esta manera,
Digo que te comidas en dejallas,
Si no serás conmigo en las batallas.»—

¡Oh campos, plantas! ¡oh divina alteza!
Que siempre das socorro de tu mano
A la persona que sólo su firmeza
Tiene puesta en el amparo soberano:
¿Cómo despediría la tristeza
La robada de aquel en este llano,
Viéndose por su mal ya ser viuda
Y tan presto venirle firme ayuda?

Mas aquel sandió y loco caballero
Al nuestro de esta suerte respondía:
—«Dime, cautivo y triste prisionero,
¿Quién te mostró tener tal osadía?
Por los rayos de aquel claro lucero,
Que mueras á mis manos este día,
Y así daré tu alma al vago viento
Por ese tu ser loco atrevimiento.

Aquí es ver la respuesta virtuosa;
Aquí es mostrarse el hombre ser osado;
Aquí el blandir la espada rigurosa;
Aquí aprenderéis de lo que ha hablado:

Que para una respuesta tan dañosa,
Solamente el obrar es acertado:
Así nuestro Bazán en un instante
Mostraba su valor muy adelante.

Traía al enemigo de tal suerte
Que no le valió andar de parte á parte:
Allí procuran darle grave muerte;
Allí el ánimo puja, fuerza y arte.
Un golpe le asestó por caso y fuerte
Que solo lo influyó el divino Marte,
Fué tal y por manera tan extraña
Que hizo sentimiento á la montaña.

Hízole ver la muy dorada estrella,
Siendo más de tres horas ya del día,
Mas no detuvo en esto la centella
De Marte, su destreza y valentía.
Que viendo que en lo tal libraba aquella,
Que contra voluntad sacado había,
Le da un revés que pectoral y espalda
Le corta, destrozándole la falda.

No tuvo tanta fuerza el malandrino
Que luego no cayó de aquel asalto,
Como el árbol que quiere su destino
Derrocarle de algún peñasco alto.
Que no solo al caer hace camino
Por las matas, que va dando tal salto,
Empero da en el suelo con tal guerra
Que rompe bosque, campo, dura tierra.

En breve está con él y el yelmo quita
Y vídolo de sangre todo lleno;
La dama se le vino allí marchita
Y sentóse delante en el terreno.
Y díjole con cara ya no aflita
Para que enmiende aqueste y torne bueno:
«Suplícoos por bondad de caballero
Que vivo lo dejéis por prisionero.»

Nada le respondió porque vió presta
Otra batalla como la pasada
De uno que descendía de una cuesta
Con la espada en la mano ya sacada.

Tras una dama viene, que de Vesta,
Diosa de castidad era aguardada,
Que por la mal matar era corrida
Y con correr guardaba fama y vida.

Y viéndola venir, presto delante,
De aquel ingrato y falso caballero,
Mostró con su cortar diestro y tajante
De quererle traer al fin postrero.
Esperóle con ánimo pujante,
El que vino cubierto de su acero,
Y si nuestro Bazán fiero blandía
El otro caballero no dormía.

—¡Oh santo Dios! mostrándose enojado
El forastero, dijo seriamente:

—Jamás un caballero me ha durado
Tanto como me dura este presente.
¿Quién puede ser? ¿Aqueste es encantado
O es algún varón tan excelente
Que quiere demostrar en mi presencia
Su esfuerzo, fortaleza y excelencia?—

El nuestro que sintió su cobardía,
Sin nada responder va prosiguiendo,
Y tan fiero se muestra, que le haría
Andarse á todas partes recorriendo.
De los crueles filos se desvía
Lo mejor que podía defendiendo,
Sobre todo guardando la cabeza
Con brío grandísimo y destreza.

Así se separaba de cansado
Por solo defenderse el caballero,
Como el azor que en lo alto es fatigado
Del águila que hiere al pico fiero.
O como el que de abejas es picado
Que no le vale escudo ni escudero,
Y el remedio que hay es tomar lodo
Remediando su ardor de aqueste modo.

No viendo el extranjero ya desvío
Para poder librarse de tal daño,
Viendo que le era cierto desvarío
Querer efectuar su falso engaño.

Con prisa se fué á echar en un gran río
Que no era de este valle muy extraño,
Y perdiéndose en él, tanto nadaba
Que en breve casi no se divisaba.

Como la rana tímida y ligera
Que es de los pasajeros asombrada,
Se mete con un salto en la ribera
Tan solo procurando ser librada,
Así hizo el caballero, y mejor fuera
Que no ver la batalla comenzada,
Pues no le aprovechó su fortaleza
Ardid, ánimo y arte con destreza.

Volvió á ver la doncella fatigada
Y vídola holgar con la primera,
Porque tan hábilmente fué librada
Y también porque allí la conociera;
Y queriendo saber dónde fué hallada
Antes que aquel ingrato la corriera,
Miró y vido venía un escudero
Llorando fieramente y lastimero.

Declaraba pasar terrible pena,
Porque él y una doncella que venía
Ligados á un ramal de una cadena,
Que un caballero presos los traía.
Pero viendo en la yerba muy amena
Tendido el cuerpo que él mucho quería,
Sin detener después de su llegada
Para el nuestro se fué la espada alzada.

El golpe recibió en el diamantino
Escudo por los lados acerados,
Con el tiento que pudo y mejor tino
Un alto-abajo tira y corta un lado;
Y fué el izquierdo, que por su destino
Despedido del cuerpo en tierra dado,
Como el ramo del árbol que por viento
Tome la tierra por postrer asiento.

Al punto se llegó do presa estaba
La dama y el mancebo que viniera,
Y vió que sin prisiones se mostraba
Como fué la segunda y la primera.

Volviendo al escudero, vió que daba
Su cuerpo á la frescura en la ribera,
Quedando para siempre transformado
En roble que es un árbol extremado.

Pidióla declarasen esta cosa
Que visto por sus ojos cierto había,
La una de las tres dijo graciosa
Que linda por extremo parecía.
—«Sabrás que soy tu Palas querenciosa:
Por solo te servir hice esta vía,
A do si mi ventura no te hallara
Pudiera ser que cierto peligrara.

Aquel que viste claro transformarse
En roble que denota fortaleza,
Es porque solo de esto coronarse
Merece tu extremada gentileza.
Quísose en la prisión así mostrarse,
Para acabar de darse la certeza
Del grave hecho, fuerte y animoso,
Ciñéndote de roble el yelmo umbroso.

Eran las dos vergüenza y cortesía:
Una para usar, ser la otra usada;
Y la una denotaba que valía
Por ser en ti tan bien aposentada;
La otra de placer se guarnecía,
Porque es tan en extremo de ti amada,
Con las cuales yo junta á tu persona
Destinamos de roble esta corona.»—

Y luego su cabeza ha circundado
La corona excelente y valerosa:
De arriba descendió muy bien labrado
Un carro de la Palas poderosa;
En el cual le metieron desarmado,
Sentándose con él la belicosa:
Las dos fueron las guías que llevaron
Al Viso el fuerte carro, á do pararon.

Por el tiempo que quiera el fiero Marte,
Que á su mandar ser ellas de contino,
Ésperan moverán ánimo y arte
En avisando al fuerte paladino.

Que ahora se ha de ver segunda parte
Cuando tornen los cuatro á un camino:
También yo esperaré, si mi ventura
Primero me da lugar que sepultura.


FIN.

ÍNDICE.

	Págs.
Introducción	7
I.—La victoriosa conquista de D. Álvaro de Bazán , poema de Gaspar García de Alarcón.	19
Dedicatoria al Ilmo. Sr. D. Diego Hurtado de Mendoza, Mar- qués de Cañete.	21
Licencia.—Aprobación.	22
Prólogo.	23
Del autor al Rey Felipe II.— <i>Soneto</i>	25
Del autor al Marqués de Cañete.— <i>Soneto</i>	26
De D. BERNARDINO DE MENDOZA en elogio del autor.— <i>Soneto</i> . .	26
De DIEGO FERNÁNDEZ DE OSORIO.— <i>Soneto</i>	27
De PABLO GUMIEL.— <i>Soneto</i>	27
De JUAN FERNÁNDEZ DE LA CHICA.— <i>Soneto</i>	28
De D. DIEGO DE ZÚÑIGA.— <i>Soneto</i>	29
Del autor en elogio de su patria.— <i>Soneto</i>	29
La Conquista de las Azores .— <i>Poema épico</i> .	
CANTO PRIMERO: En que declara la Junta que S. M. hizo en la ciudad de Lisboa de armada y gente.	31
CANTO SEGUNDO: De cómo se acabó de hacer la Junta y salida de Lisboa, y del peligro en que la nave <i>María y San Vicente</i> se vió.	45
CANTO TERCERO: Del viaje que hizo nuestra armada á <i>San</i> <i>Miguel</i> y de la gente que se sacó de guerra para filiar la Ter- cera.	59
CANTO CUARTO: Que declara cómo nuestra armada llegó á la Tercera y la sitió, y lo que hicieron con un patache que el Marqués enviaba, y cómo se reconoció la isla para darle el asalto.	71
CANTO QUINTO: De la oración que el Marqués hizo al asal-	

	Págs.
tar la tierra, y cómo se retiraron los enemigos á unas trincheras media legua de la marina.	85
CANTO SEXTO: Que prosigue la batalla, asaltos que el Marqués les dió en el alto, y la oración que Mr. de la Jatra hizo á sus franceses, y hace memoria de algunos capitanes y soldados, y aventureros que se señalaron en las trincheras, y la discordia que entre ellos y los isleños tuvieron. . .	101
CANTO SÉPTIMO: En que declara cómo estando encaramuzando, á puesta de sol, trajeron los enemigos muchas vacas á querer meter por el escuadrón, y la voluntad que los franceses tenían de hacer algún concierto, y cómo Manuel de Silva los apartó de él y se embarcó para el Fayal, y la rota del campo francés y entrada de nuestra gente en San Sebastián y en Angra.	117
CANTO OCTAVO: Que trata del saco de Angría y la ida del Duque de Fernandina, y las galeras á conquistar el Fayal, y las demás islas rebeldes, y de cómo rompió al enemigo. .	133
CANTO NONO: En que declara que el duque escribe una carta á los del fuerte, y los desarma y perdona, y de la justicia que hizo á Antonio Guedez de Sosa, y de la vuelta que dió á la Tercera con los franceses del Fayal.	150
CANTO DÉCIMO: De la venida de las galeras y el Duque á la Tercera, y justicia que se hizo en el Conde y culpados, y venida de nuestra armada á Cádiz.	166
<i>Declaración de nombres oscuros.</i>	181
De PEDRO ORTEGA en alabanza del autor.— <i>Soneto.</i>	183
De VICENTE MIRAVET, impresor.— <i>Esdrújulos.</i>	183
II.—Los victoriosos hechos del muy valeroso caballero	
D. Álvaro de Bazán , poema de BALTASAR DEL HIERRO.	185
Al muy ilustre Sr. D. Luis Zapata.— <i>Dedicatoria.</i>	187
Del autor al muy ilustre D. Luis Zapata.— <i>Soneto.</i>	188
De GREGORIO SILVESTRE á D. Luis Zapata.— <i>Soneto.</i>	189
Del autor á D. Álvaro de Bazán.— <i>Soneto.</i>	190
De GREGORIO SILVESTRE al autor.— <i>Soneto.</i>	190
Las Hazañas de D. Álvaro de Bazán.—<i>Poema épico.</i>	
CANTO PRIMERO: En que se trata cómo después de dejadas D. Alvaro de Bazán, el viejo, las galeras y armadas con que ganó inmortales triunfos, según por su criterio parece, don Alvaro de Bazán, su hijo, entró en las galeras por mandado del Emperador Carlos V para asegurar el mar Océano, y cómo acompañó la majestad del rey Felipe, su hijo, á In-	

	Págs.
glaterra, y de las maravillas que D. Diego, su hermano, hizo.	193
CANTO SEGUNDO: En que cuenta los grandes recibimientos que se hicieron al valeroso D. Alvaro y su armada en Canarias, y cómo después partió de allí y fué limpiando los puertos y haciendo maravillas hasta topar con la armada de Indias y traerla seguramente á Sanlúcar de Barrameda.	202
CANTO TERCERO: Que trata cómo vuelto D. Alvaro de Bazán á su flota partió con ella de Sanlúcar, y descubriendo una noche muy oscura encontró con la galeaza francesa, á la cual, con solo la capitana, D. Alvaro siguió gran cantidad de leguas, y cómo estando las dos para combatir, los enemigos de miedo se rindieron, á los cuales, por ser ladrones, ahorcó y hechó en galeras, lo que más le avino.	208
CANTO CUARTO: En que se cuenta la cruda y peligrosa batalla que entre las dos armadas hubo, y cómo al fin D. Alvaro de Bazán venció y desbarató los franceses, y prendiendo al general de ellos y á cuatro naos siguió su viaje, y lo que en la vuelta hacia Laredo le acaeció.	217
CANTO QUINTO: Que cuenta de cómo D. Alvaro de Bazán salió de Cádiz y trajo una armada de Indias á Barrameda, y lo que en la ida le aconteció, y cómo después trajo y sacó otra de una emboscada grande de enemigos.	227
CANTO SEXTO Y ÚLTIMO: De cómo por una extraña aventura vino la corona de roble, que es fortaleza, á ponerse en la cabeza del excelente caballero D. Alvaro de Bazán.	237

 Se acabó de imprimir este libro
en casa de Fortanet, impresor
de la Real Academia de
la Historia, á 9 de
Febrero de 1888.



LAUS DEO.



